

Introducción

La historia que se desarrolla en éstas páginas , narra la vida de un personaje cuya existencia es fruto de la imaginación del autor, pero que podría considerarse como un "soldado desconocido" una especie de tributo a aquellos hombres que se disputaron los infernales cielos del Chaco durante la guerra del mismo nombre.

Esta etapa oscura y extraña de la historia de nuestro continente, es quizá poco rica en lo que respecta a acciones bélicas de envergadura, asemeja una especie de Primera Guerra Mundial a escala, en la que asesores militares (alemanes en Bolivia y franceses en Paraguay) ensayaron una vez más las tácticas que llevaron al desastre de la guerra de trincheras en Europa, apenas una década antes.

Por otra parte tiene la importancia histórica de ser la primera batalla aérea llevada a cabo en suelo americano, hecho que no volvería a repetirse hasta cincuenta años después con el conflicto del Atlántico Sur.

Argentina, si bien sostuvo una posición neutral respecto al conflicto en lo que a cuestión diplomática se refiere, mantuvo una cierta colaboración con el Paraguay, siendo en cuestión aeronáutica destacable la gestión de la misión argentina, la cual se encargó de tomar la posta dejada por los franceses para equipar y entrenar el embrión de la Aviación Militar Paraguaya.

Las acciones que se detallan, están basadas en acciones reales efectuadas durante el conflicto, con el aditivo ficticio del autor, ya que el personaje imaginario que las lleva a cabo en ocasiones reemplaza a los verdaderos protagonistas.

Por esto no debe tomárselo con rigor histórico, si en cambio es voluntad del autor que ésta obra sirva para llamar la atención sobre éste hecho, inmerso en el olvido, y valga también como un sincero homenaje a ésta raza indómita, los aviadores, que más allá de los credos y las nacionalidades parecieran pertenecer a una misma patria... El Aire.

Contexto Histórico

La Fuerza Aérea Paraguaya se originó y funcionó como Aviación Militar, enmarcada dentro de la Estructura del Ejército.

El 22 de febrero de 1923, por Decreto N° 15.707, comenzaron a impartirse cursos de pilotaje y de mecánica, con la ayuda de Instructores y materiales a cargo de una misión militar Francesa, cuya primera Promoción de Pilotos y Mecánicos egresó el 25 de marzo de 1928.

A fines de 1929, la Misión Militar Francesa fenece su contrato y es reemplazada por la Misión Militar Argentina, en el año 1931.

Para 1932, al iniciarse la más cruenta contienda americana del siglo, "La Guerra del Chaco", la Aviación Paraguaya, disponía de una modesta capacidad aérea.

Por Decreto N° 15.772, del 26 de julio de 1939, le fue concedida la condecoración al Valor Militar "CRUZ DEL CHACO" y "CRUZ DEL DEFENSOR", al Estandarte de Guerra de la Aviación en Campaña.

FEDERICO FUNES

CHACO

SUDOR Y SANGRE



FEDERICO FUNES

CHACO
SUDOR Y SANGRE

DISEÑO DE TAPA E INTERIOR
Gabriel Miranda Naón

© 2002 **Federico Funes**

ISBN en tramite

Editado por HangarDigital.com.ar en el mes de Agosto de 2002
[Http://www.hangardigital.com.ar](http://www.hangardigital.com.ar) - webmaster@hangardigital.com.ar
Buenos Aires, República Argentina

Queda rigurosamente prohibida la reproducción parcial o total de esta obra, mediante cualquier medio o procedimiento de reproducción, ya sea digital, electrónico o analógico sin la expresa autorización escrita de su autor.



Introducción

La Fuerza Aérea Paraguaya se originó y funcionó como Aviación Militar, enmarcada dentro de la Estructura del Ejército. El 22 de febrero de 1923, por Decreto N° 15.707, comenzaron a impartirse cursos de pilotaje y de mecánica, con la ayuda de Instructores y materiales a cargo de una misión militar Francesa, cuya primera Promoción de Pilotos y Mecánicos egresó el 25 de marzo de 1928.

A fines de 1929, la Misión Militar Francesa fenece su contrato y es reemplazada por la Misión Militar Argentina, en el año 1931.

Para 1932, al iniciarse la más cruenta contienda americana del siglo, "La Guerra del Chaco", la Aviación Paraguaya, disponía de una modesta capacidad aérea.

Por Decreto N° 15.772, del 26 de julio de 1939, le fue concedida la condecoración al Valor Militar "CRUZ DEL CHACO" y "CRUZ DEL DEFENSOR", al Estandarte de Guerra de la Aviación en Campaña.

La historia que se desarrolla en éstas páginas está ambientada en éste contexto histórico, narra la vida de un personaje cuya existencia es fruto de la imaginación del autor, pero que podría considerarse como un "soldado desconocido" una especie de tributo a aquellos hombres que se disputaron los infernales cielos del Chaco durante la guerra del mismo nombre.

Esta etapa oscura y extraña de la historia de nuestro continente, es quizá poco rica en lo que respecta a acciones bélicas de envergadura, asemeja una especie de Primera Guerra Mundial a escala, en la que asesores militares (alemanes en Bolivia y franceses en Paraguay) ensayaron una vez más las tácticas que llevaron al desastre de la guerra de trincheras en Europa, apenas una década antes.

Por otra parte tiene la importancia histórica de ser la primera batalla aérea llevada a cabo en suelo americano, hecho que no volvería a repetirse hasta cincuenta años después con el conflicto del Atlántico Sur.

Argentina, si bien sostuvo una posición neutral respecto al conflicto en lo que a cuestión diplomática se refiere, mantuvo una cierta colaboración con el Paraguay, siendo en cuestión aeronáutica destacable la gestión de la misión argentina, la cual se encargó de tomar la posta dejada por los franceses para equipar y entrenar el embrión de la Aviación Militar Paraguaya.

Las acciones que se detallan, están basadas en acciones reales efectuadas durante el conflicto, con el aditivo ficticio del autor, ya que el personaje imaginario que las lleva a cabo en ocasiones reemplaza a los verdaderos protagonistas.

Por esto no debe tomárselo con rigor histórico, si en cambio es voluntad del autor que ésta obra sirva para llamar la atención sobre éste hecho, inmerso en el olvido, y valga también como un sincero homenaje a ésta raza indómita, los aviadores, que más allá de los credos y las nacionalidades parecieran pertenecer a una misma patria... El Aire.

*Lo invitamos a dejar sus comentarios sobre esta obra
en el libro de visitas en línea creado especialmente para ello.*

Ingresar al libro de visitas

Gracias

A mi padre, radarista de corazón que desde el cielo me indica el vector.

A mis amigos.

A Antoine de Saint Ex Superie y su inmortal Principito.



CAPITULO I

El Gringo

El viejo se sentó como todas las tardes a la sombra de un montecito de árboles a disfrutar del ocaso y de unos mates que él mismo se cebaba. Andaba siempre sólo, al menos desde que su María Candelaria se le había ido, hacía cinco años ya. Esto lo había vuelto terriblemente irascible y de escaso o nulo trato con los demás, cosa que se hacía muy notoria en un pueblito de un puñado de habitantes como lo era Villa Hayes a 30 kilómetros al norte de Asunción.

Todos conocían al “*Gringo Ferro*” o “*El Porteño*”, según quién fuera el que lo dijera, para ese entonces ya contaba con algo más de setenta años pero aparentaba más, su cuerpo achacado y encorvado como un arbolito seco vapuleado por el viento le daba un aspecto endeble y enfermizo. Por el contrario sus ojos verdes hundidos en el cráneo bajo unas prominentes cejas encanecidas aún lanzaban una mirada feroz, como un puma o un halcón, como si todo el

tiempo estuviera midiendo la estacada de un facón o el tiro de pistola que derribaría a quien estuviera viendo. Su frente echada atrás le había ido ganando terreno a su cabello con el paso de los años, el poco que aún le quedaba crecía como arbusto del desierto, seco y ensortijado detrás de sus orejas y unos pocos cabellos más, habitaban en medio de la desolación de su cabeza flotando con el viento. La nariz como pico ganchudo de ave de presa, había sido hermosa y respingada en su juventud, torcida a golpes en su afición por el boxeo amateur.

De espalda mas bien angosta sus huesos afloraban como escollos aquí y allá, la piel se le había estirado o como él solía decir como respuesta a alguna burla *“el cuero me queda grande”* y le colgaba de las axilas y el mentón.

Vestía siempre igual, un pantalón pardo amplio y mugriento que colgaba de los tiradores, una camiseta musculosa que alguna vez había sido blanca y unos zapatos ajados y estirados. A veces se tocaba con un sombrero de ala ancha color marrón el cual agitaba de vez en cuando para espantar los bichos o lo hacía volar en amplios y grotescos giros frente a su rostro mientras se inclinaba en reverencia a alguna mujer que se cruzara, quizás la única oportunidad en la que le prestaba atención a alguien en el pueblo ya que pese a los años no había perdido su debilidad por las figuras femeninas.

Este singular personaje llevaba por nombre el de Juan Sebastián Ferro, era argentino hijo de padre criollo y madre francesa, se dice que ésta había sido prostituta de baja categoría y que fue Don Juan José quien la rescató de esa vida miserable y la convirtió en una señora de porte y distinción.

Como pago por esto la muchacha le dio un hijo varón, hermoso y sano, el único que le daría pues el parto fue atroz y ella quedó imposibilitada de volver a concebir.

Pocos años después Don Juan José moría de tuberculosis dejando sola a Michelle de apenas veinticuatro años con el pequeño Juan de cinco. La venta de varios inmuebles y diversos bienes permitió a la reducida familia continuar viviendo con cierta dignidad.

El joven fue instruido desde su niñez en distintos colegios de Buenos Aires hasta que alcanzó la edad de 17 años, entonces su madre lo envió a Francia con los ahorros de toda una vida, que no era mucho, para que continuara una carrera en el viejo mundo, soñaba con su hijo doctor en medicina o en leyes, la distinción.

Para gran decepción de ella el muchacho se entregó a la vida mundana del París de 1921, a los burdeles, las apuestas y el alcohol, malgastó todo su dinero y al poco tiempo quedó durmiendo en las calles y mendigando para poder comprar vino y un poco de queso que era su dieta diaria desde hacía tiempo. Pasarían tres años de ésta vida hasta que, como era de esperarse, fue a parar a prisión tras intentar robar una tienda y fue allí donde empezaría el tortuoso camino a su verdadero destino, su razón de ser en este mundo cada vez más convulsionado.

Yo lo conocí cuando era chico y vivía en Villa Hayes, tenía nueve años y mi juguete favorito era un avión de madera, justo sería decir que no era más que una tabla cruzada por otras dos queriendo formar las alas y el estabilizador, pero para mi imaginación era suficiente como para poder formar imágenes de una máquina poderosa que surcaba el cielo veloz.

Como ya dije, todos en Hayes conocían al Porteño Ferro, las comadronas elaboraban toda clase de historias tragicómicas acerca de su pasado, cosas como que había envenenado a su mujer, que en realidad ese no era su nombre, y otras aún peores.

Esto hacía que quien no lo conociera desarrollara una apresurada aversión por este hombre, cuyo aspecto lo hacía susceptible de ser todo eso que se decía, se asemejaba a un demonio del monte, uno de esos personajes del imaginario popular, de las historias que solían contarse a los niños las noches de calor en las que no se puede dormir.

Yo también conocía las historias pero hacía tiempo que ya no me tragaba esos cuentos, por lo que el viejo no me causaba mayor impresión, sólo era otro viejo más.

Una tarde iba yo revoloteando con mi avión de madera por el camino polvoriento que llevaba al extremo oeste del pueblo, iba absorto en el vuelo a baja altura que ejecutaba saltando por escasos centímetros algún pilar de una casa o un arbusto seco, mientras con mi boca imitaba el ruido del poderoso motor, por esa costumbre de mirar para abajo fue que no me percaté que me acercaba en rumbo de colisión al viejo quien había salido ya, como todas las tardes, con su mate y su pava para ir a sentarse al montecito, que distaba unos quinientos metros de su casa, un rancho humilde de los últimos que había en los lindes del pueblo.

El viejo me miró con esa ferocidad de siempre, se detuvo justo en mi camino y no se movió, observándome como me le acercaba con la vista clavada en mi avión, la cabeza gacha y el flequillo llovido sobre los ojos, él se afianzó al suelo esperando el impacto al tiempo que ponía sus brazos en jarra sosteniendo a ambos lados de su cuerpo el mate y la pava. Entonces la colisión, la fantasía del vuelo se esfumó, como despertar de un sueño, me vi frenado en seco, aún miraba hacia abajo y ahora podía ver unos zapatos sucios y ajados.

Alcé la vista y lo miré directo a los ojos, el sol estaba a sus espaldas por lo que proyectaba una siniestra sombra sobre mí, él me miraba desde arriba, después de haber recuperado el equilibrio tras un peligroso tambaleo resopló y comenzó a apretar sus dedos contra la pava y el mate, su mandíbula se movía de un lado a otro, como mascullando odio, durante unos segundos eternos nos quedamos allí, mirándonos el uno al otro y sin ceder. El viejo se había quedado impresionado ante la situación, yo no había gritado, ni había corrido, sólo lo miraba con una calma total, aunque debo confesar que esperaba de un momento a otro la sonora bofetada, típico castigo a la imprudencia infantil.

-Te quedaste como idiota mirando el suelo y perdiste conciencia de lo que pasaba a tu alrededor, por eso te estrellaste.-

Me dijo sin quitarme los ojos de encima, al principio no entendía de que me estaba

hablando, levanté hacia él la mano con la que sostenía el avión y le dije que sólo estaba jugando, que me disculpara pues no lo había visto.

Resopló otra vez, se dio media vuelta y se encaminó hacia el montecito, en ese momento no sabía porque pero me decidí a seguirlo, unos pasos más atrás. Cuando se percató de esto se freno de golpe y se dio vuelta rápidamente lanzándome otra vez esa mirada de mil demonios, me detuve en seco y una vez que él retomó la marcha continué siguiéndolo. Esto se repitió una y otra vez a intervalos regulares hasta que llegamos al monte, durante el trayecto noté que su pierna izquierda se movía con menos libertad, como agarrotada por una vieja dolencia. Se detuvo y con visible esfuerzo se agachó para recolectar un poco de yesca con la que pudiera encender un fuego para su pava, yo me quede allí como a dos metros, con mi avión de madera en la mano, observándolo.

Hizo un montoncito y comenzó a luchar por hacer de un pequeño penacho de humo una llama, soplaba y acomodaba las ramitas mientras disparaba algún que otro insulto.

Finalmente prendió y tras poner la pava sobre una rejita se sentó contra un árbol quedando de espaldas a mí.

Yo no me movía pero tampoco podía hablar, sólo estaba ahí parado, pasaron algunos minutos pero sentí que era una vida, comenzaba a dudar si no tenía que retirarme y cada vez estaba más seguro que estaba fastidiándolo.

De pronto el viejo habló:

-Si volás bajo debés mirar ha todos lados a la vez, cuando estás cerca del suelo las cosas pasan más rápido que de costumbre y vos tenés que reaccionar a la par, tus ojos deben ir del frente a atrás, de arriba abajo y volver al frente otra vez, con el tiempo se te forma el hábito, no tenés ni que pensarlo, claro salvo que antes te estrelles.-

Me quedé callado y él también, sólo se escuchaban los pájaros que habitaban en las copas de

los árboles, ajenos a todo el asunto. Luego la pava que empezó a silbar con el vapor del agua.

-¿Usted fue piloto?-

Le pregunté con calma, el viejo sopló y se dio vuelta para mirarme otra vez, se quedó viéndome de arriba abajo para luego contestar sin más.

-Sí.-

Y volvió a caer en ese silencio mortuorio que ya empezaba a impacientarme. Yo había escuchado de las comadronas y de mi padre alguna vez que el viejo había estado en la guerra y había servido bien, ese era el salvavidas que lo rescataba de las burlas y las habladurías, siempre había alguien que salvaba su mancillado honor hablando de las medallas que había recibido y que siendo gringo había servido bien al Paraguay.

-¿Qué te pasa mocoso, no vas a salir corriendo a esconderte bajo una falda, como hacen todos?-

Traté de decirle algo pero de mi garganta no brotó sonido alguno.

-¿Es que sos idiota o realmente no tenés miedo de las historias?-

-Hace rato que ya no me asusto con esas cosas señor.-

Le contesté sin dudar luego de carraspear la garganta, eso era algo de lo que me sentía orgulloso, me encantaba ver como mis amigos temblaban como hojas al viento cuando se contaban esos cuentos, yo en cambio los miraba con desprecio y hasta soberbia si es posible que un niño la tenga.

El viejo bufó una vez más al tiempo que acondicionaba el mate.

-Un verdadero valiente resultó ser el mocoso.-

Dijo como si le hablara a alguien más, aunque sólo estábamos nosotros dos.

Me acerqué lentamente a él y me senté a medio metro, mirando en su misma dirección, enlazando las piernas con mis brazos y posando el mentón en las rodillas, sentí que me miraba pero no aparte mi vista del horizonte, entonces fue que animé a preguntar.

-¿Cómo fue que llegó aquí, a pelear una guerra que no era suya?-

El viejo se llamó a silencio, tardó en contestar como si midiera sus palabras.

“¡Marche o muera gusano sin patria!” fue la frase que más oyó martillar sus oídos en el infernal desierto del Marruecos Francés, la Legión ahora era su hogar y probablemente no lo hubiera sido si hubiera sabido de que se trataba todo eso cuando el sargento de reclutamiento se apareció con esa sonrisa falsa en la puerta de su celda en París.

Dos años pasaron y había firmado contrato por cinco, ascendido a Cabo por valor bajo fuego, se habituó a la vida militar y pesó a su constante mal humor y poco trato con otros hombres se ganó el aprecio de muchos en su Regimiento, sobre todo porque lo representaba muy bien en los torneos de boxeo, rudo y falto de reglas, que se disputaban en los cuarteles e incluso en pleno desierto durante las campañas. Había aprendido el brutal deporte en la calle, peleando en combates clandestinos llevados a cabo en oscuros callejones de París en los cuales ganaba un puñado de Francos con su increíble velocidad y un upper cut mortal que solía ser el tiro

de gracia a su contrincante.

En ocasión de estar de permiso en París, la ciudad que lo había perdido, trabó amistad con un grupo de personas, en su mayoría pilotos veteranos de la Primera Guerra Mundial y toda clase de aventureros y locos que estaban llevando adelante un nuevo y riesgoso emprendimiento, una línea de transporte aéreo de correo y carga conocida como la Línea Latecoére, en honor de su fundador y presidente.

En medio de una larga y animosa conversación llevada a cabo en un burdel de Montmartre convenció a uno de los pilotos, que era jefe de una posta en Argel, que él tenía experiencia de vuelo en la Legión como observador de reconocimiento y que debía emplearlo. Sabía que la empresa tenía buena reputación en el África Noroccidental y una carta de algún directivo de ésta sería suficiente para conseguir la baja en la Legión.

Tal vez habrá sido por el excesivo alcohol que había regado aquella animada charla, o las chicas del burdel las cual Ferro conocía y que atendieron muy bien a los caballeros en cuestión, también contaba el hecho que no se pedía mucha experiencia para integrarse. La cuestión fue que al mes de haber retornado de la licencia el Comandante de la Guarnición lo mandó a llamar.

Ferro se presentó en la ayudantía del Comandante y fue anunciado por el Legionario que allí servía. Pasó al despacho y allí lo vio, sentado tras un enorme escritorio de madera oscura, reclinado sobre el respaldo de la silla el Comandante se afanaba en encender una pipa de hueso, rodeado de una nube de humo dulce, le indicó entonces con un gesto que se acercara y le extendió un documento doblado en dos.

-Se presentará al Encargado de la posta de Argel del servicio de correo aéreo, aún no entiendo bien porque, pero me ha llegado la orden de baja suya, me suena a cosa arreglada de antemano. ¿A usted

que le parece?.-

Ferro lo miró impasible, cómo si realmente no supiera de que le estaban hablando, pero lo sabía y bien, lo había logrado, dos meses después de aquella memorable borrachera de Montmartre al fin era libre.

Caminó con paso ligero a la cuadra de su pelotón, empacó sus escasas pertenencias ante la mirada atónita de sus compañeros, ni siquiera se molestó en dar explicaciones ante las preguntas de éstos, una vez terminado se despidió con un gesto y se dirigió hacia la Comandancia para retirar el puñado de Francos de su último sueldo como Legionario.

Cuando aún reinaba la noche, llevando su morral de lona al hombro se encaminó hacia la columna de vehículos que se alistaba en la plaza de armas para partir hacia Cap Juby, la posta más cercana distante ciento cincuenta kilómetros del fuerte, de allí un vuelo hasta Argel con algunas escalas intermedias para recoger correo.

Mientras la hilera de camiones Renault se alejaba en el amanecer del Sahara quedaba atrás la silueta del fuerte, con sus muros blancos y sus almenas guardadas por centinelas de quepis blanco y fusil al hombro, todo bañado en el dorado del sol naciente, una postal que llevaría por siempre en su memoria, el final de una etapa.

En Cap Juby abordó un Laté 25 siendo éste su verdadero bautismo de vuelo, nunca antes había despegado sus pies de la tierra, ni había sentido el vértigo del empuje de un despegue, ni la extraña sensación en las tripas durante un ascenso, ni el viento en el rostro, ni el olor a lubricante que todo lo impregna en la cabina de un avión, ni el ensordecedor ruido del motor. Todo esto era ajeno a su vida, y sin embargo sintió por vez primera que todo ese cúmulo de sensaciones y estímulos no le eran ajenos, cómo si hubiera vuelto a un hogar dejado mucho tiempo atrás. Podía pertenecer a este mundo.

En la Posta de Argel, tres días después de haber abandonado la Legión y aún enfundado en su

uniforme, Ferro se presentó ante el encargado de la Línea, ésta tenía sus oficinas ubicadas en el centro de la ciudad, rodeada de un bullicioso comercio árabe que ofrecía sus más variados productos a viva voz.

El encargado era un francés de baja estatura y amplia espalda llamado Louis Villeneuve, el mismo con el que se había embriagado en París pero no lo reconoció, éste lo recibió con gran interés pese al ajetreado ritmo que tenía la oficina, algo a lo que Ferro no estaba acostumbrado, después de años de vivir en un lugar como el fuerte, dónde el tiempo parece haber muerto y sólo resucita cuando las tribus guerreras del desierto hacen sentir su peso. Tras el papelerío y los asuntos de rigor, quedó formalmente incorporado a las Lignes Aériennes G. Latécoère. Ferro se las arregló para simular tener experiencia útil a la empresa, dijo haber sido mecánico de vehículos, cuando en realidad sólo había ayudado a cambiar cubiertas y montar el motor de un camión, siempre supervisado por un verdadero mecánico, también aseguró haber sido observador y explorador de la Legión, lo que era un poco más cierto, ya que realmente conocía palmo a palmo gran parte del Sahara Noroccidental.

Aprendió rápido y bien, ayudado por el personal de la Línea, al cual se ganó gracias a un incomprensible cambio de actitud respecto a los demás, hablaba hasta por los codos con todo el mundo, se mostraba afable y predispuesto a las bromas y....Boxeaba. Todo esto lo llevó a que un día...

Listo para el despegue, el motor ronronea mientras gana temperatura, al frente se despliega una cinta de arena consolidada, barrida por torbellinos de polvo que levanta el cálido y seco viento del desierto, las antiparras le protegen los ojos del implacable y áspero ambiente que lo rodea, sumerge la vista en el interior de la cabina, las esferas de los instrumentos bullen de actividad mostrando la verdad del avión a los ojos de su jinete, gira la cabeza para mirar a su acompañante, quien ha terminado de acomodar las sacas postales y levanta el pulgar en señal de conformidad, la palanca de gases todo adelante en forma progresiva y el motor ruge

entregando su poder, todo se deforma a su alrededor y al alcanzar la velocidad necesaria el Laté 25 se eleva hacia la verdad, el primer vuelo en el servicio. Destino Cap Juby.

El viejo Ferro había hablado casi sin parar desde que le lancé mi pregunta indiscreta, apenas había hecho un alto ocasional para pegarle una sorbida al mate, de cuya ronda no me había hecho partícipe hasta ese momento en que detuvo el relato, acomodó la bombilla removiendo la yerba y tras cebarlo de agua me lo alcanzó, con un dejo de sonrisa asomando de la comisura de sus resecos labios.

Él aprovechó la pausa para tragar saliva y enfocar la mirada, luego de haberla perdido en el infinito mientras duró su relato. Lo miré de reojo al tiempo que sorbía el mate, como invitándolo a proseguir, él entendió muy bien la indirecta cuando sus ojos se posaron en los míos y continuó. La tarde comenzaba a dar lugar al ocaso, haciéndose presente en una paleta de tonos azules y rojos con el enorme disco de fuego del sol poniéndose tras el monte.

En la línea se incorporó a finales de noviembre de 1926 y pasaría en ella ocho meses más, durante los cuales adquirió la experiencia de vuelo necesaria cubriendo las rutas de correo desde Toulouse, pasando por España y África del Norte hasta Dakar. Volvió en ocasiones a divisar el fuerte donde había revistado durante su estancia en la Legión, ésta vez desde trescientos metros más arriba, pudiendo observar como aquellas pequeñas figuras que hormigueaban de aquí a allá saltaban de alegría al ver la máquina voladora que

rompía la monotonía de días y días en la que el desierto no traía nada nuevo.

Durante casi un año cubrió con sus vuelos miles de kilómetros cuadrados de desierto pedregoso, de dunas y mesetas, aprendiendo en cada ocasión más y más de aquella profesión de los hombres del aire, conociéndose con el avión, ese compañero que tiene vida y personalidad debajo de su piel de metal y madera.

Hacia fines de 1927 recibió una comisión que traería aparejadas consecuencias insospechadas para Ferro. En América del Sur (como los franceses llamaban a esa vasta región que iba desde el Amazonas hasta el Cabo de Hornos) se iniciaría la etapa más ambiciosa del plan de expansión de la Línea, unir Río de Janeiro, Buenos Aires y Santiago de Chile con Europa mediante una intrincada red de transporte aéreo, en competencia con los americanos que ya habían comenzado a expandirse hacia esos horizontes.

La Dirección de Correos Y Telégrafos de Argentina había refrendado un contrato con la empresa Latécoere para transportar correspondencia desde y hacia Europa a cargo del Capitán Vicente Almandos Almonacid. Por ello cuando el traspaso de la empresa francesa se realiza a Boilloux Lafont, éste le solicitó al propio Almonacid que creara una compañía subsidiaria con sede en Buenos Aires.

Un grupo de pilotos sería enviado a Buenos Aires para instalar allí las oficinas de la Línea en lo que más tarde se daría en llamar la Aeroposta. Nombres como los de Antoine de Saint Ex Superie, Jean Mermoz, y Guillaumet, célebres conquistadores del fin del mundo serían familiares para Ferro, pero uno en particular haría que sus ojos se encendieran de emoción con sólo pronunciarlo debido a la importancia que tuvo en el curso de su vida, Vicente Almandos Almonacid.... El Cóndor Riojano.

Dejó entonces el desierto, después de cuatro años de habitarlo y conocerlo, se dio cuenta que se había vuelto un adicto a la desolación, se sintió extraño cuando desembarcó en Toulouse,

toda esa gente, toda esa actividad, sentía que los edificios se le venían encima, lo asfixiaban, al caminar por las estrechas calles no podía evitar llevarse un empujón tras otro, a veces coronado de un insulto de esas personas que pareciera no alcanzarles el tiempo del mundo, que caminan ciegos y sordos, inmersos en sus mundillos de cosas pequeñas y tontas. Qué sabrán ellos del desierto, que sabrán del aire, ni siquiera saben de la sed.

De Toulouse en coche a Brest donde abordaría el barco que lo regresaría a América, el temor lo embargaba, también la vergüenza, que habría ocurrido con la madre, seguramente pensó que Juancito había muerto, menuda sorpresa se iba a llevar.

Semanas después el transatlántico entraba en la mar dulce, con sus aguas barrosas y un calor de verano sofocante por la humedad, a diferencia del clima desértico. Juan asomado a la borda en la proa del buque miraba hacia la costa, allí comenzaban a vislumbrarse entre la neblina estival las costas de Quilmes y más allá La Boca con sus altas chimeneas humeantes. Por un momento observó un camalote que flotaba a la deriva, sobre éste, una yarará bastante molesta se agitaba y revolvía sobre su pequeño bote, parecía estar tan desconcertada como Ferro respecto al lugar donde se encontraban.

Al llegar a Buenos Aires, todo cambió, hasta la lengua, cuando se quiso dirigir al oficial de migraciones tuvo serias dificultades para expresarse en castellano, palabras que no había pronunciado, ni siquiera pensado desde hacía seis años.

La Línea lo alojó en un respetable hotel de Retiro, próximo a Plaza San Martín, y los días siguientes los pasó en el lobby de éste donde se sucedían las reuniones para poner a punto al nuevo contingente de personal.

Días más tarde, y ya un poco más habituado al castellano se armó de coraje y se encaminó a su hogar de Barracas, al llegar se encontró con unos chicos jugando animadamente en la puerta de lo que él recordaba como su casa, dudó durante unos instantes para luego animarse

a preguntar por ella, la respuesta fue desconcertante, uno de los pequeños corrió hacia el interior de la casa gritando con chillona estridencia...

-¡Mamá!-

Del interior emergió una figura esbelta y joven, de unos treinta años, quién se presentó como la señora de la casa. Ferro no salía de su asombro, le preguntó entonces a quien le había comprado la casa, en un tartamudeo bañado de un acento extraño y ésta le contó que la mujer que vivía antes, una viuda bastante avejentada para la edad que tenía, les había cedido la casa en pago de una deuda y se había mudado a Colegiales.

Durante días Ferro indagó en busca de su madre hasta encontrarla finalmente en una pequeña pensión, sola y amargada, terriblemente vieja y desgastada, tenía tuberculosis. En un principio ella no reconoció esa figura en la puerta, y por un instante intentó echarlo, hasta que descubrió que era su hijo y entonces si logró echarlo entre gritos y llantos. Sería la última vez que la vería, moriría dos meses más tarde.



CHACO

SUDOR Y SANGRE



No deje de leer el próximo capítulo
Asunción rumbo 0-2-0

Exclusivamente en





CAPITULO II

Asunción rumbo 0-2-0

La noche ya se cernía sobre nosotros en el montecito, el fuego que calentaba la pava se había ido extinguiendo con el correr de las horas hasta no ser más que un montón de cenizas humeantes, el mate reposaba a un lado, y el viejo parecía estar cansado, lucía abatido, tal vez por la emoción de los recuerdos evocados.

Detrás nuestro surgió un grito que portaba mi nombre, una voz que yo reconocía bien y un tono que era el prelude de una bofetada, mi madre que de seguro estuvo buscándome largo rato y ahora descubría mi escondite. Me incorporé de un salto y le dije:

-Disculpe Señor Ferro pero debo irme, o me mataran.-

-Claro mocoso, andate...-

Y no dijo nada más, el se quedó allí mientras yo corría de vuelta al pueblo respondiendo a los llamados.

Sufrí un severo castigo por ausentarme de esa manera, pero esto no evitó que a la mañana siguiente me evadiera de mis tareas para ir a golpearle la puerta al viejo, lo fui a buscar directamente al rancho. Al abrir, la figura encorvada se asomó preguntando quien era y que quería, yo esperaba que el viejo me reconociera de inmediato, incluso que se alegrara de mi presencia, pero no fue así, se comportó como de costumbre, hosco y malhumorado, por un momento pensé que me echaría a patadas de su rancho, en cambio se dio vuelta y entró dejando la puerta entreabierta, como invitándome a entrar.

Al ingresar todo estaba en penumbra, un aroma nauseabundo y penetrante flotaba en el ambiente, de una pared colgaba un sable y sobre éste un escudo de la Fuerza Aérea Paraguaya tallado en roble, debajo una placa de bronce y una leyenda.

“La Fuerza Aérea del Paraguay al Teniente 1° PAM Juan Sebastián Ferro héroe de la Guerra del Chaco”.

Sobre una mesita destartada había un pequeño cofre de madera con ribetes dorados, giré la pequeña llave de bronce y al abrirla emergieron cuatro medallas con sus corbatas tricolores que descansaban sobre una enmohecida felpa azul.

-Eso es lo único que queda de aquella época muchacho.-

Me dijo sacándome de mi cavilación, me di vuelta y lo miré tratando de esbozar alguna disculpa por mi indiscreción pero no hizo falta, el viejo se acercó rengueando, miró al interior de la caja y con su dedo largo y flaco acarició una a una las medallas, luego con una suavidad rara en él cerró el pequeño cofre y le dio vuelta a la llave. Se quedó largo rato mirándome a los ojos.

-¿Qué querés saber de todo esto muchacho?-

-Lisandro... Me llamo Lisandro señor Ferro, creo que nunca le había dicho mi nombre.-

-Da lo mismo...-

Respondió y se encaminó a la cocina. Yo lo seguí y me senté en un pequeño tronquito junto a la hoguera donde ya crepitaban unos leños.

En la Aeroposta Argentina SA voló durante un tiempo, en un principio le asignaron la ruta de Buenos Aires a Mendoza, dónde era relevado por otro piloto que realizaba el aterrador cruce a Santiago, la ruta abierta por el valeroso Jean Mermoz en noviembre de 1928.

Un día fue llamado a las oficinas de la compañía en Reconquista 240, al ingresar al despacho de Almonacid, éste lo recibió con beneplácito y le indicó que se sentara.

Ferro sentía una suerte de deja vú, una repetición de hechos anteriores, como la llamada de su comandante en la Legión, o la entrevista en Argel, parecía ser que cada vez que era llamado a un despacho y alguien sonriente le indicaba que se sentara era el presagio de un vuelco violento y definitivo en su vida... Esta no sería la excepción.

-Señor Ferro... Hacía tiempo que quería hablar con usted.-

-A su servicio mi capitán.-

Le contestó con una formalidad militar que causó buena impresión en Almonacid.

-Vea Ferro, el gobierno me ha encargado una tarea un tanto delicada, y necesito seleccionar personal que la lleve a cabo, por eso lo mandé a llamar... ¿Gusta un cigarro?-

Dijo el riojano arrastrando las eses, se hizo un silencio y Ferro tras tomar un pitillo de la cigarrera que Almonacid le extendió arqueó las cejas invitando a continuar.

-Tal vez no esté al tanto pero el Paraguay está teniendo algunas diferencias con Bolivia respecto a un territorio en disputa... Un lugar de mierda si me permite el término soez.-

Ferro esbozó una leve sonrisa.

-Fiero como el infierno, estuve por allí en un vuelo, creo que ni en La Rioja ni en ninguna parte donde estuve vi un lugar así, el agua es una rareza y vale más que el oro, todo el mundo se pregunta porque se pelean por una cosa así, pareciera ser que hay petróleo ahí abajo. La otra razón que mueve a los bolivianos es tratar de alcanzar el Río Paraguay, tal vez para ganar una salida al mar, o quizás para desviar el cauce del río y fastidiar a los paraguayos... No sé, lo que sí sé es que la cosa cada vez se pone más peluda.-

-Lo que nos manda el gobierno es abrir una ruta a Asunción para mantener un enlace con las autoridades paraguayas, sobre todo las aeronáuticas, todo esto en el más estricto secreto pues el gobierno es neutral, por lo menos de la boca para afuera.

A usted lo quiero en esos vuelos, a partir de ahora queda asignado a la ruta Buenos Aires Asunción, y me informa directamente a mí.

Como sabrá Pedro Ficarelli realizó un primer vuelo en abril del 28, pero Paul Vachet ya resolvió el tema en noviembre con una ruta de una sola escala en Monte Caseros, cuya Municipalidad donó los terrenos de la pista. Encontrará todo lo que necesita, mapas y datos de vuelo en Pacheco.-

Ferro asintió en silencio, tras estrechar la mano de Almonacid salió del despacho algo aturdido, no sabía bien porque había aceptado, pero por esto una fría mañana de agosto de 1929...

El coche oficial de la Aeroposta arriba a los terrenos de la compañía por un barroso camino de la localidad de Pacheco al norte de la ciudad de Buenos Aires. Al trasponer la tranquera y cubrir la distancia hasta el hangar el vehículo se apea junto a la entrada de la oficina, en la puerta, apoyado contra el marco se encuentra un mecánico el cual bosteza sin parar, aún no ha salido el sol y es apenas un resplandor el que permite ver. Dentro la luz mortecina de una lámpara de kerosene alumbra el escritorio donde se haya los mapas y registros de vuelo, todo lo que Ferro necesita, contra una pared está la pizarra negra donde se garabatean datos de interés, aviones disponibles, entradas a inspección técnica, pilotos en activo, en comisión y en licencia, y otros menos técnicos como el asado que no se pago, el nacimiento del hijo de tal, etcétera.

Saluda al mecánico y se dirige directamente a la pizarra, allí encuentra su nombre y comienza a completar los casilleros:

Hora de salida 08:00; Destino: Asunción; Escala: Monte Caseros; Carga: ; Operador de Carga: -
-.

Los últimos dos casilleros quedan vacíos, ira sólo en ésta y la carga es una incógnita que develará el mecánico que ahora oficia de cargador, él ha acomodado las sacas previamente. Todo está listo para el despegue.

El Laté 25 es sacado del hangar empujado por Ferro y el mecánico, el chofer del coche desciende y trota hasta ellos para echarles una mano y dejar una saca postal de último momento, hace un frío horripilante y el avión a condensado una delgada capa de escarcha en los planos y el carenado del motor.

Ferro abre la portezuela lateral y lanza al interior una valija de cuero con sus mapas y documentos

y un morral de lona (viejo recuerdo de la Legión) con comida y ropa. Se calza su gorra de cuero con las antiparras, se ajusta las correas de su capote de cuero, debajo queda el traje gris pardo rayado y la corbata al tono, sobre el cuello la larga bufanda de seda blanca. Se aferra al fuselaje y salta con los pies para delante al interior del avión, empujando las sacas postales se abre paso hasta la cabina de mandos, silenciosa y solitaria en esta mañana, al sentarse inicia la comprobación previa a la puesta en marcha verificando los instrumentos y válvulas ayudado por el tímido resplandor de una linterna de mano, observa hacia fuera y ve al mecánico que se frota las manos y pisotea para contrarrestar el frío, debe estar impaciente por que despegue de una vez y pueda volver a la oficina a poner los pies en una palangana de agua caliente.

El arranque quiebra el frío silencio matinal, una bandada de pájaros que dormitaba en el techo del hangar se alborota y revolotea alrededor, el motor vibra mientras se calienta, las gotas de condensación resbalan por el parabrisas.

Aprovecha esos minutos para terminar de acomodar la cabina dejando lo imprescindible a mano, el vuelo será largo. Minutos más tarde el manómetro de aceite continúa clavado en la mitad del recorrido, es normal, el indicador de temperatura ha despertado y el hielo se ha derretido formando pequeños hilos de agua que se escurren por los lados, hace una seña al mecánico el cual lo despide y corre de inmediato a la oficina, lento y oscilante rodar hasta el extremo del campo siguiendo el camino marcado por pequeñas banderolas rojas.

Potencia máxima al despegue, el motor Renault entrega todo su poder mientras el pájaro de metal vibra y se estremece, las ruedas dejan el suelo y comienza a balancearse en el gélido aire de Pacheco, inicia entonces un viraje amplio y suave mientras va ganando altura, busca el rumbo 0-1-0. Al este una delgada línea roja se proyecta entre las capas de nubes, está empezando a amanecer.

Tres horas más tarde las ruedas del Laté 25 sisean en el pastizal del campo de aviación de Monte Caseros, Provincia de Corrientes. Allí junto al hangar de madera construido recientemente lo

esperan un tipo de unos treinta años vestido de campo y dos peones de no más de quince años, descalzos y raídos. Enfrenta el hangar y mientras da potencia pisa con rudeza el pedal izquierdo describiendo un semicírculo dejando al avión de cola al mismo, los muchachos se toman las boinas con ambas manos para evitar que la estela turbulenta de la hélice se las arranque. Al detenerse el motor éstos corren presurosos a la puerta del avión para empezar a descargar las sacas que quedan allí para distribuir a toda la provincia y subir las que parten con destino a Paraguay.

Ferro se deja caer del avión trastabillando en los primeros pasos, el frío y la postura incómoda de la cabina de mandos le entumecieron todos los músculos. Un saludo y una conversación insípida y banal pero cortés mientras se fuma un cigarrillo y recarga el termo con agua caliente de una enorme pava abollada que uno de los changos cargadores le acerca, mientras tanto el otro completa con un bidón tras otro el tanque de carburante.

Todo listo en escasos quince minutos y antes de que el motor pudiera enfriarse ya está en marcha nuevamente, es ahora tras el rodaje y con una temperatura que dista mucho del frío del Gran Buenos Aires que el motor puede dejarlo mal parado ni bien despegue las ruedas del suelo, a lo que se suma el aire enrarecido por el calor y el vaho de los esteros. Potencia máxima pero con progresiva suavidad para no ahogar al vapuleado Renault, compensador levemente atrás y con una carrera un poco más larga de lo usual se eleva nuevamente.

Rumbo 3-4-0 hasta divisar la ciudad de Corrientes, entonces viraje por derecha para poner proa a Asunción... Rumbo 0-2-0.

El viejo Ferro literalmente voló sentado en aquella cocina, sus ojos habían adquirido un brillo extraño durante el detallado relato, no ese brillo feroz que mencioné antes, tal vez no sepa explicarlo con palabras, pero fue como si frente a sus ojos se hubiera abierto un boquete en la pared de adobe del rancho y un paisaje sin fin se desenrollara a sus pies.

Quedó un instante en silencio, succionando los restos de un chipá atrapados entre los dientes con un chillido de roedor, se frotaba las manos grasosas en la camiseta y recién ahí noté que hacía rato que sus labios se habían crispado en una sonrisa de onda satisfacción.

Cuando nuestras miradas se cruzaron él percibió que yo entendía lo que estaba sintiendo y entonces tuvo por primera vez un gesto de afecto hacia mí (y me atrevo a decir que el primero en más de cinco años hacia persona alguna), me apoyó su mano huesuda en el hombro dando toscos palmetazos que me sacudieron bastante.

-Como te decía mocososo...-

-Lisandro... Don Ferro.- Lo corregí tímidamente

-¡Qué?... Ah si... Como te decía... Lisandro.-

Al aterrizar en el campo de aviación de Campo Grande, cercano a Asunción, encontró una actividad bastante importante. Formados ala con ala un grupo de cinco Potez 25 de la Aviación Militar se preparaba para el último vuelo del día, sus pilotos entrenados por los franceses desde hacía varios años tenían ese aire de algarabía seguramente contagiada por esos veteranos de la Primera Guerra Mundial. Ferro se quedó mirándolos largo rato mientras el personal de correo se encargaba de su carga, finalizado esto y luego de presenciar el despegue de los Potez se encaminó

a un edificio donde lo esperaban varios oficiales de Aviación y un político.

Allí esperó, sentado en un banco de madera junto a la puerta de una oficina de donde surgía un bullicio producto de una discusión bastante acalorada, pero que no lograba discernir acerca del tema en cuestión. Transcurrido un cierto tiempo emergió de la misma un oficial cargando un portafolio de cuero cerrado con lacres, evidentemente lo que contenía no debía ser visto por otra persona que no fuera el destinatario, cosa que Ferro tampoco sabía quien podía ser pues lo entregaría directamente a Almonacid y no había nada más que saber al respecto.

Se le dio alojamiento en las instalaciones militares para que pasara la noche. *“Usted es huésped del Ejército”*. Le dijeron pero todo parecía ser más un: *“Ni se le ocurra hacer otra cosa que entregar eso a quien corresponde”*. Se temía mucho al espionaje, casi de un modo paranoico por lo que la pequeña habitación donde Ferro fue confinado estuvo custodiada por dos guardias que flanquearon la puerta durante toda la noche. A la mañana siguiente despegó de nuevo rumbo a Buenos Aires.

Para 1931 Ferro había sido uno de los elegidos por el Capitán Almonacid para integrar la Misión Militar Argentina que tomaría la posta dejada por los franceses en lo concerniente a entrenar al personal de la Aviación Militar Paraguaya. Este grupo estaba compuesto por pilotos y mecánicos, en su mayoría pertenecientes al Ejército con excepción de Ferro, el único aviador civil pero que contaba con experiencia militar europea. Su misión entonces fue la de entrenamiento de vuelo en la que se desempeñó con gran habilidad y esmero, muchos de sus cadetes serían luego camaradas en campaña. También se reveló como un excelente tirador y respetable bombardero, puesto de manifiesto durante las prácticas que se llevaban a cabo en Caacupé.

Fue entonces que por solicitud de un Capitán de Aviación Ferro fue oficialmente incorporado como Teniente a la Aviación Militar Paraguaya. Su idilio con ésta nación había comenzado.

El conflicto con Bolivia había estallado en 1928, cuando Bolivia intentó hacerse de una salida al mar a través del Río Paraguay, para lo cual estableció una nueva frontera guardada por un fuerte

que sería arrasado por tropas paraguayas. A esto le siguió esporádicos enfrentamientos en la zona en disputa mientras la Liga de las Naciones orquestaba una serie de acaloradas discusiones y concertaba una tregua. La guerra no estallaría en todo su potencial sino hasta cuatro años después.

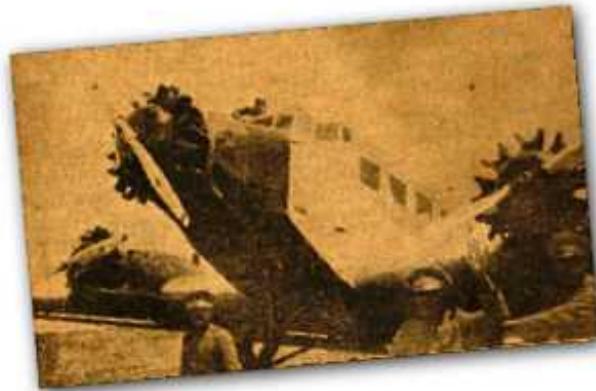
En este punto el viejo interrumpió su relato, se quedó petrificado clavando sus penetrantes ojos verdes en las chispas de los leños que ardían en el hogar, no me atreví a interrumpir su meditación y tan sólo me limité a tomar otro chipá del plato y engullirlo en silencio. Tras un período de silencio inquebrantable me levanté del tronquito en el que estaba sentado y excusándome con mis tareas postergadas me di a la fuga. Me sentía un tanto embotado, tal vez por el aire enrarecido de aquella cocina pestilente, comencé a transitar el camino que me llevaría hasta el monte dónde tendría que cortar leña a velocidad de castañuelas para poder llegar antes del mediodía a mi casa.

Al caer la tarde y habiendo cumplido con todas mis obligaciones incluso antes de lo previsto una excitación me asaltó, no podía quitar de mi cabeza el carrusel de imágenes generadas por las historias del viejo, tenía que saber que más había pasado en esa vida. Me puse en marcha por el camino al oeste y al llegar al montecito lo encontré, igual que la tarde anterior, sentado contra el enorme quebracho que presidía aquel montecito, con el mate en la mano y la mirada en el más allá. Sólo tuve que sentarme a su lado.



CHACO

SUDOR Y SANGRE



*No se pierda la continuación de esta historia
en el próximo capítulo que estará disponible
a partir del día lunes 9 de Septiembre.*

Unicamente en





CAPITULO III

De Campo Grande a Villa Poí

La Primera Escuadrilla de Caza forma sus escasos Wibault 73C.1 en la plataforma de vuelo. Ferro ha sido incorporado a esta unidad, sacado de la escuadrilla de entrenamiento junto a un puñado de noveles aviadores que aún tienen problemas incluso para aterrizar con viento calmo un avión sin daños.

Las bajas en el servicio de aviación han ido en aumento, en la mayoría de los casos por accidentes y en menor medida por acción del fuego terrestre, cientos de iracundos bolivianos disparando sus fusiles máuser hacia el cielo. Este es el mayor peligro que han de enfrentar, los encuentros con aviones enemigos son raros, las distancias son enormes y la cantidad de aviones en vuelo muy pocos, por lo que las probabilidades de cruzarse o de intentar patrullas de caza son irrisorias. Por esto la escuadrilla se dedica más que nada al reconocimiento y en todo caso disparar contra alguna columna de vehículos.

Los mecánicos hacen uso de todos los medios posibles para poner en servicio un número cada

vez más exiguo de aviones.

En esta situación Ferro es conducido en un automóvil hasta la plataforma junto con otro piloto recién instruido, casualmente su último alumno. Ambos descienden del vehículo el cual vira en redondo y se aleja, un mecánico se acerca a Ferro y lo saluda, inmediatamente lo pone al tanto de la cuestión.

-Mi teniente, tenga en cuenta esto, este bicho calienta... Calienta mucho, llévelo con un régimen bajo, evite acelerones bruscos o se va a quedar con la manija en la mano.-

Ferro asentía mientras el mecánico se reía como si estuviera contando un chiste en vez de un problema serio.

-Vigile el manómetro de aceite y la temperatura, si siente calor en los pies es normal, pero fíjese todo el tiempo en el carenado y en los escapes, si ve llamaradas o mucho humo es síntoma que el rancho se quema.-

Nuevamente las risotadas y ya la cara del muchacho que acompañaría a Ferro había tornado a un color blancuzco, como el de un cuerpo en descomposición.

-El suyo Teniente Ferro es el número cuatro y el seis para el Teniente Olivera.-

Ferro asintió una vez más y despidió al risueño mecánico haciendo la venia, éste se alejó balanceando grotescamente los brazos en dirección al hangar donde un Potez 25 bastante desmembrado y rodeado de piezas y herramientas estaba siendo resucitado por otros cuatro mecánicos.

-¿Y a éste que le pasa che?-

Le grita a los mecánicos mientras se acercaba a ellos, entretanto Ferro se vuelve a su asustadizo camarada para refrescar las últimas indicaciones.

-Bueno, éste bicho no es muy confiable como habrás visto pero es lo único que tenemos para volar hoy. Vamos a Isla Poí a reforzar la guarnición. Ya sabés... A cuidar la máquina, seguime de cerca y abrí bien los ojos, por ahora limitate a controlar el avión que de lo que pase afuera yo me encargo.-

El muchacho con los ojos como huevos de avestruz se cuadra y hace la venia con firmeza, tratando así de espantar sus miedos y mostrarse un poco más marcial.

Botas de caña alta de cuero marrón, ajustadas con varias hebillas, pantalón y camisa de guarnición color caqui, bufanda blanca y piloto de cuero que ahora odiaba bajo el implacable sol, ese era el atavío del Teniente PAM Juan Sebastián Ferro.

Se coloca la gorra de vuelo, ajusta el paracaídas a su delgada figura y trepa de un salto a su máquina al tiempo que un joven soldado se arrima a la hélice para ponerlo en marcha. Una lucha insoportable con el motor que se niega a arrancar con una increíble tozudez, finalmente y tras quejarse con varios ruidos poco halagadores arrancó, el de Olivera ya estaba en marcha y ambos comenzaron a rodar en fila india hasta la pista.

Se colocan lado a lado y tras una señal de Ferro agitando el dedo índice hacia delante ambos aviones comienzan a devorar los metros hasta alcanzar la velocidad adecuada, luego con un leve balanceo de las alas para contrarrestar las irregulares columnas de aire ascendente que los golpean desde abajo, ponen proa al noroeste en un vuelo de más de ciento cincuenta millas hasta Isla Poí, conocida como la Villa Militar.

El vuelo se desarrolla con normalidad, ya que en éste avión es normal que la temperatura

esté en el punto de fusión del acero y que los pistones azoten el carenado del motor. La velocidad es más que pobre y cabe preguntarse cómo podría trabarse en combate si a duras penas mantiene el crucero.

Bajo los planos surge un terreno de espeso monte, cuesta creer que pese a tanta vegetación el agua es más y más escasa a medida que se desplazan hacia el noroeste.

Finalmente arriban a Isla Poí. Alcanzan a ver una actividad febril allí abajo, cientos de tiendas de campaña, vehículos, y miles de hombres que van de aquí a allá, asemeja a un hormiguero reventado por la lluvia. Es tiempo de aterrizar y el Wibault hace ruidos cada vez más escalofriantes, sobre la vertical del campo de aviación Ferro le hace una seña con el índice apuntando hacia abajo a Olivera, quien da un comprendido con el pulgar hacia arriba y comienzan a descender en un espiral amplio con los motores en ralentí.

Ferro deja que el muchacho aterrice primero, éste comienza a encarar la pista pero ha descendido demasiado y el aire enrarecido por el calor sofocante no sustenta su avión, debe luchar con los comandos para mantenerlo nivelado y en el eje de la pista, cuando está a escasos cien metros del borde del campo se produce una feroz detonación que expulsa parte del carenado y surge una lengua de fuego que comienza a lamer el parabrisas, el Wilbault describe una trayectoria ondulante y errática hasta estrellarse con estridencia, los restos vuelan entre la nube de humo y polvo y el fuselaje ya desprovisto de las alas que se han arrancado con el impacto se arrastra unos metros y se detiene al fin, totalmente envuelto en llamas. Ferro observa espantado el cuadro dantesco por unos instantes para luego volver la atención a su propio aparato, el cual se recalienta por demás conforme pasan los minutos.

Vira en redondo y encara la pista aterrizando con relativa facilidad. Tras rodar hasta las carpas que forman el escalón técnico de Isla Poí detiene la marcha de su agotado Lorraine-Dietrich de doce cilindros, un grupo de hombres se acerca al aparato y cubre su carenado

con una manta humedecida para protegerlo del implacable sol y refrigerarlo de alguna manera.

Desciende del avión y mira en dirección a la columna de humo negro que se alza allí donde Olivera se ha desparramado, un grupo de hombres lucha con las llamas paleando tierra sobre los restos, el agua no se malgasta en un cuerpo calcinado y un montón de fierros retorcidos.

Estaba aún intentando desembarazarse del paracaídas y el incómodo piloto cuando detrás surge una voz:

-Bueno... Más chatarra ha llegado a Isla Poí.-

Ferró gira sobre los talones en busca del impertinente que ha lanzado la frase aún encolerizado por tanto desastre, un tipo bigotudo y sonriente le estrecha la mano presentándose.

-Capitán Julio Sosa...Y usted es el Teniente...-

La frase inconclusa es rematada con una voz grave.

-Ferro... Juan Sebastián Ferro.-

-iArgentino?.-

Pregunta Sosa alertado por el acento de su interlocutor.

-Si.-

-Bueno nadie es perfecto. Venga sígame, le voy a presentar a los muchachos.-

Aturdido y confuso, Ferro sigue al extraño capitán hasta una miserable choza unos metros más allá, allí un grupo de cinco rotosos, más parecidos a un grupo de indigentes que a pilotos militares los observan desde sus poco decorosas posiciones, echados en el suelo, apantallándose con sombreros de paja y pana en vez de las gorras reglamentarias, algunos ni siquiera llevan charreteras.

Cada uno de estos singulares personajes se presenta con mayor o menor entusiasmo, Ferro hizo lo propio tras lo cual todo el asunto inductorio cae en un silencio de evidente desinterés. Será cuestión de habituarse a éste nuevo “ambiente de camaradería”. Ferro se aleja entonces para echar un vistazo a ese mundillo llamado Isla Poí.

En los alrededores del campo de aviación las tripulaciones y el personal de tierra acampan en las extraordinarias barracas de barriles vacíos, cajones de munición y chapas corrugadas, algunas cuentan con la “privacidad” de una lona de carpa repleta de remiendos para cubrir la entrada.

Durante la noche el frío cala los huesos; los días sofocantes. Los insectos, del tamaño de aviones, devoran a los hombres y todo intento por repelerlos parece inútil.

El suelo esta cubierto por una densa capa de polvo fino como la harina en el que los hombres se hunden hasta los tobillos, cuando el viento arrecia éste se cuela por todas partes, bajo la ropa, en las barracas; a los aviones los lima con un poderoso efecto abrasivo, se aloja en los tanques de combustible produciendo obstrucciones, en los depósitos de lubricante haciendo del aceite una mermelada espesa que no lubrica...

Esto obliga a los mecánicos a trabajar como condenados... En menos de veinte horas de vuelo el motor se desgasta, los cilindros se rayan, las válvulas se carcomen, los neumáticos revientan con el calor. La nafta se evapora de los tanques cuyas juntas se dilatan: riesgo permanente de incendio en vuelo...

Es una vida espantosa de cavernícolas, igual para todos, sin distinción de rango o status. El agua está racionada y se almacena en unos hediondos barriles que alguna vez lo fueron de carburante, por esto el agua toma un color tornasolado y un gusto aceitoso que hace gemir las tripas.

La comida es magra y horrenda, cada hombre debe procurarse su propio sustento e incluso disputárselo a las moscas, si confía en lo que le pueda dar la Intendencia acabará irremediamente enfermo. Es así que cuando las tripulaciones no están de servicio se organizan improvisadas excursiones al monte... Cualquier bicho es parte del menú, mulitas, víboras, e incluso guacamayos y loros van a parar a las hogueras que se encienden hacia el final de la jornada.

Las brutales diferencias de temperatura, la falta de vitaminas, la disentería y el cólera afectan a las tripulaciones.

Los decolajes en medio de tormentas de polvo son operaciones agobiantes al borde del suicidio. El aire cálido que asciende en espirales irregulares aquí y allá no sustenta. Los carburadores de los motores se ahogan intentando aspirar el oxígeno escaso y enrarecido perdiendo potencia en momentos críticos.

De cuando en cuando una tormenta de viento levanta un velo de polvo que de a ratos oculta el sol. La pared polvorienta azota el aeródromo con ráfagas de hasta 90 kilómetros por hora, ahogando a los hombres que se protegen con pañuelos atados a la nuca... Es inútil, los dientes rechinan y la piel queda en carne viva.

Mas allá se encuentra el vivac de las fuerzas terrestres, allí se vive más o menos idéntico, la diferencia es que son más, muchísimos más y por ende, mayores son las privaciones. También allí se encuentra la chusma, cientos de mujeres con sus críos, mercaderes y artesanos que venden sus productos a cambio de cualquier objeto de valor relativo, los

bolicheros que abastecen de caña a los soldados, haciéndose hasta de la última moneda de sus sueldos...

El oficio más viejo del mundo se ha hecho también presente en Isla Poí... Se puede ver largas filas de sonriente tropa frente a sus taperas, riendo y agitándose a la espera de su turno, de pronto el mugriento cortinón se corre para dejar salir a un sargento medio desdentado que aún trae los pantalones caídos y tras él se asoma una comadrona corpulenta, semidesnuda, con sus enormes pechos al aire, los pelos alborotados y una mirada de fastidio imposible de ocultar, la fila se deshace y se arremolina en la puerta disputándose el privilegio de ser el próximo hasta que un teniente medio petizo se abre camino a empellones y haciendo valer sus tiras se lleva la ilusión de los demás... De nuevo todos vuelven a sus lugares en la fila.

El servicio sanitario es un tema aparte... Un edificio medio derruido rodeado de decenas de tiendas de campaña que rebalsan de heridos y mutilados, los camiones llegan trayéndolos del frente, sedientos, destrozados y medio muertos, algunos del todo muertos pasan de la camilla a la pila de cadáveres en un abrir y cerrar de ojos... Se opera sin anestesia, apenas un sorbo de caña para superar el dolor, cualquier herida severa implica amputación del miembro en cuestión, las infecciones son comunes y todo el lugar esta apestado por un hedor nauseabundo... Mejor no caer nunca ahí... Preferible morir de una sola vez.

La detallada descripción del viejo acerca de aquel infierno me dejó perplejo, a mi corta edad era poco lo que yo sabía de la Guerra del Chaco... Era poco lo que sabía del mundo y de lo cruel que puede llegar a ser. Hipnotizado por el relato el viejo había perdido una vez más su mirada en la lejanía, casi no se movía y se había entrelazado sus largas y huesudas manos, como en un gesto de piadosa confesión.

A partir de allí la historia adquirió características vertiginosas, prolongándose hasta bien

entrada la noche cuando lo acompañé hasta el rancho dónde nos servimos de una cena frugal. Sabía que mi madre me buscaría desesperada pero no me importó... Sólo quería seguir escuchando ésta suerte de diario personal que el viejo escribió con indeleble precisión en mi mente. Tanto es así que hasta hoy, ya adulto, tengo frescos esos recuerdos como si hubieran sucedido recién.

Nada más ocurrió durante esa noche que valga la pena detallar, sólo el relato, solos él y yo junto al fuego del hogar en aquella cocina pestilente. Es por esto que en adelante sólo escribiré lo que aquella noche oí...

Corren los primeros días de septiembre de 1932, el General Estigarribia ha tomado el Primer Cuerpo y lo ha enviado a rodear y aislar a la guarnición boliviana de varios cientos de hombres en Boquerón. La aviación de ambos bandos ha empezado un agresivo patrullaje y reconocimiento para avistar movimientos de tropas. Los bolivianos que cuentan con un respetable poder aéreo tienen una clara ventaja en el aire. El 8 de septiembre, dos cazas Vickers Vespa avistaron al Regimiento 2 de Infantería de Paraguay que se encontraba en marcha hacia Boquerón, bombardearon y ametrallaron las columnas en forma constante lo que causó severas bajas. Muchos de estos soldados quienes en su vida habían visto un avión entraron en pánico desbandándose en el espeso monte por lo que los oficiales debieron pasar el resto del día reagrupando los pedazos del regimiento.

A pesar de esto el avance continuó y el 9 de septiembre los paraguayos asaltaron Boquerón siendo el primer intento poco efectivo, por lo que las fuerzas paraguayas tomaron posiciones en derredor del puesto defensivo para iniciar el sitio del mismo. La mañana de ese día una columna de vehículos bolivianos que debía abastecer y reforzar el puesto de avanzada

establecido en Boquerón fue exitosamente emboscado y destruido por las tropas de Estigarribia.

El reconocimiento aéreo boliviano no logró dar al Comando una clara idea de lo que Estigarribia estaba tramando, o al menos no logró trepanar la obstinada rigidez de su comandante, el veterano de la Primera Guerra General Hans Kundt, para quien la aviación no era más que un invento de dudosa utilidad y de cuyos informes solía referirse como imprecisos y alarmistas.

La aviación paraguaya estaba en una posición muy comprometida. En sus dos aeródromos de avanzada (Isla Poí e Isla Taguato) contaba apenas con un total de tres cazas Wilbault y cinco bombarderos Potez 25, los cuales oscilaban entre el estado operativo y el fuera de servicio. Con éste escaso material debían cubrir las necesidades de la avanzada paraguaya que iban desde el reconocimiento hasta el apoyo aéreo cercano y el reglaje de artillería.

9 de septiembre.

Es mediodía cuando en el puesto comando del servicio de aviación en Isla Poí se presenta una tripulación de un Potez 25 que ha efectuado un reconocimiento aéreo en la zona del fortín Boquerón. Allí han podido observar como las unidades divisionarias se han estrellado una y otra vez contra el monte cuya espesa vegetación esconde el reducto boliviano. Ambos tripulantes del Potez están visiblemente agotados por la tensión de ese vuelo pero ante la petición de guiar una incursión de bombardeo ellos asienten sin más.

Inmediatamente una frenética actividad se desata en la base, hay que alistar lo que haya para lanzar, dos Potez es todo lo que se tiene en condiciones y estos ya están envueltos en una

nube de sudorosos mecánicos que están montando las bombas y armando las cintas de munición de las ametralladoras.

La calma campesina que Ferro había visto apenas unas horas antes se ha hecho añicos ante la situación reinante. Hombres pasan corriendo y lo atropellan una y otra vez, pareciera ser que él es el único que no está haciendo nada.

Se dirige entonces al Teniente 1° Emilio Rocholl el cual está parado frente a la mesa de situación observando un mapa dónde el Teniente 1° Carmelo Peralta le señala la línea de frente dónde se haya ubicado el maldito fortín.

-Mi Teniente 1°... Disponga de mí si considera necesario.-

Ferro se cuadra firme al lado de Rocholl, quien tarda un tiempo en dirigirle la mirada para luego responderle.

-Usted llegó hoy ¿verdad?-

Ferro afirma con la cabeza.

-Venía con ese otro que se desparramó... Piloto de Wilbault...-

Agrega Rocholl.

-Si señor.-

-¿Y que pasa con su avión?-

-Fuera de servicio señor... Problemas con el motor.-

-Bueno venga conmigo, será mi artillero.-

Ferro saluda al Teniente 1° quien ya ha vuelto a su asunto del mapa y no lo está mirando. Sale entonces de la tienda del puesto comando y se encamina a la línea de aviones, al cabo de un rato aparecen los demás y se forman en círculo frente a los dos Potez que ya están listos, mientras se calzan sus paracaídas y sus gorras de vuelo.

Las últimas indicaciones son impartidas, tras encomendarse a la Virgen y persignarse los cuatro hombres se dirigen a sus máquinas, entonces como un trueno resonante que se contagia y expande entre el personal de tierra... El grito de guerra:

-¡Viva Paraguay!-

El número 5 con el Teniente 1° Emilio Rocholl a los mandos y el Teniente Ferro de artillero, el número 6 será guiado por el Teniente 1° Trifón Benítez Vera y el Teniente 1° Carmelo Peralta como artillero. Son estos últimos los que han efectuado el reconocimiento anterior y ahora guiarán la incursión.

Puesta en marcha sin mayores complicaciones y tras un apresurado rodaje despegan con rumbo al frente.

Bajo los planos comienza a desfilarse el paisaje de monte enmarañado. El sol vuelca su furia volcánica en forma vertical, todo lo que toca arde de calor.

Al frente surge una nube espesa de humo... Boquerón.

Explosiones emergen del suelo como extraños hongos negros y grises, la tierra está moteada

por los centenares de cuerpos inertes que han caído durante el avance, el golpe de pinzas no ha salido como querían.

Los asaltos en masa y al descubierto se han estrellado irremediabilmente contra las primeras líneas enemigas sin haber podido localizar el reducto principal oculto en el monte.

Hacia el sudeste se extiende en semicírculo un abra de más de mil metros de ancho, lisa y árida como una mesa de billar. Un saliente de vegetación del monte avanza sobre el campo raso hasta el cuello del cañadón.

Ante la cuchilla de la Punta Brava la montaña de hombres caídos es inmensa hasta donde se puede ver, aún agonizantes, dispuestos en extrañas y grotescas posturas, tiritando y revolviéndose bajo el calcinante sol. Víctimas del fuego cruzado de una veintena de troneras cuyas ametralladoras y fusiles barren en abanico a una distancia de varios cientos de metros.

Nutrido fuego de hostigamiento por parte de la artillería de campaña que asedia el reducto. Los cañones ciegos continúan tronando bajo sus redes de enmascaramiento con su gallardo pero inútil retumbar. Las largas caravanas de heridos atascan en un flujo sanguinolento y agonizante los senderos que van a la retaguardia.

Ante ésta visión horrenda de la guerra que se come a los hombres por parvadas, los dos Potez buscan a tientas el lugar correcto donde descargar sus bombas.

Rocholl hace una seña y ambos aviones se lanzan en picado, el viento produce un estridente gemido al rozar los cables y montantes del biplano. Ferro se haya ubicado en el puesto trasero del Potez cuyas ametralladoras apuntan a la retaguardia, se vuelve hacia delante para observar como Rocholl dirige la nariz del aparato hacia el suelo, a ambos lados explotan aisladas algunas granadas de artillería.

El silbido de las bombas rasga el aire y ambos aparatos se recuperan de la picada con un severo tirón de las palancas de mando, entonces resuenan las explosiones en la espesura del

monte donde se espera haber alcanzado algo, se ha tirado a ciegas.

Han descendido mucho y con el calor sofocante y los motores desgastados cuesta una enormidad recuperar altura con rapidez, un nutrido fuego de ametralladoras y fusilería se desata contra ellos. Aún embotado por los sacudones y el precipitado descenso Ferro vuelve a acomodarse en su puesto para tomar las ametralladoras y responde con varias ráfagas hasta que ambas se atascan.

Entonces la imagen más aterradora se proyecta a sus ojos... Dos aviones volando más alto que ellos comienzan a virar para salirles al encuentro, es evidente que son bolivianos. Ferro grita como un condenado llamando a Rocholl para alertarlo de la inesperada visita al tiempo que alista las Madsen tirando violentamente de las correderas y expulsando las vainas abolladas. Recién entonces se percata que pese a haberse quedado casi ronco su voz es arrastrada inmediatamente por el viento de manera que ni él puede escucharse a sí mismo. Se vuelve y le da una palmada en la cabeza a Rocholl quien se da vuelta y gesticula como en una película muda... Seguramente alguna maldición guaraní. Entretanto Benítez Vera y Peralta en el otro Potez se han alejado bastante y con el sol a sus espaldas no pueden ver ni a sus compañeros ni a los bolivianos.

El Breguet XIX se aproxima de lado al Potez de Rocholl a toda velocidad, éste se había quedado siguiendo con su vista al otro avión, un Vickers Scout, buscando la ventaja, cuando se percata de la maniobra del Breguet ya es demasiado tarde y ni él ni Ferro están en ángulo de tiro. El Breguet abre fuego y rocía de plomo al Potez, Ferro cierra los ojos esperando el impacto que lo llevó al más allá...

Al abrir nuevamente los ojos nota que la cola del avión apunta al cielo, se vuelve hacia delante y ve que Rocholl aún lucha con los comandos para restablecerlo y lo logra. De la gorra de vuelo del piloto surgen hilos de sangre que empiezan a manchar el fuselaje.

Afortunadamente en el otro Potez ya se han dado cuenta de lo que ocurre y se lanzan en su ayuda pero al instante es atacado por el Scout que lo acecha desde atrás. Benitez Vera abre fuego contra el Breguet mientras Peralta dispara hacia atrás contra el Scout.

Increíblemente el Breguet se desprende y abandona el combate, tal vez esté averiado o no le quede combustible, el único que sigue obstinadamente es el Scout.

Ambos Potez forman al tiempo que van encarando hacia la retaguardia, no podrán ir a Isla Poí por lo que la alternativa es Isla Taguató dónde hay una base aérea.

Ferro dispara sus ametralladoras Madsen en ráfagas intermitentes contra el Scout que se bambolea de un lado al otro. De pronto un chasquido y un sacudón en una de sus armas, una vaina ha trabado la corredera y no puede aflojarla. Del Scout surgen dos puntos luminosos como llameantes ojos infernales, está disparando otra vez y en ese instante Ferro siente un martillazo en el codo que lo hace aullar de dolor.

Ahora el Scout también se retira haciendo una media vuelta sobre el ala dejando al fin en paz a los vapuleados Potez. El N° 5 de Ferro tiene desgarros y orificios por todos lados y para colmo el piloto también los tiene, ha perdido mucha sangre y su cabeza comienza a ladearse como preludio de un desmayo.

Ferro se percata que no han retirado la palanca de mando del puesto trasero, se vuelve hacia delante y toma el control del aparato al tiempo que pone su mano en el hombro de Rocholl, éste al darse cuenta que Ferro tiene el avión en sus manos cede al dolor y el desmayo lo abraza dejando caer su cabeza a un costado de la cabina.

Pese a todo el castigo recibido ninguna parte vital ha sido alcanzada y la máquina aún

responde a los deseos de su amo. Benítez Vera ha asumido el liderazgo de la formación guiándolos hacia Taguató.

Ferro mira por un instante el codo que le arde por el rasguñón de bala ganado durante la retirada, el cuero de su abrigo esta abierto como una flor y algunas gotas de sangre corren por los lados. Pero más le arde la sed, en la garganta y en el pecho, llaga viva que lo quema por dentro. Esperando el arribo a su destino escupe espuma.

Con un campo visual reducido por estar sentado detrás y espiando por sobre la cabeza de Rocholl logra poner a salvo en tierra al desvencijado Potez. Tras detenerse a un costado de la pista un grupo de hombres se acerca al trote al avión, ayudan a bajar al herido y lo cargan en brazos hasta el puesto sanitario. Rocholl tiene hilos de sangre que emergen a borbotones de la nariz y la boca, sus miembros cuelgan inertes y el brillo de vida en sus ojos parece cada vez más débil.

Ferro desciende con dificultad de la cabina y se aleja unos pasos, levanta la vista hacia la pista para ver al otro avión aterrizar sin dificultad alguna.

Todo terminó... Al menos por hoy, será cuestión de encender un cigarro y paladearlo con gusto, tomar un poco de agua y recuperar el aliento mientras los mecánicos remiendan los tajos y entonces podrán volver a Isla Poí.



CHACO

SUDOR Y SANGRE



Próximo capítulo:

Un candil en la oscuridad

disponible a partir del día lunes 23 de Septiembre.

No se lo pierda!, únicamente en



CAPITULO IV

Un candil en la oscuridad

Tras la caída de la noche Benítez Vera, Peralta y Ferro se acurrucan bajo unas mantas a la espera del amanecer. Los mecánicos trabajan sin descanso reparando los daños en los aviones y alistándolos para la salida del día siguiente, ya que en Taguató no queda munición y es necesario retornar a Isla Poí para rearmarlos.

Rocholl ha salido a la última hora de sol en un avión de enlace con destino a Asunción, luego de ser estabilizado por personal sanitario se arribó a la conclusión que si no era intervenido en un hospital moriría. La guerra ha terminado para él.

Con las primeras luces del día los tres aviadores son despertados por un ordenanza quien les alcanza un jarro de tereré y un trozo de pan seco y duro, sentados junto a una fogata se calientan sus miembros gélidos y comienzan a analizar las vivencias de la jornada pasada y las alternativas del día por venir.

Ferro examina su herida ocultándola a los demás bajo su manta, no es muy profunda pero la hemorragia no se ha detenido y la pérdida de sangre lo está debilitando. Aún así ha decidido no decir nada, teme que lo dejen allí, sin escuadrilla y sin avión.

Luego del espartano desayuno se alistan para el despegue, retornar a Isla Poí es la consigna. Al llegar Ferro al N°5 se encuentra con que el puesto frontal aún está chorreado con la sangre de Rocholl; asiento, palanca de mando y tablero dan un aspecto de trastienda de carnicería.

Al sobrevolar Isla Poí los dos Potez levantan un vendaval de gritos y cánticos de parte de los que se hayan en tierra, desde la partida el día anterior no han tenido noticia alguna más que la confirmación de un ataque exitoso, al fin la espera ha terminado y los camaradas vuelven al nido.

Tras el aterrizaje un remolino de hombres descamisados y sucios se abate sobre ambos aviones, tomando a sus ocupantes de brazos y piernas y llevándolos en alto hasta una carpa donde se forma un animado auditorio que espera ansioso los detalles de la misión. Ferro aprieta los dientes cuando es agarrado y sacado de un tirón de su cabina, el brazo es estirado y la herida lo punza con indescriptible dolor.

Entre la multitud expectante que rodea a los tres pilotos se abre paso una figura bien conocida por todos... El Cóndor Riojano ha venido a saludar a sus pichones.

La muchachada se cuadra al verlo y un grito sale de la garganta del más antiguo:

-¡Atención!-

El Comandante Almonacid, quien ahora es el jefe del servicio de aviación, saluda con un apretón de manos a cada uno de los aviadores, al llegar a Ferro lo estrecha en sus brazos y al oído le confiesa su alegría por saberlo vivo.

Un profundo malestar comienza a abrazar a Ferro, se siente desfallecer con el calor del día y el dolor en la herida se hace insoportable, no quiere que nadie lo sepa pero si no hace nada por sanarla con tanta mugre flotando en el aire muy pronto tendrá gangrena.

Se aleja de la muchedumbre y camina hacia la Villa Militar dónde se haya la posta sanitaria. A medida que va acercándose comienza a recordar aquello que había visto la última vez, las pilas de muertos a la entrada cubiertos por una fina capa de polvo, los heridos sanguinolentos gritando de dolor y de miedo, la peste que provoca nauseas.

Durante el trayecto se cruza con muchos soldados, algunos son reclutas recién arribados que pronto serán enviados a estrellarse contra Boquerón, otros ya tienen los signos de la veteranía, esa pesada carga sobre los hombros, esa mirada extraviada y pasiva, llena de imágenes de espanto.

Cuando llega al derruido edificio y la villa de tiendas que la rodea lo hace también un convoy de cinco camiones que proviene del frente, de la entrada del edificio emerge un puñado de médicos y enfermeras que convergen a los vehículos para empezar a descargar los heridos y llevarlos a las mesas de operaciones, de los muertos se encargan los mismos conductores quienes los retiran con rudeza, tomándoles por los pies o los brazos, los arrancan de las camillas y los arrastran a un costado.

Ferro sube la escalinata del edificio hasta la puerta principal, al trasponerla se encuentra con un largo corredor flanqueado por numerosas puertas, algunas de ellas sólo ostentan los marcos desnudos, las puertas han sido removidas para emplearlas como camas montadas sobre cajones o barriles. Contra las paredes se amontonan los convalecientes, con sus vendajes empapados en sangre, rechinando los dientes de dolor; una enfermera con el rostro desencajado emerge de una de las habitaciones y arrolla a Ferro en una carrera desesperada, en sus manos lleva una tijera y unos vendajes empapados, ella no repara ni un instante en él y desaparece en otra habitación.

Al llegar al final del corredor entra en una habitación, allí hay seis camastros con heridos que gimotean, en una de éstas hay un sargento con una herida en el vientre bastante seria, sin embargo el tipo está dormido con una expresión de increíble paz en el rostro. Junto a su cama hay una pequeña mesita donde están apoyados una jarra de agua y un rollo de vendas, seguramente alguna enfermera lo olvidó cuando le cambiaron el vendaje a ese hombre.

Se acerca lentamente, como el asesino a punto de consumir el crimen, echa una rápida mirada por sobre el hombro; nadie lo ve es ahora el momento, toma de un manotazo el rollo y se lo mete en el bolsillo al tiempo que disimula acariciando la frente del sargento como si le diera un último adiós al entrañable amigo.

Sale al corredor levantándose el cuello de su capote de cuero el cual pese al infernal calor no se había quitado para ocultar la herida, camina con paso decidido, la mirada clavada en la puerta al final del corredor que parece más largo que antes. Él no se ha dado cuenta que una enfermera lo sigue con la vista hasta que se pierde entre la muchedumbre que se arremolina en la entrada. Ha salido... El crimen perfecto.

Se aleja entonces del edificio lo suficiente como para no escuchar más esos gritos que le hielan la sangre, se saca el capote y la camisa caqui que ya adquirió un color pardo por la sangre seca y comienza a vendar la herida.

11 de Septiembre

El Comando ha ordenado la maniobra de envolvimiento pese a todo. Las unidades rápidamente reorganizadas son lanzadas nuevamente al asalto con más cautela que los días anteriores pero el resultado es similar, aunque ahora cuentan con una protección adicional, cientos de cuerpos que yacen por doquier sirven para parapetarse y evitar el fuego enemigo, la incógnita sigue siendo como están dispuestas las defensas del fuerte protegidas por la muralla espinosa del monte; idas y venidas en el Cañadón Mortal. La sed y las balas causan bajas por igual, el calor

azota con una marea de fuego el frente establecido en Boquerón.

En forma sucesiva la aviación boliviana hostiga las posiciones de artillería y abastece de munición y sobre todo de agua a la aguerrida guarnición, muchos de estos cargamentos caen en tierra de nadie haciendo el mismo efecto que un imán, los sedientos paraguayos salen de sus hoyos y corren desesperados hacia los chorreantes cubos de hielo recubiertos de arpillera y aserrín que caen pendiendo graciosamente de sus paracaídas, los tiradores bolivianos se hacen un festín con los desesperados que caen de un certero balazo sólo para pasarle la lengua a aquel manjar.

Ahora la orden que reciben los aviadores paraguayos es la de asistir a la artillería de campaña que bate Boquerón, para esto se han equipado varios Potez 25 con equipos de radio operados por los observadores quienes se encargarán de reglar el tiro comunicándose con un enlace en tierra.

Aún no ha amanecido cuando el Capitán Julio Sosa corre la lona que cubre la entrada de la barraca donde Ferro junto a otros cuatro aviadores duermen con estridentes ronquidos.

Un estrecho corredor entre los catres que están alineados dos a cada lado, al fondo esta el de Ferro, cuyos pies asoman debajo de la manta y sobresalen del destartado camastro.

-¡Vamos che... Levanten esos culos pesados... Tenemos cosas que hacer!.-

Les gruñe Sosa mientras les golpea los pies o las cabezas según tenga más a mano, uno a uno comienzan a resucitar entre tosiditas y maldiciones. Ferro acodado en la cama levanta la cabeza de cabellera revuelta y mira hacia la entrada donde ve a esa figura fantasmal envuelta en un halo de resplandor y polvo del cual no distingue el rostro.

-¡Vamos gringo mové esas patas!-

Aún hace frío y cuesta despabilarse, más aún cuando los cuerpos están tan debilitados por la vida miserable a la que están sometidos, Ferro en especial quien ha sufrido los efectos de la fiebre por su herida mal atendida y tuvo una pesadilla mordiéndole los talones toda la noche. Los cinco espectros avanzan tambaleándose detrás del Capitán Sosa quien los conduce hasta una carpa cercana a la pista.

Al llegar, el resplandor de las velas y la lámpara de aceite que alumbran el lugar les hieren los ojos, reciben entonces un jarro de caldo para revivirlos un poco, al tiempo que se forman en círculo alrededor de la mesa de situación, la tapa de un cajón de munición sostenido por dos barriles. Cuando el ordenanza corre uno de los mapas Ferro ve la inscripción marcada a fuego:

“FABRICA MILITAR DE POLVORA Y EXPLOSIVOS INDUSTRIA ARGENTINA”

-Bueno señores...-

Así Sosa interrumpe el suave murmullo que flota entre la decena de hombres allí reunidos.

-Estigarribia sigue allá en Boquerón tratando de reventar de una vez por todas al puñado de bolis que siguen resistiendo en el reducto del monte. La aviación ha dado muestras de su capacidad y compromiso pero nos piden que hagamos más... Y lo haremos.-

Las sonrisas en las comisuras y los gestos de aprobación de los presentes respaldan esas palabras.

-Ahora aparte de bombardear el reducto vamos a ayudar a la artillería a mejorar la puntería. El monte ha quedado mas raleado a raíz de los bombardeos por lo que se tiene una visión un poco más clara de la

cosa, pero sólo para nosotros que lo vemos desde arriba, la tropa sigue estando ciega...-

Sosa hace una pausa para pitar su cigarro.

-... Ahora equipamos algunos Potez con equipos de radio, serán operados por observadores de las baterías de artillería que vendrán con nosotros, por esto tendremos que prescindir de los artilleros, aunque ésta gente sabe usar ametralladoras no están habituados al tiro aéreo por lo que los pilotos deberán arreglárselas para evitar cualquier enfrentamiento con los cazas bolivianos.-

Luego sigue la designación de las tripulaciones que saldrán al ruedo en la mañana. Ferro cuyo Wilbault aún está fuera de servicio ha sido asignado provisoriamente a la escuadrilla de Potez, se ha ganado con creces tal distinción.

Sosa nombra a Ferro y a continuación le presenta a su observador, un Teniente de Artillería quien le estrecha la mano al tiempo que su nombre es mencionado:

-Teniente Alfredo Stroessner.-

Mirando a Ferro a los ojos Sosa sentencia:

-Ya tuvo su debut Teniente Ferro... Lo hizo bien... Esperemos que se repita.-

Éste no emite comentario alguno y dirige su mirada al mapa que ha sido desplegado sobre la mesa, en él hay diagramado a mano alzada las posiciones propias y enemigas así como datos topográficos que llevan nombres inventados, de mujeres y cosas, como una ayuda para recordarlos en el momento oportuno.

Los observadores de los Potez comienzan a copiar el mapa en trozos de papel ya que no hay cartas de navegación para todos, de hecho la que están viendo es la única que hay en Isla Poí.

La conversación deriva entonces a la información referente a carga bélica, tiempo de vuelo y condiciones atmosféricas. Esto último es tan preciso como el vaticinio de un brujo guaraní, una mezcla de observación, predicción y suposición de origen incierto. Nadie sabe quien lleva a cabo tales mediciones. Debido al peso del equipo de radio el Potez de Ferro llevará una carga mínima compuesta por bombas de humo que se alojan en el puesto trasero, para compensar irá acompañado de otro avión pilotado por el inefable Benítez Vera.

Aún reina la noche en la Villa Militar, el alba despuntará en menos de una hora y para ése momento los aviones ya estarán en el aire, la idea es aprovechar las temperaturas más benignas en horas tempranas para no castigar de más a los motores antes que el sol comience a achicharrar todo lo que no esté a la sombra.

Las tripulaciones salen entonces de la carpa y se encaminan a los aviones, estos ya están frente a las enormes tiendas de campaña que sirven de talleres al personal técnico. Ayudados con linternas de mano y faroles de aceite los mecánicos bullen en una actividad frenética alistando los últimos detalles.

Uno a uno los motores van poniéndose en marcha, cuesta trabajo y en el caso del Potez de Ferro se transforma en una tarea titánica, el cabo que tira de la hélice entre maldiciones y suspiros de agotamiento desiste con gritos y gestos como un niño encaprichado, dejando lugar para otro hombre que se acerca a intentarlo.

-¿Está en contacto mi Teniente?-

Ferro afirma con la cabeza.

-Bueno che... ¡Libre!-

Grita el mecánico al tiempo que le pega un severo tirón a la hélice la cual da tres vueltas y termina por detenerse en seco; el rugir de los otros aviones que ya pusieron en marcha aumentan la impaciencia.

-¡Mierda...Vamos otra vez!-

Y otra vez da un tirón y la hélice que hace una vuelta, y hace dos y tres y cuatro y entre explosiones descoordinadas... En marcha.

Una tras otra las máquinas desfilan hacia el borde del campo. Pese a que llevan una buena distancia entre sí la nube de polvo levantada por los que van a la cabeza envuelve a los de atrás y apenas permite ver, junto al ala de cada aparato un hombre con una linterna o una lámpara hace de baliza para evitar que se embistan entre sí.

Al oriente un resplandor rojizo, demoníaco preludio de la mañana por venir.

Todo está listo y los dos aviones despegan con la penumbra matinal, ascienden en espiral sobre el campo, rápidamente en la atmósfera límpida y fresca. Entonces la formación pone proa a Boquerón... Rumbo 2-0-0.

Durante el trayecto la tensión va en aumento. Ferro mira permanentemente sus instrumentos y aguza su oído buscando una señal de falla... Todo en orden por ahora.

Entonces mira hacia los lados, ellos van sin escolta por lo que no pueden ser sorprendidos por aviones enemigos... Nada... Ahora una mirada al avión de Benítez Vera... Sigue ahí a su izquierda, con la bufanda de seda trepidando detrás de su cabeza. En el puesto trasero del avión de Ferro el Teniente Stroessner con la cabeza sumergida en el interior del habitáculo enciende el equipo de radio para ir calentando las válvulas.

Al frente la espesa neblina que cubre el frente, producto del monte incendiado y las numerosas explosiones, el asedio no ha tenido tregua ni siquiera con la caída de la noche y ahora que vuelve el día sólo puede recrudecer. El sol emerge como un disco rojo y amarillo, muy nítido ya, todo está bañado en ese color dorado que proyecta.

Stroessner comienza a llamar a su batería de artillería, allí abajo ocultas en el monte se encuentran las piezas de 75 milímetros que esperan las coordenadas para reglar el tiro.

Al sobrevolar el fortín Stroessner asoma la cabeza observando detenidamente el monte, alcanza a divisar algunas trincheras y fortines que han quedado al descubierto y desde los cuales la tropa abre fuego sobre los indiscretos Potez. Se sienten los chasquidos de las balas impactando la estructura, un sonido apagado cuando la tela es desgarrada.

Benítez Vera se mantiene en altura mientras Ferro inicia un suave descenso, Stroessner toma dos bombas de humo que arroja con sus propias manos sobre la posición descubierta, el penacho blanco como algodón comienza a ascender en una columna homogénea.

- Batería nueve, batería nueve... Misión de fuego, desviación 45 grados a izquierda, distancia 4500, referencia fumígena, blanco infantería atrincherada, tiro de reglaje... Confirme.-

La orden radiada a la batería es repetida por el radio operador que se haya junto a las piezas, mientras tanto el Potez recobra altura virando para poder observar el tiro.

Momentos después el humo es divisado por los artilleros que lanzan una andanada de proyectiles, las explosiones retumban en la espesura del monte, allí dónde segundos antes había una veintena de soldados bolivianos ahora sólo el humo gris de los estallidos prevalece mezclado con jirones blancos de la bomba fumígena.

El Potez sobrevuela en círculos el fortín aguardando a que el humo se despeje, entonces emergen progresivamente los cráteres de los impactos, algunas de las trincheras y galerías se han desmoronado parcialmente.

-Batería nueve... Corrección de fuego. Derecha cincuenta - izquierda uno cinco, alargar diez acortar cinco, fuego sostenido. Confirme.-

Tras colacionar los datos una nueva estampida es vomitada desde la batería, feroz bramar de los cañones paraguayos, ésta vez el tiro es certero y Stroessner se lo hace saber a sus hombres.

-Batería nueve... Impacto directo... ¡Buen tiro carajo!... Continuar con fuego sostenido.-

En el ínterin Benítez Vera se arroja sobre el camino de Yurja la vía más importante de acceso al reducto- que se encuentra en la retaguardia del mismo, lugar al que aún no se ha llegado para completar el cerco. Allí una columna de infantería y algunos vehículos ligeros marchan a toda velocidad para alcanzar la protección del monte. Demasiado tarde para ellos, tal vez un alto de más durante la marcha nocturna y ahora quedan a merced de las bombas y el fuego de ametralladoras de Benítez Vera y luego de las Madsen de Peralta que escupen hacia atrás en la trepada.

Desbandada... Dos camiones arden con furia y media docena de cuerpos yacen a su alrededor, el resto han alcanzado al fin el monte en una carrera desesperada que puede ser fácilmente seguida por el reguero de mochilas, cascos y fusiles que han dejado tras de sí.

Ya no se puede divisar nada del reducto boliviano, la humareda es tal que cubre con un velo opaco a los sitiados, es tiempo de volver a casa y evitar cualquier enfrentamiento con los cazas enemigos.

Los aviones se escalonan y desciende a “cabalgar la tierra”, paso raudo y veloz sobre las tropas

atrincheradas que lanzan sus gorras y elevan desafiantes sus fusiles contagiándose unos a otros de una algarabía indescriptible.

Muchos han quedado de pie, riendo y gritando embobados por el espectáculo incluso cuando los Potez han quedado fuera de vista, varios caen derribados por los disparos de un Curtiss Falcon boliviano que barre sin piedad a los incautos. La alegría ha durado poco y ahora surgen otros dos Curtiss que bombardean y ametrallan sin cesar. Dos Vickers Scout corren tras el rastro de los Potez, como sabuesos en una batida de caza, tarde para lograr dar con los escurridizos.

Los pájaros retornan al nido, milagrosamente intactos una vez más, sólo algunos orificios sin mayor consecuencia. Tras detener la marcha del motor y descender a tierra Ferro se vuelve hacia Stroessner quien le tiende la mano sonriente y orgulloso, seco entrechocar de las palmas mientras las miradas se cruzan en un silencio de respeto mutuo, personalidades fuertes y avasalladoras que se embisten en igualdad, invisibles a los ojos de los presentes.

El día transcurre con su rutina, otros aviones salen al caer la tarde y uno no regresa, ambos tripulantes desaparecidos y presumiblemente muertos, un artillero severamente herido es llevado a toda velocidad para ser atendido en la “*carnicería*”.

Al anoecer se encienden las fogatas y se come lo que se recolectó en el día, amontonados y ateridos por el frío, cubiertos con mantas y capotes los pilotos y mecánicos engullen entre risas y cuentos, algunos llantos apagados en la oscuridad.

De la Villa Militar surge un rumor de música alegre, voces risueñas y femeninas mezcladas con los graznidos de la tropa, hay una fiesta, no se sabe el motivo pero eso no importa, cualquier excusa es buena para festejar en tiempos de guerra.

Alertados los pilotos embuchan los últimos bocados empujados por un sorbo de agua hedionda, comienzan a emperifollarse, acicalándose como gatos regalones, escupiéndose las manos para

pasarlas luego por la maraña de pelo grasoso, emparejándose los uniformes unos a otros. El Ejército hace fiesta y no hay fiesta en serio si no está la aviación.

En la oscuridad comienzan a aproximarse escalonadas las columnas que siguen como referencia el resplandor de las fogatas y las sombras chinescas de aquellos que bailan alrededor. Guitarras, violines y acordeones sueltan al aire las melodías de ocasión, aquella música que parece aprenderse a bailar ya en el vientre materno, que surge como un grito natural de la vida misma.

Algunas miradas desafiantes surgen de la penumbra como dagas afiladas, el recelo hacia los recién llegados es evidente. Las mujeres, algunas maduras por demás, otras apenas emergidas de la niñez, delgadas y bien formadas o rellenas y mullidas, se ven de pronto asaltadas por los nuevos invitados, arrancadas de las manos en dirección al ruedo donde se baila muy junto, casi de una manera escandalosa.

Ferro llega entre los últimos, con las manos enfundadas en los bolsillos, el cuello del abrigo alzado tras la nuca y la bufanda de seda anudada en una vuelta sobre el cuello como una serpiente enroscada, el aspecto que se ha vuelto su carta de presentación.

Se acerca al tablón sobre el que están acodados un par de sargentos y un capitán, detrás un tendero gordo y barbudo sirve caña a granel mientras su mujer también rechoncha y atenta al movimiento- recibe la paga que mete de una sola maniobra entre sus enormes pechos.

Un cigarrillo encendido y la mirada explorando hasta el último milímetro de oscuridad circundante, Ferro está ausente por completo de la algarabía que lo rodea, escucha de refilón la charla de los sargentos que es una montaña de expresiones guaraníes lanzadas a toda velocidad, sonidos guturales que apenas pueden ser distinguidas por alguien con conocimientos básicos de la lengua. Esto aburre, mejor ir a ver que hay más allá.

Dos ebrios abrazados que van arrastrando todo a su paso en un torpe y etílico andar pasan tambaleándose junto a Ferro quien los esquivo con facilidad, otro de éstos va a parar de bruces sobre una de las fogatas y sale disparado con el traste echando chispas para deleite de los que lo miran lanzando sonoras carcajadas. Junto a otra de estas fogatas se detiene un instante para observar a un soldado, un muchachito de no más de quince años quien con un vaso de caña y una ramita encendida se acerca sigiloso a otro, uno más viejo que ya peina canas, se llena el buche con el trago y arrima la ramita a su boca, improvisado lanzallamas que baña la cabellera del incauto el cual corre gritando mientras su estela puede ser seguida en la oscuridad como una antorcha humana, más risotadas estridentes y una lluvia de palmadas y cachetazos llueven sobre el risueño soldadito.

Un dolor feroz en el codo que es tomado con rudeza por una mano pequeña pero fuerte, Ferro detiene su andar y voltea la cabeza para ver la fuente de su sufrimiento. Una figura enmarcada en el resplandor de la hoguera que se haya detrás, de largo cabello que se recuesta sobre los hombros, el rostro enmascarado de oscuridad, una falda raída que le llega a las rodillas, sostenida por dos tiradores que siguen el relieve de sus pronunciadas curvas, los pies desnudos, recubiertos de polvo.

La misteriosa muchacha se eleva en puntas de pie y acerca su rostro al de Ferro, deriva por la mejilla izquierda a escasos centímetros de su piel hasta llegar al oído al que susurra con una voz clara y hermosa como el canto de una cascada.

-Lo vi... Lo vi hoy en el hospital cuando tomaba el vendaje.-

Ferro se ve asaltado por un temor arrollador, más grave que el que le produjeran el fuego y la muerte, recuerdos de otra mujer en su vida, de una madre reprendiendo al chiquillo incorregible, el sentir es el mismo y no lo había experimentado en muchos años.

La mano de la muchacha afloja la tensión sobre la herida y se desliza como una yarará entre los pastizales, quedando tomados del brazo se apartan del bullicio hacia un rincón más oscuro de la fiesta.

-¿Por qué no me delató? Pudo haberlo echo antes de que pudiera alcanzar la puerta.-

-No lo sé... Dígame usted si fue lo correcto o sólo ayude a una rata a escapar.-

Contesta desafiante la muchacha. Le toma la solapa del capote y le saca el brazo herido, luego comienza a desabrochar los botones de la camisa y hace lo mismo dejando la mitad del torso desnudo, le levanta el brazo con suavidad para examinarlo a la luz de un fósforo que encendió. Recién entonces él puede apreciar con claridad aquel rostro, sus pómulos prominentes, unos ojos llameantes y luminosos, sus miradas se entrecruzan por un momento, ella corre la vista y toma una venda nueva del amplio bolsillo que tiene en el frente de la falda, limpia la herida con un chorro de caña que halló en un vaso abandonado y le aplica el vendaje limpio con gran pericia.

-¿Cuál es tu nombre?-

-María Candelaria-

Le contesta la muchacha sin mirarlo, absorta en su labor de enfermera.

Al terminar ella baja la vista hacia el bolsillo dentro del cual revolvía su contenido como buscando algo que parecía nunca encontrar. Ferro le levanta el mentón con su delgado dedo índice, entonces las bocas se funden en un beso eterno.

Nada más debía decirse, las explicaciones no tienen lugar, es la vida que se abre paso con más

celeridad y sin tantos preámbulos cuando la muerte es cosa de todos los días.

Ella interrumpe el encontronazo y le dice:

-Tenés que cambiar el vendaje regularmente para evitar que se infecte la herida, vení a la enfermería una vez por día, yo me encargo de conseguir vendas limpias.-

Ferro asintió y volvió a tomarla en sus brazos.

Luego de la lucha de los cuerpos sudorosos en el fragor de las caricias, un destello alumbra por un instante aquel rostro aniñado, sus ojos emiten el reflejo de aquella luz... Un destello...

Un candil en la oscuridad.-



CHACO

SUDOR Y SANGRE



*No deje de leer el próximo capítulo
disponible a partir del día **lunes 7 de Octubre.**
únicamente en*



CAPITULO V

Caidos del cielo

Un dolor punzante en la cabeza al despertar, en la barraca tres camastros están vacíos, seguramente han sido llamados para alguna salida de combate durante la mañana, la otra está ocupada por un tipo que Ferro no conoce el cual pareciera estar serrando troncos de quebracho por su manera violenta de roncar. Manotazo al reloj que cuelga de la cadena a un lado de la cama, doce y media del mediodía, si no fuera por el calor sofocante y el resplandor que emerge de los agujeros de la lona a la entrada podría decirse que no pasó ni una hora desde que apoyó la cabeza en la almohada a eso de las cinco de la mañana. Aún tiene la sensación de tener a su lado a Candelaria, pareciera haber soñado aquel extraño y sorprendente suceso, una sonrisa de profunda satisfacción brota incontenible de su rostro.

Al salir de la barraca siente profundos retorcijones en las tripas, la caña que parece sabia del infierno es ahora un resabio doloroso del desenfreno acontecido anoche.

Fácilmente puede distinguirse quien estuvo presente en la fiesta, son aquellos que llevan la

marca en sus rostros pálidos y enfermizos, son los que no han dormido y para colmo de males deben desempeñar sus labores bajo ese endiablado vaho. Ferro agradece estar exento de obligaciones en ese día.

12 de Septiembre

Las líneas se han estabilizado de forma endeble e inestable. Los problemas de abastecimiento de agua han ido en aumento pero los incidentes que esto provoca han mermado gracias a las consecuencias que acarrearán; las deserciones, el asalto a convoyes de agua y las heridas auto infligidas son castigados por igual... Juicio sumario y fusilamiento.

Las patrullas de reconocimiento se trenzan en combate cuando son descubiertas las avanzadas del reducto. El cerco que por fin se a cerrado es un hervidero que causa cuantiosas bajas.

Para el 15 de septiembre las señales de abatimiento de los sitiados se hacen evidentes, la aviación boliviana ya no lanza barras de hielo sino material sanitario y víveres que en su mayoría caen sobre las posiciones paraguayas.

Han arribado refuerzos al cerco sumando un total de diez mil hombres y una inmensa cantidad de material, la intención es asfixiar de una vez y para siempre a los que resisten aún en el acorralado bastión.

El 16 el Comando ordena atacarlo por la retaguardia, en un movimiento de norte a sur cerrando el diámetro de sus anillos concéntricos que estrangularán como una serpiente enroscada a su presa. Para el 17 el ímpetu del ataque vuelve a caer, el agotamiento y errores tácticos durante la acción hacen que el esfuerzo sea infructuoso.

Entre la tropa crece la idea de que pelean contra fantasmas, se hace difícil no creerlo teniendo en cuenta las privaciones y el sufrimiento que soportan los hombres y que no es ni la quinta parte de lo que esos endemoniados bolivianos están sufriendo después de días y días de incesante asedio y aislamiento. Es común oír decir que hasta los muertos pelean en Boquerón y que lo hacen mejor

que los vivos, pues los muertos no comen ni beben y ya no tienen nada que perder.

En los días sucesivos y con los intentos de asaltos fracasados los sitiadores también se atrincheran a la espera de una decisión por parte del comando el cual parece vacilar; la muerte blanca como se ha dado en llamar a la sed pasa a ser la actriz principal de ésta macabra función, los camiones aguateros hacen lo imposible por abastecer las numerosas posiciones que están regadas a los cuatro vientos debido a repentinas ordenes de detener el avance. En el camino de Yujra y el eje Arce Platanillos que son los puntos más alejados el abastecimiento se hace virtualmente imposible, los hombres mueren entre delirios y espasmos. Algunos en la desesperación beben tierra en una alucinación atroz producto de la deshidratación.

En el Alto Mando Boliviano no se han formado una idea clara de cual es la situación de su gente en Boquerón, creyendo exitoso el abastecimiento aéreo se demoran en montar una contraofensiva que rompa el cerco. El 27 de Septiembre un avión lanza un mensaje a los hambrientos defensores, resistir por diez días más mientras el contraataque es preparado. Fue un verdadero golpe para los jefes bolivianos cuando el Teniente Coronel Manuel Marzana quien comandaba la guarnición de Boquerón se rindió dos días después tras una desesperada y gallarda resistencia.

-Che gringo... ¿Tu gente se va a meter algún día en éste baile?.-

La pregunta lanzada como al azar en medio de una ronda de mate lleva consigo la incertidumbre de muchos en el Chaco. Argentina ha estado abasteciendo al Paraguay y un préstamo ha sido urdido secretamente entre las delegaciones diplomáticas de ambos países, sin embargo los argentinos parecen renuentes a participar activamente en el conflicto y mantienen una actitud

neutral. Trenes repletos de heridos de ambos bandos llegan a la frontera dónde son tratados por igual en los hospitales argentinos. Tal vez es la sombra de la Guerra del Paraguay y el que se esté disputando en la misma región lo que desanima a mezclarse en asuntos ajenos.

-No se...-

La respuesta escueta de Ferro mientras le pega una sonora sorbida al mate invita a dejar ahí el asunto, pero Benítez Vera no está dispuesto a mermar la indiscreción y arremete nuevamente al tiempo que alarga la mano hacia el mate para volver a llenarlo.

-Será cuestión entonces que los bolis metan la pata bombardeando otra vez Puerto Casado, la última vez que lo hicieron los argentinos se calentaron bastante y amenazaron con meterse...-

Ferro alza las cejas en señal de duda. Ciertamente las incursiones aéreas bolivianas al puerto fluvial de Casado causaron ese efecto, es allí dónde se descargan los abastecimientos de munición y armas para el ejército paraguayo y los bolivianos lo saben bien, pero también está la cuestión que una gran cantidad de obreros y operarios argentinos trabajan tanto en el puerto como en el ferrocarril y la posibilidad de que haya bajas entre éstos alientan las especulaciones. De todas formas Ferro no está interesado en lo más mínimo en participar de la conversación y lo manifiesta con un brusco cambio de tema, ahora se suman dos pilotos y un mecánico a la ronda de mate que se lleva a cabo bajo una tapera junto a la pista de aterrizaje, el sol comienza a asomar y el aire se va templando.

-Y ahora que Boquerón cayó, ¿Alguien sabe para dónde vamos?.-

-Si- contesta Román García Ahora que los fortines Boquerón y Corrales han capitulado estamos recuperando lo que nos sacaron en la ofensiva, es nuestra oportunidad, falta tomar fortín Toledo para

terminar de empujarlos y ahí supongo que Platanillos y Arce serán los próximos puntos de encuentro.-

Varios de los presentes asienten ante éste vaticinio por la lógica que tiene. De ahí en adelante la conversación deriva a temas más triviales y cotidianos, las carcajadas y la charla a viva voz se prolonga hasta bien entrada la mañana momento en que el calor y la nube de polvo levantada por el viento y los aviones que despegan hacen imposible el permanecer allí y el grupo se dispersa.

Tal como había predicho García, Toledo fue asaltado pocos días después, a esto le siguió el asedio del fortín Arce el cual generó una feroz batalla por su control.

Desde comienzos de octubre la orden de dar apoyo aéreo al asalto en Arce cobra importancia capital para la aviación, numerosas salidas de los Potez en ocasiones escoltados por cazas Wibault cubren esta demanda, sin embargo los bolivianos no se quedan cruzados de brazos y se lanzan a la caza de estos que se han vuelto una verdadera molestia.

16 de Octubre

Ferro no ha podido dormir en toda la noche, permanentemente ha sido asaltado por demonios en una sucesión de terribles pesadillas, casi como una función de cine de horror ha visto proyectadas una tras otra las imágenes de espanto, de muertos cubiertos de sangre y polvo, desmembrados y en descomposición, sentados a la mesa de un truculento banquete el cual es presidido por el mismo Ferro quien es el anfitrión del mundo de los vivos. Nadie habla, sólo se miran unos a otros con esos ojos inexpresivos salidos de sus orbitas.

A esto sigue la visión de un desierto interminable, una sucesión eterna de médanos en el cual vaga como un náufrago de las arenas, de pronto el viento arrecia y arrastra un sonido de mil gritos y llantos desconsolados. Sobre una de las dunas encuentra una figura de una virgen destrozada de manera vandálica y entonces el llanto se torna en un gemido de mujer dolida. Luego el despertar, agitado y sudoroso se pasa la mano sobre la frente y se pregunta cuantas veces se ha sobresaltado de la misma manera desde que se acostó, media docena de veces ya y parece no

tener fin.

Decide levantarse y emerger de la barraca, encuentra un ámbito apacible alrededor, aún es muy temprano y la mayoría duerme en profunda calma, apenas unos pocos deambulan por los alrededores, tal vez también sean almas en pena como él.

Con la camisa abierta y los tiradores colgando se encamina hacia el rancho de intendencia para hacerse de un jarro de tereré y así despabilarse un poco, si bien no ha podido dormir el cansancio lo embiste y obliga a bostezar de manera intermitente.

Al salir del rancho levanta la vista y observa el cúmulo de estrellas que destellan en el firmamento, se ve de repente asaltado por los recuerdos del Sahara, de aquellas noches en las que su techo era el cielo estrellado y la luna su mejor compañía.

Tiene entonces tiempo de asearse y hasta de darse una buena afeitada, mientras lo hace observa como los insectos se arremolinan sobre la lámpara de aceite, su número crece con el correr de los minutos hasta transformarse en una nube de toda clase de bichos voladores y terrestres. Una brisa se alza tímidamente, luego el vendaval lanza un velo de tierra durante más de dos horas tras lo cual la atmósfera vuelve a calmarse, mientras el sol comienza a asomarse tras el monte enmarañado, desplegando sus destellos como plumas de un pavo real.

Una marcha lenta y con tiempo hacia la tienda de campaña dónde las ordenes son vertidas al personal, uno tras otro comienzan a arribar los aviadores que habrán de ejecutar su función el día de hoy... Y que programa tienen para esta jornada, el escenario será Arce el que ha sido atacado con denodada valentía y un coraje a prueba de fuego, los actores serán los de siempre, Potez de éste lado, Breguet y Curtiss de aquel, y el público será también el mismo, la tropa atrincherada y expectante.

El Teniente 1° Tomás Rufinelli y el Teniente 2° Observador Gonzalo Palau se hayan al frente de la

mesa de situación, sobre los mapas de costumbre se ha dispuesto una secuencia de fotografías tomadas por ellos el día 13. Se trata de unas esclarecedoras tomas del fortín Arce en las cuales se pueden observar con total nitidez el dispositivo defensivo desplegado como las púas de un puercoespín.

Se la habían visto bien negra cuando el indiscreto Potez 25 N° 7 fue sorprendido por un Vickers Vespa, con el que se corretearon durante más de veinte minutos haciéndose fuego el uno al otro, y pese a haberse perforado en más de una ocasión ambos estuvieron en condiciones de retornar a sus respectivos nidos sin tener que lamentar siquiera la pérdida de sus máquinas.

Ahora era el momento de hacer valer semejante proeza y sacarle algún provecho a aquellas benditas fotos.

Rufinelli y Palau hablaron durante largo rato respecto a todo lo que habían visto durante su azarosa misión, dando invaluable datos respecto a la capacidad de respuesta de los bolivianos, luego vino una detallada descripción de cada una de las fotografías haciéndoles notar a los demás hasta el más mínimo detalle en el relieve que pusiera de manifiesto una trinchera o una casamata.

El orden de batalla para la misión de ese día sería el de rutina, dos Potez 25 armados con bombas de 15 kilos y carga máxima de munición para sus ametralladoras frontales y traseras. Las tripulaciones llamadas al deber: Teniente Ferro con el Teniente Oscar Varela de artillero en el Potez N° 5, el Teniente 1° Carmelo Peralta y el Teniente 1° Isidoro Jara en el N° 3.

Ambas aeronaves ya están listas en la línea, junto a cada una se haya un mecánico a la espera de la orden para “dar pala” que en la jerga significa tirar de la hélice para que el motor cobre vida.

Un último vistazo al aparato para verificar que todo éste como debe ser, los artilleros retiran los seguros de las bombas quedando armadas lo que hará aún más peligroso el despegue. Con las fotos en el bolsillo del capote los pilotos y artilleros trepan a las cabinas.

Al llegar a la pista el viento arrecia una vez más, ha ido aumentando su intensidad progresivamente y ahora la manga No podría tener mejor nombre pues realmente es una manga de camisa atada a un palo se agita con violencia. La polvareda forma remolinos que danzan como almas poseídas a lo largo del campo de aviación, y para colmo de males la dirección del viento cruza en diagonal el eje de pista haciendo aún más peligrosa la operación.

Plena potencia y el concierto de chillidos del aire rozando los montantes y cables de las alas, ambos biplanos comienzan a correr oscilando en la carrera de despegue, al levantar sus ruedas los morros se orientan en dirección al viento como veletas elevándose con dificultad.

Una vez ganada la altitud suficiente el vendaval queda debajo y el aire se vuelve más calmo, el monte de densa vegetación se desenrolla como una alfombra bajo sus pies, sobre sus cabezas el cielo moteado de algunas nubecillas desgarradas, rojizas por el tinte del sol que ya se muestra en todo su esplendor.

Cada uno de los cuatro hombres está aislado por una cúpula de ruido que le impide comunicarse con los demás, sólo con señas de sordomudos pueden hacerse entender.

Cuatro pares de ojos escrutan hasta el horizonte en busca de la amenaza temida, el frente está próximo y el riesgo aumenta minuto a minuto.

Humo al frente ascendiendo en columnas que se deshilachan con el viento, señal inequívoca de la batalla que evoluciona. Ferro mira a Peralta y hace una seña con la mano hacia delante, éste agita la cabeza afirmando, hacia allí se dirigen los aviones en busca del blanco a batir.

Al sobrevolar el fortín se busca con la mirada lo que en las fotos se ha develado, las trincheras y posiciones fortificadas emergen entre el humo de las explosiones, la artillería ha estado martillando el fortín desde la madrugada, ahora es el turno de la aviación y los cañones se llaman a silencio.

Peralta hace un alabeo y vuelca a la izquierda entrando en un violento descenso para apuntar sus bombas con mayor precisión siendo seguido a su derecha por Ferro. Las alas parecen apunto de quebrarse y toda la estructura vibra y se resiente.

Accionar el mando y liberar las bombas que comienzan a silbar con su grito de guerra previo al impacto, palanca atrás y frenar el picado antes que las alas se plieguen como un paraguas al viento.

Las explosiones retumban en seguidilla como es usual, sólo que esta vez el concierto es rematado con un feroz estallido que hace vibrar el aire alrededor, Ferro que aún estaba luchando por ascender aferrándose al aire con las uñas se vuelve instintivamente para ver que es lo que ocurre a sus espaldas, una enorme bola de humo negro y fuego emerge del fortín mientras se suceden más explosiones secundarias, evidentemente eso no es la explosión de una bomba de quince kilos, tienen que haberle pegado a algo grande, un polvorín tal vez porque pareciera que el lugar hubiera sido arrasado por la ira de dios.

El tiempo se ha detenido, los Potez se alejan de la terrible escena sin ser perseguidos, como si los bolivianos hubieran quedado paralizados por el espanto, ni siquiera han respondido con fuego desde tierra como era de costumbre.

De vuelta en Isla Poí Peralta es el primero en tomar tierra, el viento ha disminuido en intensidad pero sigue estando cruzado y el avión se desliza con gran dificultad efectuando algunos tumbos hasta poder detenerlo a pocos metros del borde del campo.

Ahora es el turno de Ferro, reduce potencia y se aproxima a la pista mientras el viento lo empuja de lado para sacarlo del eje, lucha a brazo partido con la palanca y los pedales para mantenerlo alineado mientras desciende, al acercarse al suelo una cortante de viento le hace sentir que le corrieron la silla y va a caer de bruces al piso para luego ser atajado por otra pequeña corriente de aire que le da la sustentación apenas suficiente para alcanzar tierra firme, el impacto es severo y la

cubierta de la rueda derecha. Que ya ostenta varios parches y está desgarrada por todas partes - revienta con una sonora explosión. El aparato se ladea violentamente rozando el suelo con las punteras de las alas hasta describir un giro quedando en la dirección opuesta, por poco no se han desarmado en el suelo.

Al descender Ferro toma a Oscar Varela entre sus manos y lo estrecha en un fuerte abrazo al tiempo que éste le dice jadeante:

-Casi más hermano... Casi más pero no será esta vez.-

El resultado del ataque fue mayor a lo que se hubiera podido esperar, se calcula que alrededor de trescientas son las bajas producidas por la tremenda explosión cuyo origen es aún incierto, la hipótesis del polvorín es la que prevalece. Esto además ha tenido un efecto psicológico importante para la tropa que de inmediato se aprestó para reanudar el asalto.

De todas formas no fue tan sencillo pero con éste duro golpe y gracias a la información obtenida con las fotografías se logra su captura el día 23.

El 25 nueva salida de combate, esta vez Ferro cubre el puesto de artillero siendo Jara el piloto y junto a otro Potez y dos Wibault de escolta se encaminan a Aliguatá donde una misión de reconocimiento avistó una inusual actividad.

Al sobrevolar el enmarañado monte es poco lo que se puede ver, en un principio piensan que han errado en el curso pues todo está en calma, sólo las bandadas de pájaros que revolotean sobre las copas de los árboles parecen ser el único indicio de vida allí abajo.

Deciden entonces dirigirse más al este, teniendo en cuenta el viento reinante es probable que se hayan desviado del curso original y deciden volver sobre sus pasos forzando la marcha hacia ese cuadrante.

Pocos minutos más tarde Ferro ve emerger de entre el follaje varios vehículos aparcados junto a unos depósitos, las construcciones están dispuestas de manera tal que son fáciles de barrer en una sola corrida de bombardeo. Junto a estos se haya una enorme cantidad de tambores de lo que parece ser un depósito de combustible.

Inmediatamente ambos Potez arremeten mientras los Wibault revolotean en altura cubriendo a los incursores. Los silbidos de las bombas desgarran el aire cálido del atardecer, luego el estruendo de las explosiones que se imprimen en la retina de Ferro, él sentado en el puesto trasero es espectador privilegiado del demoníaco espectáculo de estallidos y deflagraciones que siguen al impacto de las bombas, con sus Madsen escupe una ráfaga tras otra sobre la zona del impacto colaborando así al caos generalizado.

Jara obliga a ascender a su máquina para luego encabritarlo y lanzarlo en picado tras una media vuelta sobre el ala. Sin piedad abre fuego con sus armas frontales sobre todo lo que se mueva en el suelo, luego de frenar el descenso han quedado tan bajos que una rama asota a Ferro en la cara, es así que se percata que las copas de los árboles pasan ha su alrededor como si rodaran por un camino en vez de estar volando, nuevamente el ascenso y entonces es su turno de disparar cubriendo la retirada. En ese momento alcanza a divisar a varios hombres que corren con sus cuerpos en llamas y caen al suelo revolviéndose en agonía, Ferro les dispara con la intención de ahorrarles sufrimientos, lamentablemente no logra alcanzar a ninguno.

Los cazas bolivianos no se han hecho presentes aún y ahora son los Wibault los que no se quieren quedar sin participar y se lanzan en picado ametrallando los restos en llamas, algunas explosiones secundarias surgen entre las volutas de humo negro y espeso.

El retorno es sin incidentes, con las últimas luces de la tarde las cuatro aeronaves se posan en la polvorienta pista de Isla Poí.

Al caer la noche las acostumbradas hogueras se encienden aquí y allá. En una de éstas Isidoro

Jara, Juan Ferro y Trifón Benítez Vera calientan un guiso de dudosa composición en un tacho de lata que cuelga de un ingenioso aparejo que ha sido montado sobre las llamas.

A diferencia de otras veces, la reunión es silenciosa, cada uno está sumergido en sus pensamientos y apenas se emite algún sonido. A veces ya no queda tema de que hablar y es mejor guardar silencio, en esas ocasiones es cuando surge un altercado con cualquiera que normalmente termina en una tromba de puñetazos.

Ferro observa su herida en el codo, está perfectamente cicatrizada gracias al dedicado trabajo de Candelaria a la que visitó regularmente en el puesto sanitario para el cambio de vendajes y las curaciones, ésta también fue la única oportunidad que tuvieron para verse tomando frecuentes paseos nocturnos entre los pajonales bajo el amparo de la noche. Casi siempre eran marchas silenciosas, tomados de la mano deambulaban disfrutando de una paz frágil en semejantes circunstancias.

El recuerdo lo asalta con numerosas imágenes, decide entonces ir a la enfermería para hacerle una visita a aquella mujer que no ha visto desde varios días atrás. Al llegar al pabellón donde están los dormitorios del personal encuentra su litera vacía, decide entonces recorrer el edificio creyendo que quizás estuviera de guardia pero no la encontró.

Un médico que dormitaba en una silla le contó que ella había partido en la mañana hacia el frente con un convoy sanitario. Frustrado y al fin alcanzado por el cansancio Ferro vuelve a su barraca y se dispone a dormir.

Durante noviembre y tras la caída del Fortín Arce el eje de la ofensiva se desplaza hacia Saavedra donde una batalla aún más encarnizada que las anteriores se desata con toda la furia, es el punto máximo de la guerra, los paraguayos envalentonados por la sucesión de victorias arremeten en la

contraofensiva, los bolivianos están vapuleados y severas divisiones han corroído los mandos militares e incluso el poder político del país pero ahora ellos están a la defensiva y las condiciones son más favorables para estos.

La aviación militar paraguaya no ha conocido descanso desde la ofensiva de Boquerón pero es ahora cuando el esfuerzo comienza ha causar un grave desgaste, los aviadores muestran signos inequívocos de agotamiento físico y mental, extremadamente delgados por la mala alimentación, están enloquecidos por la falta de descanso y por no poder rotarlos lo que provoca más accidentes que antes. También las enfermedades como la disentería obligan ha dejar inactivos a muchos hombres.

4 de Diciembre

El General Estigarribia ha pedido informes acerca de las condiciones y desplazamientos del ejército boliviano.

En el puesto de mando de Isla Poí un Coronel del Estado Mayor de Estigarribia se haya examinando el mapa junto con el Capitán Ramón Avalos cuando Ferro se aparece, él ha sido llamado para cumplir con esa tarea llevando a Avalos como observador. Los tres hombres se sumergen en la carta y comienzan a delinear la ruta de reconocimiento que el Coronel les dicta.

-Al nordeste hasta ubicar Toledo, luego al sudeste hasta Platanillos donde deberán torcer al sur sudoeste hasta Saavedra. Es probable que encuentren senderos por donde los convoyes de abastecimientos y refuerzos se esparcen hacia todo el frente.-

Ferro anota con mano temblorosa la ruta asignada, el sudor corre por su frente y cae en gruesas gotas desde su nariz, los ojos inyectados en sangre tienen una mirada vaga y perdida, las tripas

aúllan obligándolo a doblarse sobre su vientre, es evidente que la peste lo ha alcanzado y comienza a doblegarlo, aún así no quiere ceder su puesto y lucha con la enfermedad para sobreponerse y poder despegar.

-¿Se siente bien Teniente?-

Le pregunta el Coronel frunciendo el ceño a lo que Ferro asiente sin quitar sus ojos del mapa.

-Bien... Caballeros ésta misión será vital para el Estado Mayor, si no tenemos una idea clara acerca de lo que pasa ahí atrás jamás podremos montar un ataque con alguna probabilidad de éxito. Que la virgen los proteja.-

Ambos aviadores se cuadran haciendo la venia y se retiran de la tienda, más allá el Potez 25 A.2 N°6 espera a sus jinetes.

Ya alejados del Coronel y cuando se aprestaban a abordar Avalos pregunta:

-Che gringo...¿Qué te pasa?.-

-No se son las tripas, las tengo endurecidas como si hubiera comido cemento.-

Aún así Ferro trepó a la cabina como dando a entender que eso no le impediría volar como corresponde. Al sentarse y con el movimiento brusco de la trepada el mundo comienza a oscilar en torno a su cabeza, la vista se desenfoca y las esferas de los instrumentos se ven extrañas y deformes.

Avalos se queda observándolo durante un momento tras lo cual meneaba la cabeza y salta al puesto trasero. Entonces el grito que es más un lamento surge de los dientes apretados de Ferro dando la señal de estar listo.

-¡En contacto!-

-¡Libre!-

Responde el Cabo que da pala al Potez poniéndolo así en marcha. El ruido del motor y el intenso calor de la tarde terminan de sacudir la mente de Ferro, sus ojos ya no le muestran mas que un montón de colores y formas imposibles de descifrar, a tientas hurga en la cabina encontrando la palanca y el mando de potencia, sin siquiera ver que el Cabo aún no se había retirado acelera y sale disparado hacia delante, el Cabo espantado se arroja al suelo y el ala del avión le pasa por encima.

Avalos al fin se convence que Ferro no está en condiciones de volar y reduce la potencia para sorpresa de Ferro quien aún no comprende que sucede, a los pocos metros el Potez se detiene.

-Teniente bájese inmediatamente del avión, usted así no puede volar.-

Benítez Vera que había visto lo ocurrido corre hasta ellos, el Cabo también lo hace y entre ambos ayudan a Ferro a bajar, para luego desplomarse en el suelo vencido ya por la fiebre y el agotamiento. Otros dos mecánicos asisten para llevarlo a la sombra.

Benítez Vera ocupa su lugar y despegan de inmediato pues un tiempo valioso se ha perdido y deben recuperarlo.

El vuelo se desarrolla con normalidad, la máquina responde bien y Benítez logra hacer un buen tiempo llegando a Toledo antes de lo previsto. Avalos recorre con su vista kilómetros y kilómetros de monte, regularmente toma notas sobre lo que sus ojos registran como una ayuda al momento de analizar los resultados de la observación.

Al sudeste ahora y alcanzan Platanillos con alguna dificultad pues el viento está del oeste y

pugna por sacarlos de curso. Alcanzan a divisar entre el follaje algunas columnas de tropa a pie y vehículos que se dirigen probablemente hacia Saavedra, el próximo punto en el itinerario planeado.

Muñoz es un aeródromo de campaña de la aviación boliviana, se encuentra a unas treinta millas al sudoeste de Saavedra, allí una escuadrilla de Vickers Scout se apresta para una patrulla de reconocimiento.

El Capitán Rafael Pabón lidera la formación, él y otros dos aviadores se preparan para el despegue cuando un sargento se acerca corriendo y dice jadeante.

-Mi Capitán, recibimos un mensaje desde Platanillos... Un avión paraguayo los sobrevoló en altura probablemente en misión de reconocimiento, pusieron proa a Saavedra hace unos minutos.-

Pabón frunce el ceño como pensativo y echa a correr hacia su avión al tiempo que grita a sus pilotos que se apuren, las máquinas ya han sido arrancadas por los mecánicos y en un instante los tres Scout forman en ascenso poniendo proa a Saavedra, les saldrán al encuentro, como cazadores en busca de una escurridiza liebre a la que le han visto las orejas por un instante.

A mitad de camino entre Platanillos y Saavedra se presenta a la vista de Avalos tres pequeños puntos negros provenientes del oeste. Avalos se vuelve hacia Benítez y lo palmea para luego señalar en esa dirección, éste asiente y aumenta la potencia ganando algo de altura mientras encara el avión hacia los objetos en cuestión.

Minutos más tarde es evidente la amenaza, tres Vickers Scout con sus escarapelas bolivianas volando en formación evolucionan hacia ellos con la intención de borrarlos del cielo. Los Scout luchan por ponerse a la cola de su enemigo mientras éste con cada giro va perdiendo altura en el aire enrarecido de la tarde chaqueña.

Los Scout tienen la ventaja, sus motores son más potentes y ganan altura con rapidez, desde allí rompen formación arremolinándose en torno al Potez que pica hacia el suelo para obtener algo de velocidad.

Un giro brusco inclinando el Potez hacia la izquierda, un Scout pasa rozando el ala derecha, el otro asciende casi vertical para evitar embestirlo, pero Pabón se anticipa reduciendo potencia y logra colocarse en posición de tiro. Avalos responde con sus Madsen pero apenas unos pocos disparos han surgido de las ametralladoras cuando una certera ráfaga despedaza su puesto, un tiro en el cráneo y otro en el pecho lo ponen fuera de éste mundo en un instante, Benítez presiente que algo ha pasado con su artillero a juzgar por la abrupta interrupción de los disparos.

Un súbito descenso en picado que hace gemir al vapuleado Potez hasta el límite de su resistencia, detrás Pabón lo persigue tratando de ponerse en alcance, pero temiendo que su avión se desbarate por el exceso de velocidad mengua el descenso y Benítez puede sacarle ventaja. Los otros dos Scout los siguen más atrás.

Rozando las copas de los árboles el Potez comienza a dar coletazos bamboleándose de un lado al otro para fastidiar la puntería de su perseguidor, en cada uno de estos sacudones las ramas y hojas de los árboles se enredan entre los montantes de las alas.

Pabón comienza a perder la paciencia, el corazón le salta del pecho cada vez que el Potez lo evade y se encuentra con un árbol al frente, llevan ya bastante tiempo así y el resto de la escuadrilla ha quedado rezagada, tiene que bajarlo de una vez antes que termine abrazado a un quebracho envuelto en una maraña de tela y madera. Con el motor reventando a plena potencia se acerca más y más a su presa, puede ver como el artillero cuelga inanimado a un costado de la cabina.

¡Ahora está en la mira! Le descerraja una ráfaga, un chasquido metálico en una de las armas, una vaina que queda prensada atascando la corredera. Pabón enloquece enfurecido ante la idea de perder su presa de una manera tan ridícula, lo va a embestir antes que dejarlo escapar.

Benítez ha sentido las balas silbar a su alrededor, sin embargo no se explica porque ha dejado de tirar, comienza a sentir un rugido detrás suyo y al voltearse ve la hélice del Scout que está a punto de morderle la cola, instintivamente tira de la palanca y pisa el pedal izquierdo con rudeza, el Potez describe un ascenso y una volcada saliéndose de la trayectoria de colisión.

-¡Ah la put....!-

La maldición es ahogada al tragar saliva, Pabón vuelca su avión a la izquierda y se dispone a atacar una vez más, con la maniobra el Potez a perdido mucha velocidad y le da alcance con relativa facilidad, descarga entonces una ráfaga interminable de su arma restante, los impactos desgarran la tela y hacen saltar astillas de la estructura, habiendo tan poca distancia entre ambos alcanza a divisar como sus disparos hacen blanco en el puesto de pilotaje acribillando al piloto.

El Potez se ladea y comienza a descender en espiral, el ala izquierda golpea el tronco de un árbol y el avión ejecuta un trompo y se hace pedazos entre el follaje del monte. El Scout se eleva y reduce potencia cosa que su motor agradece jadeando por el esfuerzo.

Pabón queda paralizado, comienza a circundar el lugar del impacto observando acongojado el desastre que acaba de ocurrir, es inevitable el sentimiento de tristeza, el paraguayo ha peleado con fiereza hasta el último minuto. Se eleva un poco más y busca referencias para ubicar la posición dónde su bravo contendiente a caído, están al sudoeste de Saavedra.

Los otros Scout se hacen presentes en la escena y tras formar se retiran hacia su base.

Al día siguiente una patrulla montada del ejército boliviano llega hasta el lugar del impacto siguiendo las indicaciones dadas por el Capitán Pabón. Encuentran los restos de las alas colgando de los árboles y unos metros más adelante sumergido en la maleza parte del fuselaje y del motor.

El jefe de la partida pica su caballo y se acerca al trote con su carabina descansando en el muslo y la gorra echada hacia atrás, al llegar junto a los restos encuentra a ambos tripulantes aún sentados tal cual encontraron la muerte, Avalos con una mano en el disparador de las Madsen, Benítez Vera con ambas manos aferradas a la palanca de mando y un rictus de dolor en el rostro. Silenciosos y respetuosos de los muertos casi a un extremo supersticioso los soldados extraen los cuerpos llevándolos a lomo de mula junto con el timón y la hélice del Potez.

Formados ante las tumbas de los aviadores paraguayos dos hileras de tropa se cuadran y presentan armas, un cura da un responso en latín y lanza sobre las tumbas el agua bendita mientras el monaguillo camina a su lado con la cabeza gacha bamboleando un incensario que lanza un humo perfumado. Terminado el rito católico resuenan las tres salvas disparadas por media docena de fusiles máuser. Pabón se adelanta de la formación cargando dos coronas de flores que están engalanadas con cintas tricolores, coloca ceremoniosamente las ofrendas sobre las tumbas y tras descubrir su cabeza eleva la mirada al cielo:

-Caballeros del aire, víctimas de su propio heroísmo, ustedes los más bravos entre los suyos han caído en una valiente y noble lucha... El destino me ha hecho vuestro vencedor, pero no hay vencedores ni vencidos cuando la muerte llega... Sus restos mortales descansan hoy en suelo boliviano, rodeados por el respeto y la admiración de sus compatriotas.-

-¡Presenten Arrr...!-

Resonó como un trueno la orden de mando salida con emoción de la garganta de Pabón al tiempo que volvía a calzarse su gorra y saludaba con la venia las tumbas de los aviadores.

CHACO

SUDOR Y SANGRE



*No se pierda el próximo capítulo
disponible a partir del día **lunes 21 de Octubre.**
únicamente en*





CAPITULO VI

De la cama al frente

Fiebre. Una interminable alucinación se abate sobre la recalentada mente de Ferro, en incesante sucesión se entremezclan realidad y ficción impidiendo distinguir una de otra. Tras el desmayo junto a la pista el 4 de diciembre ha sido internado en el hospital de campaña, allí ha guardado reposo durante una semana en la cual pocas veces ha estado consiente, la mayor parte del tiempo ha alucinado y hablado sin sentido, repitiendo nombres, llamando a su madre, a Candelaria, otras veces el nombre que pronunciaba hacía estremecer a aquellos que sabían lo ocurrido.

-¡Benítez... Benítez Vera!... ¡Cuál fue el resultado?-

Días más tarde al abrir los ojos se encuentra sintiéndose mejor aunque agotado como si hubiera estado despierto durante meses, por un instante le es imposible entender como ha ido a parar allí,

los recuerdos son vagos y no puede ordenar sus pensamientos de manera cronológica. Se encuentra en un cuarto de paredes descascaradas y enmohecidas, como solitario ornamento un crucifijo de madera sobre la cabecera de la cama, es el único allí pues no hay otras camas, en realidad tampoco hay espacio suficiente para más, asemeja a un pañol de escobas por su reducido tamaño.

Al mirar a un lado ve una pequeña mesita, en ella hay una tinaja con agua, un rosario, una Biblia y sobre ésta unas charreteras de Teniente 1°.

-Veo que ha despertado señor-

Dice un médico enfundado en un delantal que alguna vez fue blanco, mientras se asoma lentamente por la entrada la cual no tiene puerta, sólo un cortinón rayado.

Ferro asiente débilmente y el médico se acerca a su cama.

-Ah por cierto... Lo felicito Teniente 1°-

Ferro lo mira extrañado y sin entender, luego pregunta sin más:

-¿Y la misión? ¿Dónde están Benítez Vera y el Capitán Avalos?-

-No lo sé señor eso tendrá que preguntar a alguno de aviación... Lo mío son heridas, fracturas y disentería.-

Contesta risueño el médico, pero al ver que su broma no tiene eco en ese rostro irremediabilmente amargado borra por completo su estúpida sonrisa, para retirarse luego con extrema celeridad excusándose con deberes sin cumplir.

Por la tarde se presenta el Comandante Vicente Almonacid acompañado de Isidoro Jara.

-¡Juan! Al fin despertás, estuviste dormido una semana...-

Dice con rebotante algarabía Isidoro mientras el Comandante se acerca junto a la cama y tomando la débil mano de Ferro, sonrío y le pregunta:

-¿Cómo está Ferro?-

-Bien mi Comandante... Por favor dígame como salió la misión.-

Por un momento se hace un incómodo silencio, Jara y Almonacid cruzan sus miradas mientras Ferro alterna la suya de uno a otro esperando la respuesta de cualquiera de los dos.

-El Teniente 1° Benítez Vera y el Capitán Avalos estuvieron desaparecidos... La aviación boliviana ha dejado caer un mensaje en nuestras líneas y confirman haber recuperado los cuerpos en algún lugar al oeste de Saavedra... Les dieron cristiana sepultura.-

Ferro aturdido y confuso relaja su mirada en algún punto de la pared que tiene en frente, casi puede ver el rostro de "sifón" como le había bautizado a sus espaldas, ese caballero del aire, amistoso, un tanto preguntón y muy alegre que ha sido un gran compañero, es la primer baja grave en el servicio y también la primera que realmente le causa dolor... Tal vez nunca volverá a tener en consideración a alguien más.

-Usted como verá ha sido ascendido... Teniente 1° Ferro.-

Dice Almonacid señalando las tiras sobre la Biblia, pero a Ferro no le causa buena impresión esa macabra distinción, siente que esas charreteras están manchadas de sangre, es entendible que al

perderse un hombre de ese grado deba ascenderse a otro pero él siente que han despojado un cadáver para darle ese ascenso.

-No lo quiero.-

Lanza Ferro con ira contenida.

-No me importa.-

Contesta enérgico Almonacid, luego toma nuevamente su mano y tras desearle una pronta recuperación se marcha seguido por Jara quién no pudo decir absolutamente nada durante la corta visita.

Algunos días más de convalecencia transcurren con su lento y monótono compás hasta que Ferro está relativamente recuperado. Al abandonar el sanatorio y cuando traspone la puerta se encuentra con un motorista que desciende de un camión y se acerca a una enfermera para hablarle, ésta señala en dirección a la puerta donde Ferro recién asomaba, inmediatamente se aproxima, el tipo está apenas vestido con harapos de uniforme y está cubierto de polvo de los pies a la cabeza.

-¿Usted es el Teniente Juan Ferro?-

Al confirmarlo el motorista mete la mano entre los jirones verdes y saca un papel raído y doblado en dos extendiéndoselo.

-Una enfermera me lo dio allá en Arce para que se lo entregara a usted ni bien llegara acá.-

Sin siquiera agradecer Ferro abrió la nota, pudo reconocer con facilidad la letra curvilínea de Candelaria, así como algunas impresiones digitales de sangre.

Juan:

Siento mucho no haber podido avisarte de mi partida, el jefe de enfermeras nos llamó en la madrugada y tuvimos que salir de inmediato en un convoy. Mi camión se averió a los dos días y tuve la posibilidad de regresar en otro pero preferí quedarme, acá me necesitan más que allá en la retaguardia. Lo que veía a diario en el hospital no es ni una sombra de lo que pasa acá en el frente. Los muchachos están destrozados y la mayoría jamás llega a ver una mesa de operaciones. Muchos mueren acá Juan, ojalá a vos no te pase nada como esto.

Ahora estamos en Arce pero probablemente nos desplacen hacia Kilómetro 7 donde también la situación es dura. De todas formas seguramente vuelva para Navidad.

Te quiere

Candelaria.-

Ferro pasa los dedos sobre la tinta seca de las letras como intentando tocar la mano que las delineó, luego dobla el pequeño papel en dos y lo mete en el bolsillo de la camisa mientras comienza a caminar hacia el campo de aviación, de seguro allí hay cosas que hacer.

Para fines de diciembre de 1932 la situación es de un frágil equilibrio. Los bolivianos ahora nuevamente bajo el mando del alemán General Kundt montan una serie de contraataques para frenar la arremetida paraguaya. En Kilómetro 7 donde los paraguayos habían iniciado un importante avance el ejército boliviano le salió al encuentro.

Entre el 12 y el 13 de diciembre la 8va División Boliviana apoyada desde el aire por media docena de cazabombarderos empujó la avanzada paraguaya al sur de Kilómetro 7. Tras la retirada un tanto desordenada estos se establecieron en posiciones defensivas en un paraje denominado Nanawa donde estuvieron en condiciones de resistir el embate, ayudados en parte por la experiencia de oficiales rusos veteranos de la Gran Guerra.

Kundt ordenó una serie de inútiles ataques frontales contra las bien montadas defensas y pese a haber empleado a la aviación y la artillería en forma masiva no logró el efecto deseado.

Por su parte Estigarribia tenía un serio problema a resolver en ésta parte del extenso frente bajo su mando. Las lluvias torrenciales propias de esa época del año hicieron de los caminos y senderos que llevaban a Nanawa unos cenagales intransitables por lo que la escasez de pertrechos era cada vez más crítico. Una vez más la aviación jugaría la carta de triunfo.

20 de diciembre

Los mecánicos están despojando al Potez 25 N°7 de todo lo que no sea estrictamente necesario, en realidad lo despojan de todo pues las ametralladoras pueden considerarse como indispensables y sin embargo son un peso adicional que debe ser suplantado por carga. El puesto trasero es totalmente desmontado para alojar allí los bultos.

Casi todo el material de vuelo disponible está siendo empleado en abastecer de munición de fuego y de boca así como insumos sanitarios a la enorme guarnición que allí soporta los embates de la ira del teutón como se ha dado en llamar a la ofensiva del General Kundt.

Ferro observa por un momento la tarea que se desenvuelve entorno al avión y por un instante recuerda haber visto una escena similar en más de una ocasión, fue en Cap Juby cuando los cargadores moros llevaban las sacas con correo al viejo Laté, o aquellos changarines de Corrientes que ayudaban a descargar a cambio de una moneda y de la posibilidad de ver más de

cerca las máquinas voladoras que eran fuente de sus suspiros.

-Bueno Gringo... Vamos a salir con diferencia de quince minutos entre avión y avión. La pista que han preparado en Nanawa no es para nada cómoda y no hay buenos lugares para poner a reparo los aviones por lo que no conviene amontonarlos, con esta separación va a estar despegando y aterrizando un avión tras otro sin tener más de uno o dos estacionados en tierra.-

Así pinta la situación Tomás Ruffinelli quien saldrá detrás de Ferro.

Cargado como una mula el Potez rueda pesadamente hacia la pista y despega con visible esfuerzo ascendiendo poco a poco mientras pone proa al Sudoeste hacia su destino final.

Al llegar sobre el punto indicado Ferro comienza a sobrevolar en círculos en busca de aquella pista perdida en medio del monte y el humo, los bolivianos están batiendo con un feroz fuego de artillería y es gracias al rastro de explosiones que Ferro ubica al fin el lugar para aterrizar, una cinta de vegetación desmontada de no más de quinientos metros de extensión por veinte de ancho y enmarcada por una arboleda alta cuyo ramaje se inclina sobre la pista... Poco margen y mucha cortante de viento a causa de los árboles.

Final de aterrizaje, al frente surgen tremendas explosiones que sacuden el aire haciendo vacilar al avión, al franquear la arboleda que se extiende como una valla frente a la cabecera Ferro deja caer el avión en una actitud nariz arriba bien pronunciada para matar toda la velocidad y evitar tener que correr mucho por una pista agujereada como un colador. Gran estruendo al tocar y los dientes de Ferro rechinan con el impacto, con el agua acumulada en la pista el avión comienza a deslizarse de un lado al otro, casi de inmediato una andana de artillería impacta alrededor y sólo por milagro no es alcanzado.

A un costado alcanza a ver a un hombre que agita su camisa al viento haciendo señas de que

oculte el avión donde él se encuentra que es una bóveda hecha con las copas de los árboles a las que han entrelazado las ramas.

Luego de detener el avión y con el motor en marcha varios soldados comienzan a descargar el puesto trasero del Potez, Ferro se vuelve a uno de ellos.

-Tengan cuidado con las cajas que tienen cruces rojas, hay botellones de plasma y ampollas de morfina que se pueden romper.-

El soldado asiente y apila con sumo cuidado las cajas marcadas separándolas de las de munición que va arrojando con rudeza hacia otro soldado que forma parte de una cadena de brazos que va llevando los suministros de mano en mano hacia el monte.

Bajo el estruendo ensordecedor de las explosiones Ferro alcanza a oír a un sargento que llama a gritos a una enfermera para que vaya a hacerse cargo de aquellas cajas.

Con un pañuelo en la cabeza y el delantal manchado de sangre una muchacha descalza se aproxima al trote agachándose con cada explosión, al detenerse junto al avión se asoma a la cabina como lo ha venido haciendo desde que el puente aéreo comenzó, por un instante sus miradas se cruzan como si no se conocieran, ella trepa a la cabina de un salto y besa al aviador con una fuerza incontenible.

-¡Señor!... Mejor que despegue ahora mismo, ha perdido mucho tiempo y si no se apura el próximo avión le aterrizará encima.-

Alerta el sargento interrumpiendo aquel bello pero inoportuno momento, Candelaria se sonríe y se queda viéndolo.

-Te veo en Poí para Navidad.-

Dice Ferro y ella asiente y lo besa por última vez, luego Ferro se vuelve a los soldados y les grita con una sonrisa:

-¡Gracias por utilizar los servicios de “Aerobosta”, que tengan un buen día!.-

Dejando atrás las carcajadas de la tropa envueltas en polvo el Potez ruge con la aceleración y se aleja bamboleándose hacia la pista.

Despegue exigido como era de esperarse, levanta vuelo en los últimos metros de pista disponible y traspone la línea de árboles salvándolos por escasos metros, al virar alcanza a ver al Potez de Rufinelli que ya entra en final de aterrizaje.

24 de diciembre

La víspera de Noche Buena es un acontecimiento muy esperado por todos desde que la guerra estalló. Muchos comienzan a contagiarse de una nostalgia por sus hogares y familias que brota casi como la peste. Al fin de cuentas parece ser un sentimiento universal del soldado, y de hecho se sabe que al otro lado de la línea un soldado boliviano está sentado en una roca pensando lo mismo.

A lo largo del frente se ha concertado una tregua sin necesidad de parlamentar, es sencillamente impensable tirar de un gatillo en estas fechas, y como seguro de eso está el hecho que no conviene tirar primero y quedarse sin munición antes que el otro tire.

Por toda la Villa Militar comienzan a aflorar pequeños gestos evocativos de la Navidad, numerosos ramos de plantas y flores silvestres que tienen nombres de santos son colgados de las puertas y ventanas, los capellanes y hermanos de ordenes religiosas comienzan a dar forma a los altares donde se oficiará misa.

Ferro está sentado en una pequeña silla de madera con los pies apoyados en un cajón, un lento

hamacar con la silla en equilibrio sobre las endeble patas traseras.

Al oeste el sol comienza a ocultarse tras el monte, es un disco rojo enorme que se ve distorsionado por el aire caluroso que flota en ese atardecer del verano chaqueño. A la izquierda la línea de aviones, tres Potez 25 y dos Wibault, con sus carenados y ruedas cubiertos por mantas húmedas, las cabinas con unos improvisados quinchos de ramas secas para que no hiervan... Más de uno se cocinó las nalgas en un asiento de madera y cuero ardientes.

Del bolsillo extrae una pipa de mazorca tallada y tras atracarla con tabaco, la enciende largando una nube de humo dulce, había sido de Benítez Vera y él la había tomado para sí luego de enviarle el resto de sus cosas a la esposa.

Almonacid se acerca desde la línea de aviones dónde se había detenido a hablar con unos mecánicos. Al llegar junto a Ferro toma una silla y se sienta junto a él.

-Te tengo una changa...-

-Decíme.-

Responde confiado ante el inesperado relajó y el aún menos usual tuteo.

-De Asunción me pidieron que mande dos pilotos a Campo Grande para recibir material nuevo y ser entrenados. Va a venir una comisión italiana, traen nuevos cazas para nosotros y blindados para el ejército.-

Ferro saca los pies de la caja sentándose derecho y mirando a Almonacid ha los ojos le pega una larga pitada a la pipa.

-La cosa es que no me puedo desprender de dos experimentados porque no me sobran pero tampoco

puedo mandar dos que estén verdes... Por eso voy a mandar uno y uno. Elegí uno de los que llegaron ahora y llevátelo para allá. Salís mañana... Andate en uno de los Wibault, aquel de la punta que está medio cagado de motor así de paso le pegan una mirada en los talleres de allá.-

-Bueno entonces.-

Es todo lo que Ferro dice al respecto, Almonacid se pone de pie y lo palmea en el hombro para luego alejarse a visitar a dos pilotos bajo un alero más allá. Tal vez el mejor gesto de un jefe, visitar a su gente para conocer su estado, más aún cuando no hay actividad y la mente del soldado vaga peligrosamente.

Al caer la noche y tras la misa de campaña que se ha repetido en diversos lugares del vivac, los hombres se relajan en un festejo alegre pero contenido... Es evidente la congoja por los que ya no están y por los que están lejos.

En un puesto sanitario cercano al frente de Nanawa María Candelaria efectúa un recorrido entre las camillas de los convalecientes, verificando la fiebre en uno, el vendaje en otro. Al terminar emerge de la fétida tapera donde se hacinan los heridos y eleva su mirada en dirección al frente, un viento fresco se levanta proveniente de esa dirección y con él arrastra un canto. Cientos de gargantas entonan una tonada navideña, cerca se sienten algunas voces que se suman a las del enemigo. Una lágrima contenida a duras penas asoma y resbala por la mejilla de Candelaria. Le habría gustado volver a Isla Poí para ésta Navidad.

Pasadas las doce Ferro se recluye en su barraca con la excusa de un mañana atareado.

Al amanecer ya se encuentra parado junto al Wibault número cuatro que ha sido sacado de su tienda. Comienza a mirar a su alrededor buscando señales de una probable falla en vuelo. El viaje será largo y el paisaje que atravesarán demasiado inhóspito como para tener que descender, no

habrá nadie a quien pedir ayuda.

El otro piloto es un muchacho de unos veinte años, aunque su rostro añado le da un aspecto de cachorro recién destetado, su nombre es Carlos Huerta.

Tras la acostumbrada lucha con la hélice para ponerlo en marcha y luego de invocar cuanto insulto se le ocurre el Lorraine Dietrich se pone en marcha lanzando una descomunal nube de humo por el escape, sin darle tiempo a arrepentirse de haber despertado Ferro se encamina a la pista y despegando seguido de Huerta quien va en un Potez que también tiene novedades técnicas.

Con una velocidad de crucero más que pobre para no reventar los motores la escuadrilla leprosa se encamina a Campo Grande, bajo sus planos comienza a deslizarse el paisaje quedando atrás el desierto y el monte reseco, comenzando a surgir una vegetación mucho más verde, con ella los ríos caudalosos y los esteros cargados de una añorada humedad.

Llegan por fin a Campo Grande cerca de media mañana, el calor arrecia pero la humedad es bien recibida por los sedientos aviadores. Al estacionarse en la plataforma los mecánicos reciben las máquinas y las empujan hacia un hangar donde serán reparadas, mientras tanto Ferro y Huerta se encaminan hacia un edificio cercano donde son recibidos por un grupo de personas entre los que se hayan los técnicos y consejeros italianos. Uno de ellos es Gino Trianni quien es piloto de la Fiat y encargado de adaptar a los aviadores paraguayos al CR20bis, el nuevo modelo adquirido. Los cinco nuevos y bellos aparatos se encuentran celosamente guardados en uno de los hangares el cual está totalmente cerrado y custodiado por numerosos centinelas. Al abrirse una de las pequeñas puertas laterales Ferro entra en compañía de Trianni quien enciende las luces para poder apreciar mejor el brillo inmaculado, por el momento sólo ostentan la bandera tricolor en el timón como único distintivo.

Enteramente metálico y con un potente motor este nuevo caza estaba diseñado para operar en climas rudos, a diferencia de los Wibault y Potez que habían sido concebidos para zonas “más

húmedas”.

-Ya verás que bien vuela.-

Dice Tranni por sobre el hombro de Ferro mientras éste deja escapar una disimulada sonrisa en sus labios.

Al siguiente día se inician las pruebas y tras haber recibido una pormenorizada instrucción respecto a la técnica de vuelo del Fiat Ferro trepa al que le han asignado.

Todo se ve y huele a nuevo, los instrumentos están en italiano pero ya le han dado las traducciones y le cuesta poco habituarse a esto.

La primera gran impresión es cuando ve que a la segunda vuelta de hélice el motor arranca con un gran estruendo y de inmediato queda ronroneando como un gato contento, mientras el tacómetro marca ochocientas vueltas con la aguja firme y sin oscilación alguna.

El rodaje suave sobre unos neumáticos nuevos y en buen estado así como una excelente amortiguación dan la sensación de estar flotando en el aire, luego al encarar la pista y aplicar potencia el motor embala y el contorno se desdibuja con la velocidad rápidamente adquirida.

En el aire...

Ferro se maravilla con las cualidades del CR20bis, al principio se siente tímido en cuanto a exigirlo debido a las acostumbradas precauciones pero pronto se da cuenta que es mucho lo que tiene para dar y comienza a espolearlo, una y otra vez asciende casi en vertical, obligándolo a entrar en pérdida, entonces el tirabuzón viendo como Campo Grande gira en un calidoscopio de estructuras y colores deformados por el vértigo. Al centrar los mandos y haber ganado una velocidad espantosa y cuando parecía que la tierra iba a tragárselo tira de la palanca frenando el descenso a pocos metros del suelo y otra vez el ascenso escarpado.

Súbitas reducciones de motor, bruscos acelerones, el confiable motor Fiat A.20AQ de 12 cilindros en V y refrigerado por agua parece aguantar todo lo que se le exige a sus 425 caballos de fuerza, y a esto que de por sí no es poco se suma el tener una gran maniobrabilidad y un poder de fuego respetable con sus ametralladoras gemelas de 7,7 milímetros.

Tras una hora de maniobras y pruebas Ferro posa con suavidad las ruedas en la pista.

Al detenerse en la plataforma los sonrientes italianos y algunos oficiales de alto rango del ejército se acercan a él para oír de primera mano lo que tiene para decir respecto al CR20bis.

-Sencillamente lo mejor que he volado en toda mi carrera-

Esto sonó fabuloso y dejó contentos a todos, en realidad nadie reparó en que Ferro sólo había volado pesados y lentos aviones de transporte al inicio de su carrera como aviador y que la única experiencia en máquinas ligeras la había tenido en los Wibault y Potez que no eran para nada comparables a lo que se considera un avión de caza moderno, por lo que en realidad su declaración no era de lo más especializada. Aún así todos los que volaron el Fiat coincidieron con él días más tarde.

Durante los meses siguientes un grupo de seis pilotos es adiestrado en el Fiat CR20bis y con ellos se da forma a una nueva unidad de combate, la Escuadrilla de Caza 11 “Los Indios” cuyo distintivo es un aborigen de color rojo tensando un arco el cual contrasta de manera llamativa sobre el fondo blanco que cubre al avión desde la mitad del fuselaje hasta el timón, las alas también llevan éste color y sólo la mitad frontal queda en un bruñido color metal.

El mando de dicha escuadrilla es otorgado al Capitán Bernardino Caballero Alvarez y Ferro queda como segundo en la escuadrilla que para los primeros días de junio es enviada a la Base Aérea de Isla Poí.

El aterrizaje de estos tan ansiados reemplazos genera una conmoción en el aeródromo, antes que los motores se detuvieran los aviones son rodeados por una multitud de pilotos y mecánicos que quieren ver más de cerca de esas maravillas.

Al día siguiente uno de los nuevos trimotores Caproni Ca 101 trae al escalón técnico de la escuadrilla. Estos enormes aviones darían a la aviación paraguaya una renovada capacidad de bombardeo y transporte aunque la primera de éstas seguiría siendo ejercida también por los Potez de los cuales siete nuevos aparatos habían arribado hacia comienzos de 1933.

Desde la navidad del 32 hasta ese momento las acciones de los bolivianos han sido una serie de desastrosos asaltos en los que han sufrido terribles pérdidas y poco han ganado a cambio. Ambos bandos quedaron demasiado desgastados tras meses de intensos combates con sus incesantes marchas y contramarchas, las enormes pérdidas en vidas humanas y material hicieron necesario un compás de espera en las operaciones para dar tiempo a que el flujo de material y tropas frescas inundara nuevamente el frente de batalla.

En los servicios de aviación de ambos bandos nuevos modelos de aviones daban un importante impulso tecnológico y permitían cubrir las pérdidas sufridas el año anterior.

La aviación paraguaya había aprendido a montar operaciones de envergadura y a responder a los embates de la aviación militar boliviana, si bien estos retuvieron para sí la superioridad aérea.

Por su parte Bolivia pese a los éxitos iniciales había sufrido severamente la falta de coherencia y coordinación en sus mandos, esto hizo que excelentes oportunidades fueran ignoradas y pese a tener una superioridad palpable no pudieron obtener mayores resultados.

Ahora y tras un año de esfuerzo bélico sostenido, ambos bandos llegan al punto del agotamiento, enormes cantidades de material se han consumido, y consumidas también sus economías.

Pese al embargo que la Liga de las Naciones impuso sobre ambos, estos supieron encontrar

naciones ávidas que volcaron nuevos pertrechos al conflicto.

Bolivia adquirió de la fábrica Curtiss de Estados Unidos toda una línea de cazas y bombarderos livianos. Falcons, Hawks, Sea Hawks y Ospreys reanimaron las líneas de vuelo de la Fuerza Aérea Boliviana. Esto gracias a los oficios de Chile.

Paraguay obtuvo también su “mano amiga” de parte de la Argentina, que ya venía asistiendo desde el inicio del conflicto y ahora haciendo de intermediaria entre Paraguay e Italia se pudo reequipar al ejército y la aviación.

10 de junio 1933

La flamante escuadrilla se reúne después de un día de duro trabajo en el que se han puesto a punto todos los detalles. Los cinco Fiat descansan bajo las redes de enmascaramiento, dispersos a un lado de la pista de aterrizaje y bajo la custodia de numerosos centinelas que rondan entre ellos con sus fusiles cargados, tienen orden de disparar a todo aquel que se acerque a los aviones y no se identifique con el santo y seña acordado.

Entre los pilotos que conforman la escuadrilla se encuentran algunos que ya son nombres célebres en Isla Poí, el Teniente 1° Román García y el Teniente 1° Tomás Rufinelli, recién adaptado a la nueva máquina. Provenientes de la escuadrilla de Wibault está el Teniente 1° Walter Gwynn que por ser más antiguo que Ferro lo ha reemplazado como segundo de la escuadrilla y tal vez el personaje más pintoresco es un voluntario ruso llamado Vladimir Porfenenko, éste había llegado al Paraguay con un contingente de ex oficiales zaristas de la Primera Guerra Mundial además de diversos exiliados del yugo comunista ruso.

Esta heterogénea formación ahora se encuentra reunida en torno a una fogata bebiendo y contando sus historias y vivencias. Vladimir es el único serio y callado, la causa de esto es que

realmente sabe muy poco castellano y absolutamente nada de guaraní lo que le dificulta seguir la atolondrada conversación del resto que es precisamente una mezcla aleatoria y gutural de esas lenguas.

De repente Román García se percata de la silenciosa presencia del ruso y comienza a hacerle preguntas en un castellano lento y pausado.

-¿Y vos ruso?... ¿Cómo caíste acá?-

Algunas risas contenidas mientras Vladimir ordena y mide cautelosamente las pocas palabras que sabe usar.

-Papá oficial del Zar... Se fue cuando bolcheviques toman Rusia... Ahora... Esto... Él llevó a mamá y a mí a Francia... Con más oficiales Zaristas... Vine a Paraguay...-

Todos lo miran con la boca abierta y los ceños fruncidos haciendo un esfuerzo por entender, intercalando en la mente las palabras faltantes y sacando las sobrantes para poder hacerse de una idea coherente.

-Sos grandote ruso... ¿Sabés boxear?-

Realmente lo es, mide más de un metro ochenta y tiene una espalda ancha y enormes brazos. Vladimir lo mira y menea la cabeza dando a entender que no comprendió la pregunta.

-Si sabés pelear.-

Aclara García mientras hace el típico gesto de guardia alta con los puños cerrados frente al rostro. Vladimir asiente mientras mira a todos, los ojos de García se posan de inmediato en Ferro quién se hace el desentendido.

-Bueno... Nosotros tenemos a nuestro... Campeón de peso pluma en la Legión Extranjera... El Gringo Ferro.-

Dice un sonriente García mientras palmea en el hombro a Ferro, en ese momento todos se paran y comienzan a formar un improvisado cuadrilátero con chaquetas y camisas al tiempo que vociferan las primeras apuestas.

Un sargento mecánico rápidamente se acerca al ruso y convirtiéndose en su “manager” comienza a sisear en su oído mientras se entre roza las yemas de los dedos frente a los ojos de su campeón... El universal gesto del dinero.

-Apuestas Vlad... Plata, dinero... Rublos, Francos... ¿Me entendés?-

-¡Ah!-

Contesta sonriendo Vladimir al entender de que se trataba todo esto. Al ponerse de pie y empezar a quitarse la camisa Ferro toma conciencia de la mole de carne a la que se va a enfrentar, ya había peleado con tipos mucho más grandes que él en París y en la Legión pero éste sí que era enorme.

Con el natural olfato que tiene la tropa en campaña para todo lo que sea ilícito y más aún cuando de dinero fácil se trata una muchedumbre se había amontonado en torno al inminente combate, mecánicos, pilotos y hasta algunos soldados llegan desde las otras hogueras agitando sus billetes en pos de la apuesta... Las estadísticas se vuelcan a favor del ruso.

Un Cabo armero se acerca a Ferro quién súbitamente ha quedado sólo.

-Mi Teniente 1° las apuestas van en su contra así que si gana vamos a sacar mucha plata.-

-¡Vamos?.-

Contesta Ferro mientras se quita los tiradores y comienza a desprenderse la camisa.

-Y si, no va a dejar afuera al único que apuesta por usted.-

Dice el Cabo con un gesto de amistad incondicional, aunque Ferro sabe que el único amigo de ese tipo es el dinero.

-¡Y como vamos?.-

-Setenta para mí y treinta para usted...-

Tomándolo de la solapa del uniforme Ferro pone su rostro a centímetros de la del aterrado Cabo al tiempo que con la mano libre saca su revólver 38 de la funda...

-Escucháme bien sabandija... Ochenta para mí y veinte para vos, y más te vale que no te rajés con la guita porque te quemo acá nomás.-

El final de la frase lo remata punzando al Cabo con el cañón del revólver a lo que éste no pudo contestar más que con un montón de reverencias.

Se da comienzo al combate, el ruso ahora descamisado parece tres veces más grande y Ferro que está dos cabezas más abajo empieza a desplegar todos los movimientos que se conoce.

Los primeros golpes de Vladimir parten como mazazos a un yunque pero se pierden en el aire

esquivados oportunamente por Ferro, el ruso es grande pero el gringo es rápido. Con cada golpe que tiran la multitud enloquece a los gritos.

Durante varios minutos Ferro danza en el polvo mientras Vladimir cada vez más enojado y más sudoroso comienza a perder la paciencia y descuidando la guardia se abalanza con una marea de puñetazos, algunos dan en pleno rostro del gringo con un chasquido que impresiona a todos.

Entonces ocurre... Vlad lanza un golpe que lo desequilibra mientras que Ferro se agacha para esquivarlo, viendo sobre él la cara al descubierto le impacta su tan mentado upper cut. Los dientes del ruso se entrechocan con un chirrido que a más de uno hace apretar los suyos, queda tambaleándose presa del dolor y ahí el gringo le da el tiro de gracia, un medido y violento golpe en pleno rostro que hace saltar sangre a los cuatro vientos y lo lanza de bruces al piso para no pararse jamás.

El silencio se adueña de la escena, todo el mundo ha perdido un dineral con excepción de aquel Cabo que es el único que salta al cuadrilátero para abrazar a Ferro con las manos repletas de billetes.

Vladimir acodado en el piso se palpa el rostro descubriendo que un colmillo ya no está. Ferro mira al codicioso Cabo y le arrebatada de un manotazo lo recaudado y desoyendo sus protestas se acerca al ruso mientras cuenta los billetes, arrodillándose junto a él le pone en la mano la parte que le tocaba al Cabo.

-Buen combate Vlad.-

El ruso le muestra una desdentada y sanguinolenta sonrisa al tiempo que el Cabo se acerca a grandes zancadas elevando a viva voz su protesta, Ferro se vuelve amenazante.

-¡Calláte y desaparecé rata!... ¡O preferís que te levante una sanción por juego clandestino?... ¡O no sabés que están prohibidas las apuestas en el ejército?.-

Las risas de los presentes encolerizan aún más al codicioso Cabo que viendo imposible reclamar lo suyo opta por retirarse.

11 de junio

Misión de escolta para los indios. Tres Potez 25 han de efectuar una corrida de bombardeo sobre Platanillos y se ha designado una escolta de tres CR20bis para su protección.

El mando de la escuadrilla lo ejerce el Capitán Caballero Álvarez volando el Fiat 11-1, como segundo va Ferro en el 11-3 y el ruso Porfenenko en el 11-5. Desde hacía tiempo no se veía una formación de vuelo tan grande despegar de Isla Poí.

Formados en V invertida los Potez van a mil quinientos metros con los Fiat por encima a dos mil, atentas las miradas de sus pilotos en busca de una amenaza.

El ataque se efectúa sin contratiempos, la formación de Potez arremete contra unas posiciones fortificadas desde las cuales no se recibe respuesta alguna, es probable que estén abandonadas pero preventivamente y no habiendo un mejor blanco se las bombardea.

Regreso al caer la tarde. El sol queda a espaldas de la formación, el resplandor de los inmaculados aviones bañados en luz deslumbra. Al frente emerge la ya tan conocida imagen de la Villa Militar, los senderos que serpean desde y hacia el frente, las tiendas de campaña y las chozas dispuestas como regadas por el viento entre los arbustos y matorrales, luego la enorme y enlodada laguna, aquel enorme vaso de agua hedionda que alguna vez mató la sed de miles cuando el asedio a Boquerón, junto a ésta el campo de aviación, con su pista inmersa en la arboleda y sus numerosas barracas semienterradas y decenas de hombres pululando de un lado al otro. De la pista emerge un Caproni que despegar y pone rumbo al Este mientras asciende lentamente.

Los Potez son los primeros en aterrizar, sobre la vertical del aeródromo la formación se disuelve y

comienzan a descender en espiral alejándose para luego retornar encarando la pista en fila india, separados unos de otros por unos cuantos metros.

Llega el turno a los Fiat que han estado orbitando en altura mientras los Potez aterrizaban, Ferro va justo detrás del Capitán Álvarez quien es el primero en tomar tierra, unos metros a la derecha y atrás esta el ruso. Los tres cazas ruedan hasta las tiendas del servicio técnico deteniéndose según el rol de dispersión ante la posibilidad de un ataque aéreo.

Ferro salta de la cabina y comenzaba a encender la pipa cuando se escucha el lento compás de la sirena ululante la cual va en aumento a medida que el soldado le da vueltas más rápidas a la manivela. Por un segundo reina el desconcierto, si bien en más de una ocasión se han ensayado las alertas nadie parece saber que hacer exactamente, luego la estampida.

Con la pipa apretada entre los dientes Ferro trepa otra vez al Fiat mientras le grita a un soldado para que le dé pala, Porfenenko quien aún no había logrado salirse del pequeño puesto de pilotaje vuelve a acomodarse y se prepara para arrancar, Álvarez ya ha puesto en marcha y pasa rodando junto a ellos, les hace señas de que se apuren.

Algunos hombres pasan corriendo con cintas de munición para las armas antiaéreas mientras otros ayudan a meter los Potez en los refugios que han sido construidos recientemente a resguardo del monte.

En completo desorden los Fiat remontan vuelvo y toman altura al tiempo que alcanzan a divisar cuatro aviones desde el poniente, Curtiss Osprey por lo que se puede ver.

Al percatarse del despegue de los cazas paraguayos, desconocidos para ellos, los Curtiss lanzan sus bombas para aligerar peso y rompen formación, las bombas caen al monte estallando entre los árboles sin causar daño alguno.

Ferro masca la boquilla de la pipa como mascullando una maldición y dando máxima potencia a

su Fiat arremete contra la desbandada formación, a su derecha va el ruso quien se abre un poco para dar espacio, por alguna causa Álvarez a quedado más atrás.

Cruce de ambas escuadrillas, un Curtiss pasa casi rozando por encima de Ferro mientras otro describe un giro quedando invertido y cruzando delante de él tan fugazmente que no le da tiempo a apretar el disparador, entre el ruido del motor y el viento sibilante se percibe el tableteo intermitente de las ametralladoras.

Media vuelta sobre el ala y en un instante queda con la proa en dirección opuesta a la que llevaba, el ruso está detrás de uno de los Curtiss que oscila de un lado al otro y efectúa una serie de toneles y toda clase de maniobras como conejos sacados de una galera, dos de estos están persiguiendo a Álvarez quien también maniobra como loco para sacudírselos mientras va descendiendo casi a la altura de los árboles, el cuarto caza enemigo ha desaparecido.

Ferro decide ir tras los que persiguen a Álvarez, pacientemente espera estar al alcance de tiro y cuando uno de estos se cruza frente a la mira aprieta con furia el disparador, las ametralladoras vibran, los percutores golpean incesantemente lanzando los proyectiles mientras las vainas caen a los lados con un sonoro tintineo. Ambos Curtiss espantan hacia los lados permitiendo a Álvarez buscar la ventaja, el cuarto caza que se había perdido por un instante hace su entrada disparando contra Ferro, éste siente el siseo de las balas rasgando el aire a su alrededor y ve como los penachos de humo envuelven al avión, golpe de palanca y pisotón al pedal, el maniobrable Fiat vira en redondo saliéndose de la trayectoria de tiro.

Porfenenko pasa a escasos metros de su ala derecha virando en ascenso seguido de cerca por uno de los Curtiss, Ferro mira a su izquierda y ve a otro caza boliviano que ha descendido y cabalgando la tierra se aleja hacia el Oeste, se decide a perseguirlo pero al instante nota que le saca demasiada ventaja y no tiene posibilidad de darle alcance.

Los bolivianos han decidido dar por terminada la batalla y se alejan rasantes dejando atrás a los más lentos Fiat. Tras reagruparse, éstos sobrevuelan la Villa Militar ganando altura para poder tener ventaja en caso de que una segunda oleada se haga presente, más tal cosa no tiene lugar por

lo que deciden volver a tierra firme.

El júbilo de los que en el aeródromo han presenciado el enfrentamiento es indescriptible, al detenerse las aeronaves los pilotos de los Potez se acercan y una animada charla acerca del combate tiene lugar mientras Porfenenko lucha una vez más por salirse del habitáculo, es realmente estrecho, concebido para un italiano delgado no da suficiente espacio para que el corpulento cosaco pueda entrar y salir con comodidad, un motivo más para las risas nerviosas después de la tensión. Ferro vuelve a atracar su pipa luego que el tabaco se volara al poner en marcha durante el alerta.

12 de junio

Ferro y sus compañeros de escuadrilla aún duermen con ronquidos estridentes cuando el sol ya ha asomado en Isla Poí, no está prevista ninguna salida tan temprano por lo que no han creído necesario despertarlos y en todo caso se han ganado con creces unas horas más de sueño después de lo que han hecho el día anterior.

Sirenas. Otra vez la base entra en estado de ebullición con excepción de aquella somnolienta barraca, el ruido sólo hace que Walter Gwynn cambie de posición en el camastro, Tomás Rufinelli se pone la almohada sobre la cabeza para amortiguar esa molesta cantinela que se cuele por las hendidias de la entrada.

El frustrado ataque del día anterior ha provocado que los bolivianos decidan intentarlo una vez más, ahora han lanzado una formidable formación, cinco Curtiss Osprey, tres Curtiss Hawk y un Vickers Scout han despegado con los primeros rayos de luz y ahora están a escasos minutos de Isla Poí, por casualidad un puesto de mando del ejército en Nanawa ha quedado atravesado en su

itinerario y al avistarlos dan la alarma telegrafando a Isla Poí.

El Capitán Álvarez corre de un manotazo el mugriento cortinón y les grita que se pongan de pie de una buena vez. Ferro con la cabellera revuelta se incorpora de un salto y con los párpados a media asta comienza a buscar a tientas sus botas mientras los demás se levantan y chocándose unos con otros emergen de la barraca. Medio dormidos y semidesnudos corren con las camisas abiertas y las gorras de vuelo en la mano hacia los CR20bis que ya han sido arrancados y esperan a sus jinetes junto a la pista. Gwynn ha quedado algo rezagado, aún sufre las consecuencias de una herida ganada en septiembre del año pasado y pese a que los médicos le han ordenado reposo el se ha negado galantemente escudándose en su deber de piloto y de soldado, como dijo una vez:

-Un piloto de caza no puede darse el lujo de descansar cuando la patria necesita a todos y cada uno de nosotros.-

Algunos Potez están en la línea para las salidas de esa mañana por lo que comienzan a ser arrastrados hacia los refugios, las ametralladoras antiaéreas ya han sido alistadas con sus sirvientes sosteniendo las cintas de munición y los apuntadores barriendo con sus miras el cielo en busca de los intrusos.

Gwynn lidera a bordo del 11-1, Rufinelli va en el 11-3 y Ferro trepa al 11-5, los tres cazas ruedan a toda velocidad hacia la cabecera y despegan ascendiendo velozmente en el fresco aire matinal, en un abrir y cerrar de ojos han alcanzado dos mil quinientos metros y desde esa altura dominan hasta el horizonte registrando con sus miradas cada centímetro de monte chaqueño.

Tres Hawk van en avanzada, el resto de la formación boliviana los sigue más atrás. Los Fiat se descuelgan desde las alturas picando sobre las Hawk los cuales increíblemente rompen formación y se retiran sin presentar combate. Habiendo ganado velocidad con el descenso

Gwynn vira encarando hacia los otros tres Hawk y el Scout mientras los Osprey continúan con rumbo a Isla Poí.

Rufinelli consigue ponerse a la cola de uno de los Hawk y le descarga ráfagas intermitentes de sus ametralladoras, logra alcanzarlo repetidamente pero no lo derriba, Ferro y Gwynn van detrás de los otros y una intensa refriega se desata entre los aviones que corcovean a baja altura.

Viendo que los Osprey son los encargados de bombardear el aeródromo los tres Fiat quiebran el encuentro con los cazas bolivianos y van en busca de los bombarderos que ya se hayan a escasas millas de Isla Poí. Próximos al alcance de tiro los Osprey viéndose amenazados lanzan sus bombas sin efecto y viran en redondo retornando a su base.

Aparentemente los Hawk también se han retirado pues no están a la vista, pero el piloto del Scout parece obstinado y decidido a bajar al menos a uno de los molestos cazas paraguayos.

Arremetiendo contra el Fiat de Gwynn comienza a disparar con furia obligándolo a efectuar bruscas maniobras para evadirse. Ferro y Rufinelli quienes se habían alejado en persecución de los Osprey no están en condiciones de llegar a tiempo para prestar ayuda, Gwynn está sólo en ésta.

El piloto del Scout no cesa en su afán por derribarlo, cada vez más cerca de la cola del Fiat dispara una y otra vez, están al tope de los árboles evadiendo por escaso margen las copas, saltando y maniobrando. De pronto un estruendo sacude el aire ya muy cerca de Isla Poí, el Scout emerge en ascenso dejando tras de sí una nube de humo y restos que se esparcen entre el follaje... Gwynn a caído.

Ferro y Rufinelli aún no están lo suficientemente cerca como para intervenir pero pueden ver con claridad la escena del desastre, el Scout habiendo tentado demasiado su suerte decide que es tiempo de irse y vira alejándose a baja altura.

Luego del aterrizaje un manto sombrío se abate sobre las tripulaciones, Gwynn era una figura respetada y apreciada por todos, considerado un excelente piloto es realmente un misterio el motivo de la súbita caída, él sabía volar a baja altura.

Por la tarde Román García, Rufinelli, Caballero Álvarez y Ferro trepan a un camión y se dirigen hacia la zona del impacto para recuperar el cuerpo y los restos del avión.

Toman un camino polvoriento que corre de norte a sur y a unos cuantos kilómetros de la Villa Militar se encuentran con una patrulla a pie del ejército que está avituallando a la vera del camino, éstos les indican un pequeño y tortuoso sendero que los conduce hasta un monte denso y oscuro donde el Fiat ha caído. Al llegar aún algunas ramas y parte del pastizal están en llamas o humean tristemente, sobre una hondonada está la mitad frontal del fuselaje con parte del habitáculo del piloto, el cuerpo de Gwynn descansa recostado a un lado con la cabeza reclinada hacia atrás, su bufanda de seda aún trepida al viento. A los lados hay trozos de las alas y el tren de aterrizaje, todo ennegrecido por el paso de las llamas.

Retiran con cuidado el cuerpo y envolviéndolo en una manta lo depositan en la caja del camión, luego inician un improvisado peritaje tratando de determinar que fue lo que produjo la caída. Encuentran varios impactos de proyectiles en el fuselaje y las alas pero ninguno pareciera haber afectado el funcionamiento de la máquina, el motor se ve intacto y los cables de comandos también.

Tras deliberar largo rato junto al avión siniestrado llegan a la conclusión que Gwynn probablemente haya impactado algún árbol y eso precipitó su caída. Los médicos determinarían más tarde que su cuerpo no fue alcanzado por proyectil alguno y que es probable que el deterioro físico del que era víctima puede haber contribuido a la catástrofe.

A la mañana siguiente la procesión fúnebre desfila desde la tienda de campaña del aeródromo

dónde fue montada la capilla ardiente hasta el cementerio de la Villa Militar.

La guardia de honor que porta el cajón está compuesta por los miembros de su escuadrilla, a ambos lados del camino los hombres se agolpan quitándose las gorras y los cascos al paso de la procesión.

La salva de disparos provoca la espantada de una bandada de pájaros que cruza raudamente sobre la tumba de Walter Gwynn... Su espíritu se ha ido con ellos.



CHACO

SUDOR Y SANGRE



*No se pierda el próximo capítulo
disponible a partir del día **lunes 4 de Noviembre.**
únicamente en*





CAPITULO VII

Respirar una vez mas

Luego de haber sufrido un importante revés en Toledo donde había montado una ofensiva en febrero, el General Kundt pugna una vez más por obtener algún éxito que justifique su restituido mando. En julio decide lanzar la mayor parte de su ejército a capturar las posiciones paraguayas en Nanawa, una vez más efectuando un asalto frontal. Contando con superioridad aérea, artillería y por primera vez haciendo uso de cinco blindados Vickers como apoyo a la infantería los batallones bolivianos avanzan a punta de bayoneta hacia las líneas paraguayas cuyas fortificaciones han sido mejoradas y reforzadas desde la arremetida anterior.

El arma aérea boliviana ha recibido la tarea de ubicar y destruir las baterías de artillería cuyas piezas bien camufladas y atrincheradas en los espesos arbustos de la región no sufren mayores daños.

El asalto boliviano tiene un sangriento fracaso, al finalizar cerca de dos mil cuerpos yacen en el campo raso mientras que los paraguayos han perdido ciento cincuenta hombres y unos cuatrocientos han ido a parar a los hospitales de campaña en lo que se dio en llamar “*El Verdún del Chaco*”, una clara alusión a la cruenta batalla de la Gran Guerra.

12 de julio

Las misiones asignadas a la Escuadrilla Los Indios se tornan monótonamente rutinarias. Escolta de caza a los Potez y Caproni que vuelan diariamente a Nanawa para aliviar con sus bombas la carga que recibe diariamente la aguerrida guarnición. En todos los casos los Fiat se ven obligados a mantenerse al margen de la acción, sobrevolando en altura a la espera de los cazas bolivianos los cuales no se presenten jamás, sin embargo se sabe que han estado bombardeando las líneas paraguayas, aunque el resultado no dista de ser una inútil desmontada de árboles y arbustos pues no logran hacer blanco.

Ferro ha estado aguardando al borde de la impaciencia que Candelaria retorne del frente. No pudo hacerlo para Navidad, tampoco en los primeros meses del año cuando la tensión en Nanawa había mermado y ahora que la acción recrudecía no cabía esperar un regreso inmediato.

Durante todo el día ha pugnado por hacerse de una plaza en alguno de los vuelos de abastecimiento que parten hacia el frente, pese a los lamentos, las amenazas y hasta los insultos no consigue meterse en ninguno de los atestados aviones que parten de Isla Poí. Tendrá que contentarse con despachar una carta, que llegará a destino gracias a un piloto amigo que guardándola celosamente bajo la camisa le promete hallar a la destinataria.

Al llegar la noche se dirige a su barraca, los cinco camastros están vacíos ya que el resto de sus compañeros han ido a la Villa Militar a pasar un rato en las taperas, donde encuentran algo de calor femenino a cambio de algún dinero.

Luego de quitarse con dificultad el uniforme y las botas se desploma en el camastro y con un suspiro largo comienza a sumergirse en un inquieto sueño, la lona de la entrada danza con la brisa nocturna y se desdibuja a medida que sus ojos van entrecerrándose y la función onírica comienza.

Camina por un campo de batalla que se pierde hasta el horizonte, miles de cuerpos se pudren al sol desperdigados entre los cráteres y el equipo inutilizado, a un lado un Potez arde enterrado de nariz en el suelo, su piloto colgando de los arneses tiene el rostro hundido en la cabina. Ferro se acerca lentamente trastabillando entre los restos, tropezando con los brazos y las piernas de los cuerpos. Al llegar junto al aparato se asoma a la cabina y levanta la cabeza del desdichado aviador, con sorpresa descubre que el rostro es el suyo, un hilo de sangre seca brota de la nariz y baña su mentón. Espantado Ferro suelta la cabeza y comienza a alejarse caminando hacia atrás pero a los pocos pasos tropieza y cae de bruces al suelo encontrándose con una mujer que lo mira desde arriba, tiene el rostro demacrado por el cansancio. Durante un instante duda acerca de su identidad, la muchacha viste el atuendo de las enfermeras del ejército pero su rostro esta oscurecido por el sol que súbitamente emerge detrás.

-Lo derribaron esta mañana... Era mi novio...-

Dice ella con una voz resignada y triste.

-¿Por qué no me sacaste de ahí?-

Es todo lo que atina a contestar Ferro, pero ella no responde y en cambio dando la media vuelta

comienza a alejarse. Trata de seguirla pero tropieza una y otra vez y al final no logra volver a pararse, arrodillado comienza a gritarle con los brazos en alto como implorando misericordia.

-¡Candelaria!-

Con el grito ahogado despierta agitado y sudoroso, instintivamente manotea a un costado de la cama hasta alcanzar el reloj que cuelga de la cadena balanceándose rítmicamente, buscando un haz de luz divisa las agujas que marcan pasadas las dos de la madrugada.

Tras incorporarse en la cama se pasa una y otra vez la mano por la cara intentando limpiar así el sudor impregnado, luego emerge tambaleante de la barraca y va en busca de un poco de agua respirando la brisa nocturna con fuerza, como si se ahogara.

Al regresar a la barraca y cuando ya se encontraba a pocos metros de ésta ve una figura furtiva en la puerta, de inmediato se detiene a observar, nota que éste lleva algo en la mano y corriendo el cortinón lentamente se introduce en la barraca. Probablemente algún ratero en busca de serios problemas.

Se palpa al costado de la cadera y encuentra la funda con su revolver 38 descansando en su interior, desde hacía tiempo llevaba la correa de la pistolera siempre amarrada a los pantalones, más de una vez buscó un porque a tamaña molestia y ahora por fin lo encontraba.

Ferro saca el revolver y tras verificar los cartuchos en el tambor cierra éste con un movimiento y con un sonido seco y metálico el martillo queda en posición de tiro.

Agazapado se aproxima a la barraca precedido por el cañón del revolver que apunta hacia la entrada.

Al correr la cortina el centelleo de la luz reflejada en una filosa bayoneta lo deslumbra, la hoja danza frente a su rostro en dos brascas pasadas mientras una mano lo toma con fuerza por el

cuello, el cañón del revolver encuentra un bulto en la oscuridad y Ferro tira del gatillo dos veces, un quejido se escapa con el último suspiro del intruso el cual cae entre los camastros, aún sin estar seguro de quien es Ferro lo toma de los tobillos y lo arrastra hacia fuera para poder ver mejor, el tipo es pequeño y pesa poco por lo que de un solo tirón extrae el cuerpo hacia el resplandor del exterior.

A lo lejos se oye el rumor de varios hombres que se acercan alertados por los disparos.

Enciende un fósforo y lo acerca al rostro del desdichado y así reconoce a aquel Cabo que había querido explotar en la pelea con el ruso. Evidentemente había querido vengarse por lo de la apuesta pero en cambio sólo consiguió dos tiros que lo sacaron de su miseria.

Ferro se ve rodeado por varios hombres que empuñan revólveres y fusiles, los cuales preguntan por lo ocurrido. Muchos de ellos conocían bien a ese extraño tipo y podían dar fe de la versión de Ferro de los hechos, era capaz de matar a alguien por dinero y más, por lo que no dieron parte de lo ocurrido y tomándolo de las piernas y los brazos lo llevaron hasta la fangosa orilla de la laguna donde lo dejaron tirado entre los pajonales con la bayoneta en la mano.

Al día siguiente Ferro se encuentra dormitando bajo una tapera que tiene vista a la pista, con las piernas extendidas sobre una caja, los brazos cruzados sobre el regazo y un sombrero de pana sobre el rostro intenta recuperar el sueño perdido durante la agitada noche. En eso Carmelo Peralta se acerca y haciendo un considerable ruido se sienta junto a él, luego lo codea casi lanzándolo al suelo y le dice:

-Che gringo... ¿Tenés ganas de comer algo rico esta noche?-

-Siempre...-

Contesta Ferro enderezándose a la posición anterior mientras le echa una mirada de soslayo a

Peralta.

-Me voy a cazar pero necesito quien me lleve.-

-¿No preguntaste a alguno de los mecánicos a ver si se consiguen unos caballos?.-

-No... Había pensado en otra cosa.-

Tiempo más tarde un Potez 25 se pone en marcha, Ferro está sentado al comando en el puesto frontal mientras Peralta verifica la recámara de una carabina máuser que ha pedido prestada a un oficial de caballería. Colocándose el cinturón de munición en bandolera trepa al puesto trasero del avión y despegan, mientras la tarde continua en su lento avance hacia el encuentro con la noche.

Volando a baja altura sobre el monte el Potez va despertando la vida silvestre de la región con su estruendoso y raudo pasar, numerosas aves levantan vuelo y cruzan a los lados, algunos tatú carreta corren entre los pastizales pero no son buen blanco por lo que se les perdona la vida. Ferro va absorto en el vuelo y con la mirada atenta ante la posibilidad que la excursión de caza se vuelva un combate por la supervivencia, si es que algún boliviano ha tomado también esa ruta. Peralta con la culata de la carabina descansando en el muslo observa el terreno.

-¡Ahí!.-

Dice Peralta y volviéndose golpea a Ferro en la cabeza y le indica con una seña que vuele en círculos sobre las presas.

Tres ñandúes corren con sus largas zancadas haciendo constantes zig zag entre los arbustos.

Peralta asoma la carabina apoyándola sobre el lado izquierdo del fuselaje mientras Ferro describe un suave giro y pone el motor en ralentí para permitirle apuntar mejor.

Un disparo y el rebote del proyectil contra el suelo muy cerca del animal eleva una pequeña nube de polvo, luego dos disparos más y el último de estos da de lleno en la presa, provocando una nube de plumas y el bicho se desploma con rudeza en el suelo mientras los otros dos siguen corriendo, ajenos a la caída de su compañero.

Buen tiro y ahora es el turno de Ferro quien debe buscar un sitio apropiado para aterrizar y así poder recuperar la pieza.

Encuentra un claro relativamente cómodo a unos setecientos metros del lugar del impacto, éste es el momento más arriesgado por lo que Ferro queda abordo manteniendo el motor en marcha mientras Peralta corre en busca de la presa.

Al rato vuelve pero con las manos vacías, tiene aspecto de cansado y mucha tierra encima.

-¡¡Qué paso?!.-

Pregunta Ferro, gritando por encima del ruido del motor.

-¡Pesa mucho, lo pude arrastrar unos metros nomás, vení apagá esa cosa y dame una mano!.-

Arriesgándose a ser descubiertos por el enemigo y ser destruidos, o por los propios y ser castigados Ferro detiene la marcha y va en busca del bicho trayéndolo con dificultad hasta el avión, ahora el problema era dónde ponerlo, se dan cuenta que han dejado muchas cosas sin planear en ésta excursión de caza aérea.

Finalmente deciden que lo mejor es atarlo al costado del avión apoyado sobre la raíz del ala, lo anclan lo mejor que pueden con correas y cinturones y despegan para volver a Isla Poí.

Durante la noche una gran fogata se prepara y el manjar es degustado por varios pilotos de las escuadrillas de Potez y Fiat... Cena de camaradería.

10 de noviembre

La sequía que había ido en aumento durante los meses del invierno ahora recrudecía aún más con las altas temperaturas de la primavera, sólo con la llegada de la lluvia en el verano se podría aliviar la terriblemente seca región. Grandes trombas de polvo se levantan en Isla Poí haciendo más dificultosas las operaciones de la aviación, ni siquiera aquellos que ya han conocido estas condiciones el año anterior terminan de habituarse y la mayoría aún siente pavor cuando su avión comienza a agitarse en medio de la tormenta de viento y tierra.

Precisamente en este día una de esas tormentas azota con rudeza la polvorienta pista de Isla Poí. Ferro y otros pilotos se encuentran a resguardo del viento en la barraca semienterrada, a la cual le han clausurado la entrada con una chapa, en el interior y a la luz de un candelabro juegan a las cartas en medio de un aire viciado por el humo de los cigarros y el vaho de los cuerpos sudorosos que no han probado un baño en meses.

Por el camino que bordea la laguna un automóvil verde se aproxima bamboleándose a causa del viento y de los baches, en su interior viene un oficial del ejército enfundado en un capote y con la gorra metida hasta las orejas.

Al llegar junto a la carpa del puesto comando el oficial baja del vehículo y encuentra que está parcialmente derrumbada y flameando al viento, entonces se dirige hacia un refugio cercano donde un mecánico le indica donde están los pilotos. Caminando inclinado para contrarrestar el feroz vendaval alcanza por fin la barraca, corre con dificultad la chapa de la entrada, lo que

provoca que las cartas con las que los pilotos jugaban se vuelen llevadas por una tromba de polvo y basura despegada de los rincones, una gran cantidad de insultos junto con algunos objetos vuelan hacia la entrada en dirección a ese que ha venido a molestar, se preguntan quien puede ser tan imbécil de salirse de su refugio en medio de tamaña tormenta y que puede querer. Esta situación se prolonga ya que todos siguen gritando bestialidades, mientras se refriegan los ojos y sólo se ven interrumpidos cuando uno que logra enfocar la vista alcanza a divisar unas tiras de Capitán...

-¡Atención!.-

Los cinco personajes que habitan la morada se cuadran al tiempo que el aturdido oficial los excusa e indica que se sienten.

-Lamento haber interrumpido el juego y se que el momento no es el más propicio, pero la guerra no espera a que el mal tiempo pase... Vengo del Estado Mayor del General Estigarribia... El General solicita una misión de reconocimiento y me han indicado que acá están los pilotos más experimentados y que mejor conocen la zona en cuestión.-

Todos los presentes asienten ante el extraño halago. A continuación el Capitán puso al corriente a los pilotos acerca de informes que han llegado al comando de Estigarribia, que dan cuenta de supuestas brechas en el extenso frente boliviano que va desde Saavedra hasta Platanillos, el cual tiene un vértice pronunciado en un páramo denominado Campo Vía, que se encuentra a unas 25 millas al noroeste de Nanawa. Según estos informes allí sería el punto más débil de la línea y un excelente punto de partida para una acción de envolvimiento, que de salir como creen podría significar el fin de la guerra o al menos un excelente revés a los bolivianos.

Se decide entonces efectuar una misión de reconocimiento y la responsabilidad recae sobre la

Escuadrilla Los Indios, por poseer las aeronaves más adecuadas, rápidas y maniobrables. Ferro es el único que no ha volado en dos días y por ende el más descansado para llevar a cabo la misión, la cual supondrá una navegación al borde de la autonomía y al no contar con espacio para un observador deberá atender tanto la aeronave como la observación en sí. Demasiada carga de trabajo para un hombre agotado.

Ferro asiente sin más, nunca ha rehusado una misión y menos ésta que pareciera ser de lo más trascendental, tal vez sea el vuelo que lo lleve de una buena vez a los brazos de su anhelada mujer.

-Si... Pueblito tranquilo, rancho, mujer, perro... Con eso estoy hecho y con ésta salida puede ser que se acabe de una vez esta guerra.-

Ferro habla para sus adentros cuando es súbitamente traído de vuelta a la realidad por el Capitán, quien termina de darle las últimas directivas.

-Bien Teniente 1°... Así es la cosa, acá tiene el mapa con la zona a observar, anote todo lo que vea aunque no le parezca relevante, anote igual... Despegue ni bien pueda.-

Y así el tipo volvió a salir al vendaval mientras el resto sigue mirando azorado el mapa, al tiempo que lanzan todo tipo de conjeturas respecto a lo hablado.

Durante el resto del día la tormenta disminuye y aumenta en intensidad de manera aleatoria, deciden no lanzar la misión hasta el día siguiente a la espera de mejores condiciones.

Al amanecer el clima ha mejorado, aún así el viento se mantiene con intensidad y dirección variable, lo que hará más peligroso el despegue.

El Fiat CR20bis número 2 está ya estacionado y abastecido desde antes que despuntara el alba, junto a éste el mecánico encargado duerme apoyado contra el fuselaje mientras espera al piloto para darle el parte de novedades.

Ferro se lava la cara en una palangana de agua negra por la tierra, luego de secarse la cara le pega una sonora sorbida a un mate que le alcanza Hilario, un muchachito de catorce años, éste había aparecido en el campo de aviación después de Boquerón y fue adoptado por los pilotos como edecán y mascota, el chico era realmente muy trabajador y se encargaba de conseguir ropa limpia para los hombres, cebarles mate y limpiar las barracas.

Luego del aseo y el mate Ferro se abotona la camisa y se coloca los tiradores, encima de esto el capote de cuero, verifica el revolver y vuelve a enfundarlo, luego el mapa que le dio el Capitán va a parar al interior de la camisa, la gorra de vuelo en la mano y el paracaídas al hombro, está listo.

Al llegar junto al avión el mecánico se incorpora de un salto y comienza a darle el parte de novedades del avión, un montante roto allí, un tensor flojo allá, ésta bujía que falla y la bomba de vacío pinchada.

Ferro verifica las novedades y trepa a la cabina de mandos, asegurándose al asiento con los cinturones, al poner en marcha el mecánico retira los calzos de las ruedas y haciendo la venia despide al piloto que sale en busca de la verdad.

Rodando hacia la pista Ferro no deja de mirar ni un instante la manga que se agita alocadamente con el viento, la intensidad aumenta conforme pasan los minutos por lo que debe apurar el despegue, efectúa las últimas comprobaciones durante el rodaje para evitar detenerse y ni bien encara la pista aplica máxima potencia al Fiat.

Sacudones y tumbos en la carrera de despegue, por un instante duda acerca de quien tiene el control del aparato, una vez que las ruedas han dejado tierra firme el viento deja de ser una molestia y se transforma en un elevador que lo impulsa en un ascenso veloz.

Pone rumbo al sudeste reduciendo la potencia a crucero para economizar al máximo el combustible, al mirar hacia atrás ve por última vez Isla Poí envuelta en una bruma polvorienta, al

frente la tierra aún está cubierta por un manto de penumbra, detrás el sol comienza a surgir abrazando con sus rayos el monte en su lento trajinar hacia el oeste, hacia el ocaso.

Extrae la carta de navegación desplegándola en su regazo y comienza a buscar las referencias en el terreno, aún faltan algunas millas para alcanzar la línea del frente por lo que puede relajarse un poco y disfrutar del panorama.

-¡Ah! Como me gusta esto.-

Se dice para sí, de repente ha revivido esa sensación de gozo, de placer que había experimentado por primera vez en el Sahara, hace ya mucho tiempo. Nuevamente la soledad y el sobrecogimiento, el sentirse cerca de Dios y parte de su creación, el mundo se vuelve pequeño y mezquino allá abajo y arriba el cielo infinito y grandioso.

Debajo de sus planos se desliza el fortín Boquerón, entre los manchones de monte y las derruidas posiciones emerge un mástil con la bandera del Paraguay, ondeando orgullosa en el aire fresco de la mañana.

Arce aparece frente a sus ojos tiempo después, escenarios de batallas pasadas y dramas acontecidos apenas un año atrás. Recuerdos de hazañas y miserias asaltan la mente del aviador.

Aún restan poco más de veinte millas hasta Campo Vía donde iniciará su reconocimiento. Preventivamente y aprovechando que aún se encuentra en territorio propio decide verificar por última vez sus armas y alistarlas para el combate, tira bruscamente de las correderas y con un roce metálico los primeros cartuchos son engullidos por las recámaras, a esto siguen cortas ráfagas de tres disparos para verificar su funcionamiento. Armas listas y sin novedad.

Al dejar atrás las últimas posiciones que reconoce como propias Ferro siente que se interna en los avernos del demonio, sabe que más allá de esas trincheras rebosantes de tropa paraguaya se extiende una extensa tierra de nadie de límites indefinidos, allí las patrullas se entrecruzan y las escaramuzas son frecuentes, nadie es dueño y todos pretenden serlo, por decirlo de alguna

manera. Será la tarea de Ferro definir de una vez por todas que tan extensa es la línea boliviana en aquellos parajes.

Poco para ver, según sus cálculos de tiempo y velocidad y habiendo determinado la deriva producto del viento reinante está sobrevolando Campo Vía, marca con su lápiz graso una x en la carta y junto a ésta la hora. Su cabeza ahora oscila rítmicamente a un lado y al otro de la cabina buscando a tientas algún indicio de la presencia enemiga. Nada.

Sobrevuela Nanawa lo que inmediatamente le trae a la mente aquella mujer y más que nada el terrible sueño de la noche pasada, el paisaje es más o menos similar ya que las huellas de la batalla aún son claramente visibles incluso a cientos de metros por encima.

La calma aún es evidente en ésta parte del frente y son apenas unos atisbos de vida lo que se alcanza a apreciar, un solitario camión que serpenteaba por un camino, semioculto por el follaje se ve repentinamente alertado por el vuelo del Fiat y sin siquiera verificar si es propio o enemigo se zambulle a la banquina a la espera de no ser descubierto.

-Si no fueras paraguayo que mal que te iría en ésta mañana.-

Y al pensar esto una maliciosa sonrisa le brota de la comisura, agita pues sus alas en un intento de aliviar la tensión de aquellos pobres diablos y prosigue su camino.

Continúa con rumbo indirecto a Saavedra internándose más y más tras las líneas enemigas, el espeso bosque de follaje tupido y secos arbustos se extiende hasta dónde alcanza la vista. El sol ya ha levantado sus largos brazos de luz que ahuyentan los últimos atisbos de penumbra matinal, el calor ahora empieza a arreciar.

Su instinto lo llama poderosamente alertándolo acerca de la proximidad de Muñoz, allí hay un campo de aviación boliviano, de donde suelen partir las misiones de patrullaje que hostigan a lo largo del frente durante el día.

Una rápida ojeada a los instrumentos del motor, pocos pero precisos, la ampolla de aceite muestra una presión dentro de lo normal aunque la sangre del corcel está bastante licuada a causa de una temperatura cada vez mayor, las revoluciones se mantienen constantes y no hay atisbo de falla.

-¿Indicación de combustible?...¿Cuánto nos queda?.-

La pregunta sacude su mente y de inmediato obtiene la silente respuesta.

-Hum... Poco más de medio tanque...Tengo que ir pegando la vuelta ya.-

Según sus anotaciones estaría unas quince millas al norte de Saavedra, decide que ya a tentado demasiado a su destino y describiendo un giro cerrado pone proa al noroeste para sobrevolar el eje Saavedra Platanillos, así se internaría aun más en territorio enemigo y podría verificar su actividad, luego y si no tenía ningún contratiempo pondría rumbo directo a Isla Poí.

Un estrecho sendero esculpido en el monte serpentea en dirección a Platanillos, Ferro decide seguirlo y al poco tiempo divisa una pequeña columna de vehículos, dos blindados Vickers y tres camiones avanzan pesadamente por el tortuoso camino, hermoso blanco e inigualable oportunidad pero no debe delatar su existencia, mucho menos estando tan cerca de Muñoz, y con tan poco combustible y sin bombas. Será la próxima.

-¿Tiempo?... Son las nueve y diez.... Si ya es hora... Vamos a poner proa al 0 2 0...-

Su navegador mental, esa especie de ángel de la guarda con entrenamiento aeronáutico que le dicta que debe hacer y cuando debe hacerlo ha hablado, y mejor hacerle caso que hasta ahora no

ha fallado. Rumbo a Isla Poí y a rezar por que el combustible alcance.

-Ah esa encrucijada yo la conozco, es el camino que lleva a Toledo, si lo sigo entonces hacia el este me va a dejar justo en Isla Poí.-

Al hallarse nuevamente en terreno conocido y bajo dominio del ejército paraguayo el corazón vuelve a latir con normalidad. Un vistazo al indicador de combustible, la ampolla tiene la burbuja de aire peligrosamente grande y apenas un poco de nafta en el fondo, la reserva está empezando a cubrir las necesidades del Fiat, pero no podrá ser así por mucho tiempo.

Los minutos transcurren y ahora el viento que arrecia desde el sudoeste ayuda al avance pero lo desplaza a la izquierda, Ferro lucha para mantenerse en curso y comienza a dudar si llegará con lo que le queda en el tanque.

-mmm... Burbuja de mierda estás cada vez más grande.-

Gruñe entre dientes y luego de mirarla comienza a sentir que el motor está fallando, un sonido extraño apenas audible, sabe que no puede confiar en sus oídos que han estado expuestos al ruido constante del motor durante horas, sin embargo la duda lo asalta y aguza sus sentidos en busca de la temida falla, sus ojos ahora se postran en el tacómetro esperando alguna revelación. Sigue clavado en dos mil quinientas vueltas.

-Poí... ¡Donde está Poí ya es hora carajo!-

Está sólo en la cabina, pero si alguien pudiera verlo no podría darse cuenta de la desesperación que se apodera de su mente haciéndole pensar todas esas cosas, sus labios contraídos, su mirada severa danzando rítmicamente de un instrumento a otro, es la viva expresión del piloto

profesional que sabe exactamente que esperar y no duda ni un instante de lo que hace. Sin embargo...

-¡Ay!... Me voy a quedar corto, mejor empiezo a buscar a donde tirarme.-

No hay donde, todo es matorral y terreno ondulado, ni cien metros de llano para poder aterrizar sin destruirse en segundos. Mejor llegar de una vez.

Ahora si... Allá a lo lejos parece que es la laguna. Ahora un manchón terroso, las carpas, abajo las columnas de tropa que marchan hacia el sur.

-¡SI, LA VILLA MILITAR AL FIN!-

De pronto caen quinientas vueltas como si le hubieran bajado un pistón, súbitamente vuelven como si recordaran que aún tienen que estar allí, y otra vez vuelven a caer. El combustible se acaba y la ampolla indicadora solo muestra una pequeña gota de nafta.

Da máxima potencia y comienza a ganar altura, preferible que se le acabe antes pero con un margen para poder planear hasta la pista.

Alcanza los mil ochocientos metros y ya con el campo de aviación a la vista el motor deja de trabajar.

El Fiat desciende suavemente con la hélice rasgando el aire en su lento girar, apenas movida por el viento. Ferro ejecuta el descenso encarando directamente a la cabecera que tiene al frente.

Ya está cerca y el margen cada vez es más estrecho, ahora que está más cerca del suelo el viento comienza a fastidiar una vez más, lo ladea, lo eleva y lo suelta dejándolo caer. Errático planeo hacia la pista y con la velocidad cada vez más cercana a la pérdida traspone la línea de árboles

que se alza frente al campo. Ferro tira del bastón hacia atrás y apretando los dientes espera el impacto.

El toque es violento y el Fiat comienza a ladearse contenido por el oportuno pedaleo del piloto, luego de recorrer así unos doscientos metros por fin se detiene, ya con la hélice quieta.

Por un instante Ferro queda sentado, la cabeza echada hacia atrás contemplando el cielo apenas moteado con unas pinceladas de nubes blancas, deshilachadas por el viento en altura.

Respira profundo sabiendo que puede hacerlo solo porque Dios se lo ha permitido una vez más, al menos por hoy... Mañana será otro día.



CHACO

SUDOR Y SANGRE



*No se pierda los últimos capítulos de esta historia!
a partir del día **lunes 18 de Noviembre.**
únicamente en*





CAPITULO VIII

Tentando al Halcón

Las misiones de reconocimiento aéreo y las patrullas que habían sido enviadas por Estigarribia, para encontrar un punto débil en las líneas bolivianas habían rendido sus frutos, en Campo Vía eran evidentes las brechas y en algunos casos varias decenas de kilómetros estaban guardadas por apenas una compañía o menos.

Estigarribia concentró sus fuerzas con el mayor sigilo y para el 3 de diciembre de 1933 desató una doble maniobra envolvente, la cual rodeó rápidamente a las Divisiones 4ta y 9na del Ejército Boliviano.

El factor sorpresa jugó a favor, al igual que la lentitud del General Kundt para reaccionar al embate. Los pilotos de reconocimiento, quienes traían graves informes acerca de grandes concentraciones de medios del enemigo en la retaguardia de Campo Vía, fueron tildados de alarmistas y poco precisos.

Kundt, convencido que los paraguayos no estaban en condiciones de montar una ofensiva a escala en un frente amplio, demoró de manera desesperante cualquier decisión para

contrarrestar el asalto.

El 10 de diciembre finalmente contraatacó para tratar de salvar algo de sus fuerzas atrapadas en la bolsa de Campo Vía, pero la coordinación del apoyo aéreo necesario fue inexistente y los bombardeos dieron en sus propias tropas en muchas ocasiones. El 11 de diciembre las dos divisiones bolivianas se rindieron, tras una lucha desesperada contra el acorralamiento y el desconcierto.

El saldo de éste terrible desastre fue de más de dos mil seiscientos muertos y alrededor de siete mil quinientos prisioneros, por lo que de un sólo golpe el Ejército Boliviano había pasado a estar en una situación de parálisis total. Para el Paraguay no sólo significó la mayor victoria obtenida desde el inicio de la guerra sino además la fuente de un enorme botín, ocho mil fusiles, quinientas treinta y seis ametralladoras, veinticinco morteros y veinte piezas de artillería además de un frondoso parque de munición. Un regalo de Dios que permitiría a Estigarribia seguir combatiendo sin tener que pedir más a las vapuleadas arcas de Asunción.

Kundt fue relevado y en su reemplazo se designó un Coronel de apellido Peñaranda quien fue inmediatamente ascendido a Brigadier General, en sus manos quedó la difícil misión de replegar los restos del ejército para ponerlo a resguardo al otro lado del desierto y mucho más cerca de las líneas de abastecimiento. Ahora la retirada dejaba un basto terreno que se interponía en el camino de Estigarribia hacia la victoria definitiva, estaba claro que los bolivianos habían sufrido pero no estaban derrotados.

Para comienzos de 1934 Platanillos, Camacho, Saavedra y Muñoz caían en poder paraguayo y el avance paralelo al Pilcomayo, bajo el tórrido clima estival, alejó a las agotadas divisiones de Estigarribia de sus propias líneas de abastecimiento, en cuestión de tiempo el paso fue cada vez más aletargado hasta detenerse por completo, mientras los bolivianos ganaban tiempo y lograban consolidar una línea defensiva en el Chaco Central. La función se repetía con los roles invertidos.

25 de diciembre

Una Navidad más, la segunda en ésta contienda y por algún motivo ya no es una fecha tan sentida como lo había sido la anterior. Muchos ven tan lejos el final de la guerra que para nada los defrauda el hecho de no poder retornar a sus hogares para estas fiestas.

Ferro tiene una frustración similar, es otra Navidad sin tener a su lado a Candelaria y esto ya lo ha fastidiado a tal punto que no consiguió sentarse a escribir una respuesta a la carta enviada por ella desde algún punto cercano a Campo Vía, donde su hospital de campaña había sido trasladado.

Al llegar la Noche Buena y luego de los oficios religiosos, una multitud de pilotos y mecánicos se reúne en torno a una fogata, dónde tristes tonadas salidas de una guitarra destemplada rasgan en pedazos sus corazones. En la penumbra algunos de ellos rompen en silencioso llanto, contenido a duras penas.

Luego del desastre de Campo Vía los bolivianos desandan sus pasos, retornando al punto de partida desde el cual se inició la ofensiva de 1932. Las columnas de tropas desgastadas y raídas se desplazan lentamente por los caminos que conducen hacia el noroeste. Saavedra ha caído en manos paraguayas y los que escaparon ahora llegan a Muñoz, donde un sorprendido grupo de aviadores aún espera ordenes junto a sus máquinas. El improvisado campamento ha sido levantado junto a la pista, allí se amontonan los heridos que esperan asistencia así como el resto de los soldados, muchos de ellos sin mando al cual responder, pululan por los alrededores como vagabundos en busca de algo para comer.

Entre los aviadores se encuentra el Mayor Rafael Pabón, uno de los más sobresalientes pilotos del servicio de aviación Boliviano. Parado con los brazos en jarra y esa mirada severa de halcón furibundo, que ya es un rasgo característico en él, observa el cuadro de la derrota y una maldición

brota incontenible de sus labios. Azota sus guantes de cuero contra la palma de la mano y se dirige con paso decidido hacia un Capitán de Infantería, que se encuentra comiendo con avidez un hediondo guiso caldeado en una lata.

-¿Cuánto tiempo hace que Saavedra cayó?-

El capitán levanta la cabeza con la boca chorreando caldo y con el buche lleno le contesta.

-Ayer por la tarde... Marchamos toda la noche para llegar acá. Tengo ordenes de seguir hasta Ballavian y de ahí y si no nos morimos antes vamos para el fortín de Cañada.-

-O sea que abandonamos Muñoz...-

Concluye con lógica Pabón. Entonces da media vuelta y dejando al voraz Capitán a sus espaldas se dirige a sus pilotos, quienes lo esperan junto a los Curtiss Hawk que están en apresto.

-Señores... Nos vamos porque en cualquier momento este lugar cae, agarren todo lo que sea indispensable, ahora voy a telegrafiar a Villa Montes para que manden un Junkers, lo que no podamos llevar con nosotros lo cargamos ahí.-

Todos asienten y sin perder un segundo se dispersan para preparar la evacuación, el paso acelerado de los aviadores contrasta de manera evidente con la resignada calma de los infantes. Pocas horas más tarde una pila de material, herramientas y bagajes, queda a un costado de la pista para ser cargada luego en el Junkers. Los Curtiss Osprey y Hawks ya se ponen en marcha y ante la mirada atónita de los soldados harapientos se elevan en un abrir y cerrar de ojos, y parten

hacia su nuevo nido que será Ballavian. Tiempo más tarde tendrían que volver a replegarse, ésta vez a Villa Montes desde dónde conducirían las operaciones durante el resto de la guerra.

Con las líneas de abastecimiento severamente estiradas, tras la agónica marcha siguiendo los pasos del ejército boliviano en retirada, el avance paraguayo comenzó a dilatarse y siendo cada vez más lento y dificultoso, en parte por la naturaleza inhóspita del terreno, terminó por detenerse, al tiempo que los bolivianos se reagrupaban y preparaban la defensa en Ballivián y el Chaco Central. En Mayo de 1934 el Coronel Bilbao Roja, quien había dejado el mando del servicio de aviación al Teniente Coronel Jordán, se había hecho cargo del Cuerpo de Ejército que tendría la difícil misión de resistir la inminente embestida enemiga. Inició entonces una maniobra envolvente, empleando la Segunda División con la intención de rodear y cortar la avanzada paraguaya en un punto conocido como la plaza fuerte de Cañada, ubicada en el Chaco Central. Los Paraguayos lograron salirse de la bolsa en la que habían caído, al costo de quinientas bajas y más de mil quinientos prisioneros. Fue la mayor victoria boliviana de la guerra y significó un hito en la carrera de Bilbao Roja, consagrándolo como el mejor comandante terrestre, sumado a su reputación como comandante de aviación.

18 de junio

El recientemente ascendido Capitán Isidoro Jara camina hacia Ferro, que como es usual cuando no está de servicio dormita como un reptil, bajo la sombra de un alero cercano a la pista.

Al llegar junto a él lo encuentra ensimismado y de mal talante, con el mugriento sombrero de pana echado hacia atrás y la mirada severa clavada en el horizonte.

-Juan... Te tengo novedades.-

Ferro no contesta, tan sólo mira de soslayo a Jara, quien se encuentra parado observándolo con una expresión de felicidad.

-Te reasignaron a nosotros, es orden de Estigarribia... Cuando le dijimos que necesitábamos pilotos para poder rotar y descansar él preguntó por los de la Escuadrilla Los Indios... Ruffinelli no quiso aflojar a nadie y menos a vos, pero al final insistimos tanto que Estigarribia firmó tu transferencia... ¡Volvés a los Potez hermano!.-

La mirada de Ferro cambia en su brillo, volver a los Potez, volver a la lucha, no más andar correteando por los cielos en busca de una pelea que nunca se presenta, no más esperar en vano una salida... No más aletargarse al sol.

-Bueno... Volveremos a cabalgar la tierra entonces.-

Contesta al tiempo que se incorpora de un salto y tras estrechar la mano de Isidoro se encamina hacia la tienda de campaña del cuartel de operaciones, está listo para empezar cuando se lo ordenen.

La orden llega esa misma tarde, ya que es el único piloto que no ha salido en misión en los últimos días. La tarea es sencilla y hartamente conocida por cualquier piloto con algo de experiencia. Misión de reconocimiento, ésta vez el escenario será Camino V, El Carmen y para terminar una furtiva ojeada a la plaza fuerte de Cañada.

El Potez 25 N° 15 espera en la línea de vuelo, es una de las aeronaves más nuevas ya que pertenece al lote de reemplazos que se adquirió durante el quiebre de las hostilidades a principios de 1933.

La pintura apenas mellada por el paso del tiempo y la arenisca del desierto, un motor noble y aún obediente a las exigencias de su amo. Carga completa de combustible y con el mapa de la región a explorar doblado apresuradamente Ferro se encamina hacia su aparato.

Allí dos hombres lo esperan, el mecánico gordo y grasiento que dará pala al Potez y su artillero, Capitán Job Von Zastrow un alemán fornido, severo y de un humor bastante apagado, quien se ha ganado la reputación de buen tirador.

El Capitán saluda con la venia a Ferro quien corresponde cuadrándose y saludando a su vez, luego ambos trepan a sus puestos al tiempo que el mecánico se arrima a la hélice.

Puesta en marcha y bajo el poderoso destello del sol, el Potez se eleva para iniciar el largo itinerario. El viento esta calmo por lo que no entorpecerá la navegación.

Bajo los planos se despliega el árido paisaje del Chaco Central, ni monte, ni arbustos, ni nada, sólo un páramo seco y marchito por el sol, apenas unas solitarias matas de vegetación achaparrada y vapuleada por el clima duro e inmisericorde. Un lugar dejado de la mano de Dios, tal vez tocado por la tosca y terrible garra de Lucifer.

El terreno comienza a hacerse menos inhóspito al surgir una vegetación un tanto más frondosa, el suelo es más ondulante y elevado, las faldas de la precordillera. Luego de haber sobrevolado El Carmen y cuando se dirigían a Cañada un destello deslumbra por un instante a Zastrow, al enfocar la mirada divisa un Curtiss Hawk que vuela más alto que ellos y que comienza a describir un viraje para ponerse en posición de ataque, es evidente que los han visto. Ferro también ha detectado al adversario y de inmediato comienza a descender, tratando de ganar velocidad y aumentar la brecha entre ambos aviones.

Rafael Pabón va a los mandos del Curtiss Hawk, desde las alturas observa al Potez como intenta escabullirse de sus garras, al encararlo y descender con una increíble velocidad acorta distancias

vertiginosamente. Su rostro se contrae y su mirada se torna severa e incandescente, al fin puede desquitarse después de tanto tiempo esperando la oportunidad, ésta vez no se le va a escapar.

Se coloca detrás y comienza a corregir el tiro, lanzando ráfagas cortas y medidas contra el Potez. Zastrow responde con las Madsen, cubriendo la retirada con un abanico de fuego que obliga a Pabón a tomar recaudos y a corcovear para evadirlo.

El Hawk ya está muy cerca, Pabón puede ver claramente a los tripulantes del Potez, casi puede sentir sus corazones latir con violencia. En ese instante y cuando ya estaba a punto de sacudirlos con una ráfaga, el Potez efectúa un impresionante viraje escarpado por derecha, seguido de una volcada que lo precipita en un violento descenso, inician la dificultosa galopada a ras del suelo. Pabón viendo una vez más que está a punto de perder su oportunidad, vira enfurecido para continuar la persecución.

Ferro despliega toda la batería de trucos conocidos y por conocer, hasta el último conejo emerge de su mágica galera aeronáutica. Corcoveos, súbitos cambios de actitud y velocidad, mientras Zastrow dispara una y otra vez sin poder hacer buena puntería con tantos sacudones.

Viendo que no puede sacarle ventaja al Hawk, el cual tiene una velocidad por demás mayor a la de su Potez, Ferro intenta una maniobra azarosa que ya ha funcionado alguna vez.

Brusca reducción de potencia, palanca atrás en forma progresiva y el velocímetro comienza a caer hasta el borde de la pérdida de sustentación. Pabón que venía con máxima velocidad se da cuenta de la maniobra y nada puede hacer, reduce potencia pero la velocidad de pérdida del Hawk es mayor y quedando peligrosamente expuesto a las ametralladoras traseras del Potez intenta maniobrar para no sobrepasarlo. Siente entonces el infame siseo de los proyectiles que pasan a ambos lados del Hawk, el cual está en una peligrosa actitud nariz arriba lo cual le impide apuntar.

Potencia a plena y ascenso, el Hawk se separa y trepa al tiempo que Pabón grita con furia mirando hacia abajo donde el Potez reptaba como una alimaña. Su tan anhelada segunda victoria aérea se le está escapado una vez más.

Un intento y otro y otro más, cada vez que lo tiene a tiro el Potez se le espanta como un caballo loco y en la última tocó un arbusto con las ruedas, por poco no terminó en el suelo.

Cansado y fastidiado Pabón saluda con un forzado gesto caballeresco a su escurridizo contrincante y vira para poner proa a su base.

Ferro viéndose liberado por su perseguidor puede ahora aflojarle las riendas a su Potez e iniciar el retorno a Isla Poí, un largo viaje que de no reducir el consumo de combustible jamás podría completar.

26 de junio

Muchas caras nuevas en Poí, algunas de estas pertenecen a jóvenes que fueron alumnos de Ferro cuando éste era instructor de vuelo. Sonrientes, llenos de ímpetu y un coraje rayano en la estupidez típicamente juvenil, contrastan con los aguerridos rostros veteranos de aquellos que llevan un año o más en este baile. También los atuendos marcan la diferencia, uniformes verde olivos nuevos y capotes y gorras de cuero que aún no están ajados por el azote inmisericorde del sol.

En una ronda bulliciosa los cuatro tenientes vociferan y se ríen a pocos metros de la tienda de campaña, donde se llevará a cabo la reunión para delinear la misión que se le ha impuesto a la escuadrilla, y que en esta ocasión será liderada por Ferro. Es la primera vez que asume el mando de una formación en combate y la primera que vuela sin la compañía de veteranos, sólo tendrá a Job Von Zastrow como artillero.

Ferro se aproxima a los otros aviadores con paso decidido, la gorra de vuelo y guantes en una mano, la pipa humeante apretada por la mandíbula y un aire rutinario en su manera de caminar y de actuar. Algunos pasos mas atrás el Capitán Von Zastrow marcha con su portentoso aspecto prusiano.

-Buenos días caballeros.-

Los tenientes se cuadran al escuchar el saludo y contestan al unísono, la pausa silenciosa da tiempo al alemán a llegar y saludar también a los presentes, luego los seis se encaminan a la tienda para instruirse acerca de la misión.

-Bien... El blanco de hoy será la fortificación de Cañada, como ya saben allí los bolivianos han establecido el punto fuerte de la línea defensiva en el Chaco Central, El General Estigarribia quiere romper en este punto porque así se cree que toda la línea vacilará y entonces una maniobra envolvente puede ser llevada a cabo.-

El ambiente ha pasado a ser sombrío y serio, los muchachos con los ojos clavados en Ferro lo escuchan con respetuoso silencio, las bromas han quedado afuera, flotando al viento.

-La escuadrilla forma así: N° 15 a la cabeza conmigo y el Capitán Von Zastrow como mi artillero.-

Job hace un ademán con la cabeza como dando el visto bueno.

-N° 11 Teniente 2° Osvaldo Salerno Netto y Teniente 2° Alejandrino Martínez, por último el N° 5 con el Teniente 2° Arsenio Vaesken y el Teniente 2° Cesar Corvalán Doria.-

Un leve murmullo se levanta interrumpido inmediatamente por las últimas indicaciones.

-El viaje es largo por lo que cuidar el consumo de carburante es primordial, vigilen permanentemente el motor, si falla o se recalienta por demás retornen, pero no deslastren las bombas hasta no haberse alejado del resto, no deben delatar nuestra posición. Mantengan la formación y no se separen ni por un instante, los cazas bolivianos nos acecharán pero no se van a acercar si estamos formados, son como pumas y sólo arremeten ante presas solitarias. Si esto pasa péguense al suelo y regresen... ¿Preguntas?-

Nadie emite sonido, aunque por las expresiones de sus rostros es evidente que están llenos de incertidumbres incontestables como ser: “¿Cómo me voy a dar cuenta si se recalienta demasiado?”; “¿Qué es demasiado para este tipo?”; “¿Voy a poder volver?”.

-Bien señores... A los aviones.-

Los seis aviadores caminan hacia la línea donde los tres Potez 25 esperan, cada uno de ellos con uno o dos mecánicos a su alrededor que están cumpliendo con los últimos ajustes. Las bombas ya están ancladas bajo los planos y los armeros están terminando de montar las espoletas.

Al llegar junto a los aparatos Ferro les llama la atención y descubriéndose la cabeza baja su mirada al suelo, invitando a unirse al rezo. Inmediatamente todos lo imitan y arrodillándose a su alrededor esperan las palabras de consuelo.

-Virgen Madre de Dios, protege a tus siervos soldados, guíanos en nuestra ruta y abraza nuestras almas, si al llamado del Altísimo tuviéramos que responder en éste día...-

Elevando entonces la mirada al cielo pronuncia:

-Amen.-

El coro de los otros cinco repite y luego aquel grito estruendoso que da bríos a aquellos temerosos corazones.

-¡Viva el Paraguay!-

La actividad frenética se desata, corren presurosos junto a los aviones donde se alistan y trepan a las cabinas, en ese instante Ferro ve a al Teniente Martínez, el cual lucha denodadamente por ajustarse los arneses del paracaídas, con mano temblorosa y entorpecida por el nerviosismo que lo domina. Con la pipa entre los dientes y los ojos entrecerrados por el humo se acerca al muchacho para darle una mano y ahorrarle el trastorno, éste se entrega a la ayuda con resignación, recibe una palmada afectuosa y la sonrisa de Ferro es correspondida con un agradecimiento sin palabras.

Los motores se ponen en marcha uno tras otro, los mecánicos se hacen a un lado, un armero retira su caja de herramientas a toda prisa, olvidada bajo uno de los planos, los pulgares arriba indicando estar en condiciones, el N°15 es el primero en comenzar a rodar seguido por los demás en su errático camino hacia la pista.

El cielo despejado de un celeste empalidecido por el sol, la brisa cálida barre el suelo levantando pequeñas trombas de polvo, la mañana que avanza lentamente como adormecida por el calor. Los tres aviones levantan vuelo perezosamente a causa del peso que acarrearán y comienzan a elevarse, dirigiendo sus morros hacia el noroeste, hacia Cañada.

Formación en V invertida, con una separación un poco más amplia de lo usual para que los pilotos no se vean abrumados intentando mantenerla, de cuando en cuando uno de los que forman a los lados de Ferro se abre involuntariamente pero corrige en cuanto nota el error.

Próximos al blanco, al frente las columnas de humo y algunas explosiones ya son visibles sobre el terreno, es la Segunda División Paraguaya la que está luchando por salirse de una terrible emboscada en la que han quedado encerrados por los bolivianos. Hay blancos por doquier, tropas levemente atrincheradas, nidos de ametralladoras, vehículos y tiendas de campaña.

En eso Von Zastrow detecta unos destellos al norte, son dos aparatos presumiblemente bolivianos que se aproximan pero aún están lo suficientemente lejos como para poder efectuar la corrida de bombardeo sin ser molestados.

Ferro mira a ambos lados, alza la mano derecha y apunta con el índice hacia el suelo agitándolo de arriba hacia abajo tres veces, luego reduce potencia e inicia la picada viendo como los otros dos aviones lo imitan como espejos.

El morro del avión apuntando hacia el suelo, donde el enemigo hormiguea aterrado por el inminente ataque. Rápidamente centra la mira de tiro de las ametralladoras en un manchón difuso, que parece ser unas tiendas o redes de enmascaramiento. El viento sisea y chilla al rozar los cables y montantes de las alas, la estructura gime y se resiente por el esfuerzo, el motor embalado grita como un indio en plena carga.

Los dientes de Ferro aprietan la boquilla de la pipa apagada desde hace rato, el suelo cada vez más cercano comienza a llenarse de formas más y más nítidas. Tira de la manivela para liberar la carga y con un gran esfuerzo logra enderezar el aparato a escasos treinta metros del suelo. Siente detrás las estruendosas explosiones y el tableteo de las Madsen de Job que escupen fuego cubriendo la retirada y el posterior ascenso.

Viraje suave por izquierda en ascenso, Ferro comienza a buscar por todos lados a sus compañeros, los perdió de vista durante el ataque.

Allí están y lo han visto pues comienzan a virar para acercársele y volver a formar, mientras en tierra se ha desencadenado un infierno, feroces explosiones y cientos de hombres corren bajo la tormenta de fuego. Ahora los dos pares de ojos a bordo del Potez escrutan afanosamente el cielo, en busca de aquellos aviones avistados antes del ataque.

El avión de Netto hace evasivas, detrás va un Curtiss Osprey que le hace fuego sin cesar, el Teniente Vaesken es quien se lanza en su auxilio por lo que de momento Ferro se ve liberado para poder buscar al otro caza boliviano, el cual se ha perdido misteriosamente.

Las Madsen de Job vuelven a tabletear, Ferro se vuelve casi como un búho y alcanza a ver al Curtiss Hawk que lo acecha disparando con furia, vista al frente y con un severo taconazo al pedal acompañado con el bastón el Potez se enrosca como una serpiente furibunda. El Hawk sigue de largo en su trayectoria y asciende para poder conservar la ventaja. Visión fugaz del cazador boliviano montado en su bruñido Curtiss Hawk color plata con el carenado del motor en rojo encarnado, la bandera en el timón y un número, el cuarenta, en enormes caracteres negros, todos esos colores y formas se funden en un calidoscopio producto de la velocidad y el vértigo de las maniobras.

Un quiebre en la refriega, los Curtiss están tomando altura y le dan tiempo a Ferro y su escuadrilla para reagruparse, rápidamente y ya con rumbo a Isla Poí los tres Potez vuelven a formar en V invertida, los tres pares de Madsen cubren con trayectorias de tiro cruzadas la retaguardia de la formación. A pesar de esta espinosa defensa el enemigo no cesa en su intento por borrarlos del cielo, arremeten otra vez, ahora desde atrás y arriba cruzando la formación en diagonal, disparan largas ráfagas pero lo hacen a distancia amedrentados por la respuesta de los artilleros y no consiguen hacer blanco.

El Mayor Pabón a bordo de su Curtiss Hawk N° 40 no puede dar crédito a sus ojos, se le escapan una vez más, por un momento mira al Teniente José Chacón quien vuela en el Osprey a su izquierda, ambos tuvieron la oportunidad de derribarlos cuando aún no se habían reagrupado, ambos perdieron esa oportunidad, ahora sencillamente no pueden acercarse sin quedar a merced de las ametralladoras traseras de los Potez, dos orificios en el carenado del motor refuerzan la idea.

Todo esto cruza por la mente del aviador, aturdido por el ensordecedor rugido del motor,

envuelto por la cúpula invisible del viento que barre su cabina, la mirada clavada en esos tres puntos negros que se alejan a baja altura. Al volver a mirar a su izquierda nota que Chacón lo está observando, como esperando una directiva. El Hawk vira cerrado por derecha para encarar el retorno, esto es respuesta suficiente.

La llegada a Isla Poí de la escuadrilla es la usual, el recibimiento el de costumbre, los mecánicos que se arriman a cada uno de los aviones para inspeccionar los daños y diagnosticar posibles reparaciones. El pequeño Hilario que ya se arrima, bamboleando un balde con agua fresca y varios jarros de metal colgando del borde. Algunos metros más allá Rufinelli, Jara y Peralta los observan con apatía desde la cómoda sombra del alero, donde se aletargan las tripulaciones en descanso.

En Villa Montes han descendido los Curtiss que lucharon por detener la arremetida paraguaya contra Cañada, Pabón desciende de un salto y tras quitarse los guantes recibe de manos de un Cabo una jarra de agua fresca para mitigar la sed, en eso se acercan dos de sus pilotos quienes le dan la bienvenida y le hacen una interesante oferta.

-Señor... Nos vamos al vivac del Primer Cuerpo, a ver a la Trimotora... ¿Viene?.-

Pabón aún con un fastidio atroz se los queda viendo con los ojos asomando sobre el borde del jarro, mientras vuelca su contenido de un solo trago. La Trimotora ya es una leyenda en el Ejército Boliviano, conocida también como la Comandante del Destacamento L, cuya misión es la de levantar la moral de los Jefes, Oficiales y eventualmente la tropa. El Destacamento L cuenta con un cuadro de trece prostitutas, orquestadas por ésta mujer que ha sido bautizada así en honor a los Junkers, ya que es una mujer de una corpulencia increíble.

-Si... Me merezco que la Trimotora me reviente a golpes después de lo que me he perdido hoy.-

Risas soltadas con estridencia, frotándose las manos como si fueran a disfrutar de un banquete

los tres pilotos se encaminan a un coche, el cual los llevará por tortuosos senderos hasta los cuarteles del Destacamento L.

Al día siguiente se ordena formar a los pilotos de la escuadrilla de Potez. Un edecán del Estado Mayor de Estigarribia que había venido especialmente a Isla Poí para la ocasión pasa a dar lectura del comunicado.

-Mención de la Aviación Militar en Campaña número doscientos noventa:

A la acción llevada a cabo en el día veintiséis de junio de 1934, en la cual una formación de ataque de nuestra Aviación Militar hostigó al enemigo, permitiendo a nuestras tropas replegarse hacia una posición más ventajosa desde la cual pudieron continuar combatiendo.-

Luego de la escueta lectura el edecán hace la venia a los presentes y se retira al tiempo que la orden de romper formación resuena como un trueno en el amanecer chaqueño.

8 de julio

Aún reina la oscuridad en Isla Poí, una calma somnolienta cubre con su piadoso manto las carpas y barracas semienterradas donde las tripulaciones duermen profundamente. Un sargento las recorre con la misión de quebrar esa paz, como un hada barbuda y maloliente corre cada cortinón y cada chapa que cubren las entradas para ingresar y despertar a los durmientes. Han ordenado una salida al amanecer y los hombres deben estar listos antes del primer rayo de luz matinal.

Al cabo de un rato las espectrales figuras comienzan a emerger tambaleantes de sus moradas, los primeros murmullos se elevan en la brisa fresca. Hilario, quien se ha despertado antes que todos, ya está trabajando en encender una pila de yesca con la cual poder calentar el agua para el mate.

El pequeño penacho de humo que produce actúa como aglutinante para los aviadores, que comienzan a reunirse entorno a ésta aún entre bostezos y lamentos por un sueño prematuramente interrumpido.

Finalmente todos están reunidos junto al fuego, dos mates humeantes cebados con pericia por el muchacho circulan entre las manos mugrientas de los aviadores. Todos los que han de participar en la misión se encuentran allí y es por esto que las instrucciones se dan en ese ámbito distendido y no en la tienda como es usual.

El Capitán Isidoro Jara se encuentra de pie, el resto sentados en semicírculo lo observan atentamente a la espera de su exposición, Jara comandará la escuadrilla de cuatro aviones, piloteando el N° 13 con el Teniente 2° Fabio Martínez como artillero, en el N° 15 la dupla Ferro; Von Zastrow, el N° 5 con Vaesken y Corvalán Doria y por último el N° 10 piloteado por un voluntario uruguayo llamado Luis Tuya, con Alejandrino Martínez como artillero.

Jara viendo ya reunidos a todos sus hombres carraspea la garganta a modo de preludio, inmediatamente todas las miradas se posan en él, hasta la de Hilario, el cual detiene la abollada y ennegrecida pava a centímetros del mate. La figura del líder, de pie y con los brazos en jarra, la bufanda de seda anudada al cuello y con el resplandor de la fogata que le da un tinte amarillento a su silueta portentosa.

-Caballeros, anoche recibimos un mensaje del Estado Mayor de Estigarribia solicitándonos el llevar a cabo una importante y delicada misión, ésta puede suponer un vuelco crucial en el desarrollo de la campaña.-

-Como sabrán en Cañada nuestras tropas cayeron en una feroz emboscada y perdimos la iniciativa que habíamos mantenido desde Campo Vía, ahora nos toca recuperarla y por ello vamos a golpear otro punto fuerte boliviano, esta vez más al sur. Aquellos que han volado en reconocimiento saben lo que significa Ballavian.-

Algunos de los presentes, entre ellos Ferro, asienten ante la relevancia de aquel nombre. Fortín Ballavian es una impresionante fortaleza con una guarnición de diecinueve mil hombres, además de ser centro neurálgico para el abastecimiento de la línea defensiva boliviana, allí cerca de doscientos vehículos de transporte cargan pertrechos llegados desde la retaguardia por vía aérea, ya que además cuenta con una pista de aterrizaje donde los tres Junkers JU-52 llevan adelante un puente aéreo diario.

-La base aérea de Ballavian cuenta con un destacamento de al menos ocho Curtiss Osprey para defensa, aunque se cree que estos suelen montar patrullas hacia el norte con la intención de cazar a nuestros aviones de reconocimiento.-

Ferro se pone de pie en ese instante en que Jara hacía una pausa en la exposición, entonces da su punto de vista respecto a como llevar adelante el ataque. A lo lejos se siente el bullicio de los mecánicos y armeros que están trabajando afanosamente en la puesta a punto de los Potez. Como luciérnagas bailando en la noche, las linternas oscilan en torno a los aviones inmersos en la profunda oscuridad.

-La sorpresa va a ser vital, vamos a estar saliendo mucho antes de lo usual, por lo que probablemente no encontremos oposición en el aire hasta el momento mismo del ataque. Volaremos alto hasta Platanillos, de ahí en adelante vamos a descender a mil pies y mantendremos ésta altura hasta tener Ballavian a la vista, a la que le entraremos con quinientos pies. Una vez lanzada la carga ascendemos y formamos.-

Jara retoma la palabra indicando las prioridades en los blancos, a ésta altura varios de los aviadores han encendido cigarros y algunos comienzan a ponerse inquietos. Ferro aprovecha para reencender la pipa.

-El blanco principal serán los aviones y vehículos estacionados, siguiendo con los depósitos e instalaciones cercanas, la idea de este ataque es entorpecer el abastecimiento y disminuir la capacidad aérea boliviana, el fortín es un blanco demasiado duro como para malgastar nuestro escaso poder de fuego en él. Sean precavidos en el ametrallamiento, ahorren munición para un eventual encuentro con los cazas bolis.-

Terminada la exposición, los pilotos y artilleros comienzan a alistar su impedimenta, a la vez que apuran los últimos bocados del magro desayuno empujados por un sorbo de mate. Pronto todos están ya de pie, ajustando sus cinturones y correas, colocándose las gorras de vuelo y verificando los cartuchos de las armas de puño, así como las granadas de humo que son colocadas en las cañas de las botas.

Los ocho caminan a paso firme hacia la línea de aviones, distante unos cien metros de donde se llevó a cabo la reunión, silentes y ensimismados, el único rumor audible es el del tintineo de las hebillas y el áspero arrastrar de las suelas en la gravilla del suelo. Al este el firmamento negruzco de la noche se diluye en una paleta de tonos azulados, más claros sobre la línea del horizonte. El amanecer está próximo.

Junto a los aparatos los mecánicos, linterna en mano, asisten a las tripulaciones en la revisión previa a la puesta en marcha, bajo la tenue luz se verifican los anclajes de las bombas, las superficies de comando, los cables y montantes de las alas, el motor y la hélice. Los artilleros corroboran los cargadores de las ametralladoras que ellos mismos han armado el día anterior, ningún artillero en su sano juicio dejaría esa delicada tarea en manos de otra persona, ni nadie asumiría la responsabilidad de una muerte a causa de un arma atascada.

Todo en condiciones, ninguna novedad, al menos ninguna fuera de las usuales. Como una partida de caballería que se prepara para la batida matinal, los hombres montan casi al unísono. Acto seguido y tras los sucesivos gritos de “Libre” las primeras explosiones de los motores fríos rasgan la quietud, despertando a los pájaros que espantan y comienzan a revolotear en torno de

los ruidosos aviones.

Los cuatro motores Gnôme-Rhône Júpiter VII de 420 caballos ronronean ganando temperatura. Al frente de la línea una linterna se agita de un lado al otro dando la señal de “sígame”, en fila india los aviones se encaminan a paso de hombre hacia la pista siguiendo aquella luciérnaga. Al llegar a la cabecera la pista está sumergida en una oscuridad total, hasta el momento en que las latas de kerosene comienzan a ser encendidas una a una por dos soldados que corren antorcha en mano a cada lado de la pista, semejando hadas color verde oliva que dan luz cada treinta metros.

El despegue de dos en dos, un ascenso vertiginoso en el aire fresco. Formación escalonada con Jara a la cabeza, Vaesken a la izquierda, Ferro y Tuya a la derecha. El suelo es una incógnita oscura y sin vida, el cielo en cambio es una bóveda tapizada de luz estelar y la luna en cuarto creciente se está poniendo al occidente. Los primeros destellos del sol alumbran tenuemente la retaguardia, los Potez van hacia la oscuridad, perseguidos por el inminente amanecer.

Platanillos, es tiempo de descender y Jara es el primero en hacerlo, seguido de cerca por los otros tres. El sol ya se muestra nítido y rojizo a sus espaldas, es momento de efectuar la verificación prevista y la confirmación de todo en orden la da cada piloto con pulgares arriba. Luego de corroborar esto Jara puede estar tranquilo que al menos al blanco llegará con su escuadrilla completa.

El Chaco pasa raudo bajo los planos de los Potez, las sombras alargadas del amanecer dibujan formas caprichosas en el suelo.

Es tiempo ya, según los cálculos de navegación llevados celosamente por el Teniente 2° Martínez, quien oficia de navegador sentado detrás de Isidoro Jara en el N° 13, con una palmada en el hombro se lo hace saber.

De pronto algo surge a la vista de los pilotos, allá al frente, aquello parece ser un terraplén. Señas

repetidas de la mano izquierda de Jara que oscila de arriba hacia abajo, los cuatro Potez desciende a ciento cincuenta metros del suelo, ha llegado la hora de cabalgar la tierra.

Ahora las formas al frente son más nítidas, en la espesura del monte que rodea el terraplén surge un mástil, una bandera emerge ondeando perezosa en la brisa de la mañana, a medida que es izada hasta el tope. A la izquierda de ésta se divisa un claro, ha de ser el campo de aviación.

La formación se separa en dos, Jara y Vaesken van hacia el claro, Ferro y Tuya hacia el mástil. Ferro gana algo altura para poder elegir un blanco con margen de tiempo, a la derecha lo sigue Tuya que hace lo propio. Evidentemente los bolivianos no han tomado precauciones ante la posibilidad de un ataque, decenas de camiones estacionados uno junto al otro descansan próximos a los depósitos. En el campo de aviación cinco Curtiss Osprey yacen ala con ala a escasos veinte metros de la pista, sólo los tres restantes parecieran estar dispersados.

De la guarnición no surge ni un disparo, ni una explosión, todo el lugar está adormecido y sólo se ve súbita y terriblemente sacudido cuando la primer explosión rasga el aire seguida por las demás.

Ferro se abalanza sobre los camiones, tira violentamente del mando de expulsión de las bombas y siente a su Potez brincar en el aire una vez librado de la carga explosiva, a su lado Tuya trepa virando a la izquierda sacudido por la feroz onda expansiva que se desata debajo.

Jara pica sobre los Osprey, aprieta con ferocidad el disparador y los proyectiles impactan levantando pequeñas nubes de humo y restos, luego libera sus bombas, éstas rebotan sin explotar y van a parar al depósito de carburante el cual estalla como una descomunal bomba incendiaria. La tromba de fuego y humo negrusco asciende lentamente.

Vaesken lanza sus bombas anticipadamente las cuales caen sobre la pista haciendo un cráter de tamaño considerable, dispara también contra los Curtiss y evadiendo la hecatombe dejada por Jara se dirige hacia la guarnición en busca de un blanco, abre fuego nuevamente sobre un grupo de soldados que corre inmediatamente a ponerse a cubierto, ahora sí surgen disparos desde el suelo pero son aislados y sin coordinación.

En cuestión de minutos todo Ballavian es un infierno y la escuadrilla paraguaya se ensaña con sus ametralladoras en sucesivas pasadas sobre el blanco. Si bien la pista ha quedado momentáneamente inutilizada, cuatro de los Osprey logran despegar para enfrentarlos. El decolaje pasa desapercibido para los paraguayos, quienes intuyen que se trata de una patrulla venida de otra base. Inmediatamente suspenden la batida sobre Ballavian y apresuradamente rearmen la formación para enfrentar la amenaza.

Con inusitada furia dos de los Osprey se lanzan al ataque sin medir consecuencias, buscando la posición de tiro en la retaguardia de los Potez, se ven inmediatamente inmersos en una tormenta de fuego proveniente de los cuatro pares de ametralladoras Madsen que cubren con fuegos cruzados las colas de sus aparatos.

Presumiblemente averiados, estos dos incautos rompen formación y se alejan abandonando la refriega.

Ferro mira instintivamente hacia atrás al sentir interrumpido el fuego de las armas de Von Zastrow, teme que lo hayan alcanzado los disparos bolivianos, se siente aliviado al ver la vivaz cabeza de Job moviéndose de un lado a otro en busca de una presa.

Los otros dos Osprey arremeten, ésta vez con más cautela que los anteriores buscan el punto ciego de las armas traseras de los Potez, cambiando de altitud y dirección se acercan cada vez más a la formación que va tomando rumbo de retorno, mientras la mañana resplandece en toda su magnitud y el sol comienza a calentar la resquebrajada superficie de la tierra.

La mirada de Job se monta sobre la mira de tiro, está se alinea con el Curtiss que lo acecha pero lo pierde de vista cuando éste desciende y se esconde tras el timón de profundidad del Potez, es el punto ciego y en ese momento una ráfaga del otro Osprey barre el puesto trasero del avión de Vaesken, Corvalán suelta las Madsen y se lleva las manos al pecho, por lo que es evidente que ha sido alcanzado.

Job Von Zastrow se revuelve en su puesto con furia incontenible ante la imposibilidad de

encontrar el punto a apuntar en su oponente. Un chasquido y parte del timón de profundidad del Potez se hace astillas y jirones de tela.

Otra vez emerge fugaz la silueta del Osprey, con las ametralladoras frontales destellando como ojos endemoniados que escupen fuego hacia el avión de Jara, alcanzando también a su artillero. Vaesken ha roto la formación y ejecuta una osada vuelta Immelmann para ponerse a la cola del Curtiss, pero en plena maniobra y cuando aún se encontraba en invertido queda a merced del tiro de las armas traseras del caza boliviano, Vaesken ha sido herido.

Todo esto ocurre ante los ojos de Von Zastrow sin que éste pueda tomar parte, intenta mantener la calma, aprieta aún más la empuñadura de las ametralladoras gemelas y espera su momento.

La maltrecha formación desciende al ras del suelo, mientras Vaesken lucha denodadamente con los comandos para ponerse a la par. Los Curtiss no cesan en su hostigamiento y uno de ellos decide hacer una pasada más, con la intención de poder reclamar un derribo.

Ante una súbita maniobra de Ferro que el boliviano no pudo anticipar, Von Zastrow se encuentra con el caza enemigo volando muy cerca de él y en una trayectoria de tiro perfecta, hunde el dedo en el disparador y las Madsen se estremecen con el retroceso mientras decenas de vainas servidas caen a ambos lados.

El Curtiss se revuelve en agonía, del motor surge una violenta explosión y parte del carenado vuela por los aires, entonces el incontrolable descenso en invertido arrastra al aparato y sus tripulantes a un inevitable encuentro con la tierra. Violenta explosión y lluvia de restos encendidos en la espesura del monte.

El Curtiss restante, probablemente amedrentado por la súbita caída de sus camaradas, decide abandonar la lucha y se retira. Ferro efectúa un sobrevuelo del lugar donde el Curtiss se ha siniestrado, una espesa columna de humo asciende perezosamente. Ferro y Zastrow se miran por un instante, con los ojos clavados en los restos de aquellos valerosos enemigos ambos saludan con respeto marcial.

Reunión de la maltrecha escuadrilla, mientras ascienden con rumbo a Isla Poí. Vaesken hace una seña de que puede continuar a pesar de sus heridas.

Al aterrizar y luego de detenerse junto a las tiendas del servicio de mantenimiento, Ferro surge de un salto y corre a grandes zancadas hasta el avión de Vaesken, al llegar junto al habitáculo encuentra al piloto jadeante y agotado, un color blancuzco y enfermizo lo viste como una mortaja, junto con Job toma a Vaesken de los hombros y lo izan con sumo cuidado. Jara y Tuya ayudan a Corvalán y a Martínez a descender para luego ser acomodados en las camillas y llevados de urgencia hacia el puesto sanitario de la Villa Militar.

Los puestos de pilotaje empapados en sangre y las numerosas rasgaduras en la tela de los aviones son prueba suficiente del martirio sufrido.

Ferro aún con las manos empapadas en la sangre de Vaesken, hurga en el interior de su capote en busca de la pipa y la cajetilla de fósforos, la mano temblorosa le impide introducir la llama del fósforo en la cámara de la pipa, recién al tercer intento logra sacarle una bocanada de humo dulce. Aún así el temblor no se disipa.

Algunos días después llegaría un comunicado del General José Félix Estigarribia, haciendo especial mención de aquel ataque y del derribo de un caza enemigo. Hecho que Bolivia trataría de disipar informando que el Mayor Heliodoro Nery y el Subteniente René Dorado, tripulantes del Curtiss Osprey habían perecido en un fatal accidente durante el despegue del aparato. Para aquellos que vieron al Curtiss caer, aquello no fue un accidente, fue el tiro certero del Capitán Job Von Zastrow y sus gemelas Madsen.



CHACO

SUDOR Y SANGRE



*No se pierda los últimos capítulo de esta historia!
a partir del día **lunes 2 de Diciembre.**
únicamente en*



CAPITULO IX

El último amanecer

Dos años de lucha feroz y sin cuartel, de marchas y contramarchas por parte de ambos bandos. La economía de guerra succiona hasta el último recurso llegando al borde del agotamiento. La severa cantidad de muertos, heridos y desaparecidos ha diezmando la población joven y son cada vez más los mutilados que vagan por las ciudades y los pueblos, como testimonios silentes del horror.

El Ejército Paraguayo ha empujado el flujo invasor y lo ha obligado a ceder el terreno pretendido a lo largo de cientos de kilómetros, ahora la sed de conquista lo embriaga y se embarca en una osada marcha hacia territorio boliviano. Eliminar cualquier posibilidad de recuperación del enemigo y hacerse de un territorio basto es la consigna.

Tras los encarnizados combates en Fortín Cañada, el avance paraguayo volvió a sufrir un importante revés en Picuiba durante el mes de julio de 1934. Estigarribia intentaría una vez más encontrar la manera de recuperar la capacidad de maniobra y avance, que tantos buenos resultados le había dado en acciones pasadas. Encontró su oportunidad en El Carmen hacia noviembre de ese año cuando un ataque sorpresa mediante una maniobra de flanco envolvente

rodeo al Cuerpo de Reserva Boliviano, dos mil hombres perecieron y cuatro mil fueron hechos prisioneros gracias a éste osado golpe, los dos mil restantes fueron los únicos en salirse de aquel atolladero relativamente sanos.

Un mes más tarde Paraguay se encontraría con una posibilidad de revancha en Picuiba, lugar en el cual se vieran severamente golpeados allá por julio. Una vez más la maniobra de flanco puso a los bolivianos en aprietos, y estos lejos de haber aprendido y asimilado la repetida estrategia paraguaya, confundieron dicha maniobra como una avanzada de patrullaje o incluso una distracción. Gracias a esto el Paraguay se hizo con los únicos pozos de agua en la región de Yrendagué, un recurso estratégico tanto o más importante que la munición o los vehículos. Las unidades de caballería del Ejército Boliviano que operaban en la zona con increíble movilidad se vieron desabastecidos de agua con rapidez por lo que la retirada fue la única salvación. Se estima que de los 3500 hombres del Cuerpo de Caballería unos mil seiscientos perecieron de sed durante la retirada, la cifra de monturas no se precisa pero debió ser aún mayor, a juzgar por el reguero de cuerpos que los vuelos de reconocimiento avistaron, los cuales tapizaban el camino de las tropas en fuga.

30 de julio

Adiós a Isla Poí. Cuesta creer que van a abandonar éste campo de aviación, que ha sido el nido desde que comenzara la contienda allá por el 32, pero así lo ha ordenado el Capitán Leandro Aponte, quién es el Jefe de la Aviación de Campaña, ya que el frente se ha desplazado demasiado y la autonomía de los aviones no puede ser estirada ni un kilómetro más.

Desde temprano se han iniciado los preparativos para la partida, la mayoría de las tiendas de campaña y barracas han sido desmontadas el día anterior, por lo que casi todos han tenido que dormir a la intemperie o a lo sumo bajo la endeble protección de una tapera.

Ferro ha terminado de embalar sus escasos efectos personales, un par de camisas y pantalones del uniforme de fajina, el único traje civil el cual ya tiene los dobleces marcados de no haberlo desempacado en años y una caja de madera dónde guarda unas pocas cosas, unas “chucherías”

como le dijeran alguna vez.

Ahora habiendo terminado con todo eso emprende una caminata sin rumbo aparente, junto a los pajonales de la laguna, hacia la Villa Militar, allí unos cuantos mecánicos y aviadores se habían amontado frente a las taperas de las putas la noche anterior, con el fin de hacerse amar a fuerza de unas monedas, no saben si en el nuevo destino tendrán éste lujo.

Sin darse cuenta o sin haber querido darse cuenta, ha llegado hasta el hospital de campaña. Con una actividad un tanto más relajada ahora que no está próximo al frente, la mayoría de su personal ha sido trasladado a los numerosos puestos sanitarios de la primera línea.

Observa con detenimiento la entrada, dónde aquel motorista le entregó la tan ansiada misiva de Candelaria, y allí a unos pocos metros aquel arbusto seco detrás del cual ella le cambiaba los vendajes de su brazo entre besos y caricias. Han pasado mil años y a la vez ni un solo día.

Se queda paralizado por un instante, la mirada vaga y perdida, la mano derecha tiembla ocasionalmente, esto ha empezado a ocurrirle desde la última misión y cada vez le cuesta más controlarlo.

Hacia la tarde el convoy de vehículos y mulas está listo y parte hacia el este, llevan todo lo necesario para volver a montar la base en un páramo de nombre López de Filippis, también llamado Camacho por los bolivianos, aunque éste último sería el nombre que más se usaría de ahí en más.

En Isla Poí no queda nada, sólo los aviones desnudos en la intemperie, algunas pocas construcciones han quedado en pie, ya que el aeródromo seguirá funcionando pero no con el trajín habitual. Las escuadrillas 1ra y 2da de Reconocimiento y Bombardeo con sus Potez 25 y la 11va Escuadrilla de Caza con los Fiat CR20bis van a ir a Camacho y en Poí sólo quedarán los aviones de enlace y los Caproni, los cuales han estado yendo y viniendo todo el día llevando munición, repuestos y personal al nuevo campo de aviación.

Al amanecer el despegue, uno tras otro van saliendo los Potez y los últimos Fiat, debido a que el grueso de esa escuadrilla ya se ha instalado desde el día anterior, para proteger este delicado y

peligroso movimiento.

Apenas una hora y media más tarde, las ruedas del Potez de Ferro se posan en la pista de Camacho. Aquello parece un comercio árabe como los que viera Ferro en Argel, pilas de cajones, material desparramado por todas partes, los aviones amontonados y la mayoría de las instalaciones a medio montar. Si los bolivianos llegaran a enterarse de esto acabarían con la aviación militar paraguaya en un abrir y cerrar de ojos.

Camacho había sido abandonada por los bolivianos a principio de año y aún quedaban en pie algunos cuarteles de paredes de adobe. Un grupo de soldados trabaja afanosamente para reconstruir los techos, por fin tendrán un albergue más digno y cómodo, no más vivir como topos a ras del suelo.

La pista es ancha y de superficie bien consolidada, el predio de la base está encaramado en un paraje de escasa vegetación, a media legua los arbustos ralos comienzan a hacerse más frondosos hasta convertirse en una verdadera maraña impenetrable.

Poco a poco y con el correr de los días la base va tomando forma de tal. Se podría dar inicio a las operaciones.

6 de agosto

Un Curtiss Robin posa sus ruedas en la pista, el pequeño avión de enlace se estaciona junto a la caseta del despacho de aeronaves, desde donde se dan las órdenes de salida y se lleva control del movimiento del aeródromo, allí se ha montado una pequeña oficina, donde un sargento sentado detrás de un escritorio apunta en un enorme libraco de tapas negras las llegadas y salidas.

El piloto desciende del aparato y se encamina hacia dicha oficina, mientras un grupo de soldados efectúa la descarga y lo reaprovisiona de carburante.

-Buenas... Traigo correo, ¿Usted lo recibe?-

El sargento levanta la mirada hacia el avión para anotar la matrícula y contesta con una inclinación de cabeza apenas perceptible. El piloto deja caer pesadamente el paquete con correspondencia y se retira mientras enciende un cigarrillo, tendrá unos minutos para relajar sus

agarrotados músculos antes de tener que partir nuevamente. Estos tipos vuelan de sol a sol recorriendo toda la región, llevando oficiales de alto rango en recorrida, despachando misivas y órdenes de un lado al otro del extenso frente y la retaguardia.

El pequeño Hilario corre hacia la caseta advertido por el aterrizaje del Robin, va en busca de cualquier cosa útil para los pilotos, correspondencia, alimentos, caña, lo que sea que lo haga acreedor de una palmada en el hombro y un cigarrillo. Sus pequeños piecitos se confunden en la polvareda que levantan, pasa como una tromba entre los soldados que descargan el Robin, empujando a uno que deja caer un cajón mientras no duda en maldecir la existencia del mocoso con violentos gritos.

Se detiene jadeante en la puerta de la caseta y se queda viendo al sargento, el cual parece tan compenetrado en su tarea que ni siquiera le dedica una mísera mirada.

-¿Qué hay mi sargento?-

La mano izquierda de éste se levanta y señala hacia el paquete de correspondencia sobre el escritorio, aún sin sacar la vista del libraco comienza a balbucear cifras y palabras incomprensibles, como quien piensa en voz alta.

Hilario toma el paquete y comienza a ojear las cartas buscando las de sus patrones, encuentra tres, una de ellas dirigida a Ferro, luego de retirarlas del paquete vuelve a emprender la alocada carrera y al pasar junto al Robin manotea una botella de caña de uno de los cajones, el pequeño ladronzuelo corre como demonio perseguido por uno de los soldados, quien viendo que no lo puede alcanzar desiste a los pocos metros, lanzando furiosas amenazas.

-¡Mocoso taimado!... ¡Si te pongo las manos encima!-

El chico llega con su botín intacto a la barraca de los pilotos, corre de un empujón la puerta con mosquitero de la entrada y empieza a dejar las cartas en los catres correspondientes a cada destinatario. Ferro está sentado en la suya junto al uruguayo Luis Tuya, quien duerme en el catre contiguo, ambos están examinando detenidamente un gramófono que Luis había adquirido en

Asunción, justo antes de partir hacia el frente.

-Bueno ahí está, creo que la púa va así.-

Dice Tuya con ansiedad mientras coloca un disco de pasta sobre la bandeja giratoria, tomando el pick up lo posa con suavidad sobre el disco mientras Ferro le da vueltas a la manivela que hace girar la bandeja, el ruido a fritura emerge del ridículo parlante con forma de flor, las primeras notas de la melodía comienzan a sonar.

-Mal de amores... ¿Lo conocés?-

Ferro se queda mirando el aparato hipnotizado por ese tango melancólico, pero Tuya toma esto como respuesta suficiente, Hilario se ha quedado observando en respetuoso silencio y es en ese momento que ambos pilotos se percatan de su presencia. El muchacho le extiende la carta a Ferro y deja la botella de caña en el piso para luego retirarse a continuar con sus labores del día. Ferro juega con el sobre entre los dedos, mira una y otra vez el remitente, dice Cañada, la letra es fácil de reconocer, es de ella.

-¿No la vas a abrir?.-

Pregunta Tuya intrigado.

-No.-

Contesta Ferro y ambos hacen silencio dejando que el tango hable por ellos, rioplatenses melancólicos embebidos en la melodía de arrabal. Tuya decide que es momento propicio para pegarle un trago a esa botella que trajo el mocoso.

Durante el desarrollo de la contienda Puerto Casado fue la columna vertebral del esfuerzo de guerra del Paraguay, este puerto fluvial a orillas del río Paraguay y próximo a la frontera con Brasil recibía el flujo de abastecimiento, proveniente en su mayor parte de Argentina, y desde el cual se distribuía a todo el frente mediante las líneas ferroviarias y caminos, y en parte también con aviones de transporte y enlace.

Puerto Casado constituía pues un objetivo estratégico de importancia vital, pese a lo cual Bolivia había omitido cualquier acción hacia este centro neurálgico, con excepción de aquel bombardeo que provocó la ira de la neutral Argentina.

11 de agosto

Un DeHavilland Moth se afirma con rudeza en la pista de Puerto Casado, allí el General Estigarribia está esperando que su Comandante de la Aviación Militar en Campaña se reúna con él, para ponerlo al corriente de las alarmantes noticias recibidas.

El Capitán Aponte desciende del pequeño aparato, mientras su piloto se aboca a revisar el motor, el cual estuvo emitiendo un sonido extraño durante el último tramo del trayecto desde Camacho hasta Casado. Estigarribia emerge de la puerta del cuartel donde se ha instalado y le sale al encuentro, ambos oficiales se estrechan las manos y tras descubrirse las cabezas entran al cuartel, seguidos por un séquito de oficiales del Estado Mayor del General, la puerta se cierra tras las espaldas del último de estos y dos centinelas quedan guardando el acceso, uno a cada lado de la puerta.

Dentro una larga mesa de madera oscura, flanqueada por numerosas sillas plegables e iluminada por tres lámparas que cuelgan sobre ésta, las ventanas han sido tapiadas para aislar la sala de ojos y oídos indiscretos, lo que se ha de discutir aquí en éste día puede significar la diferencia entre victoria y derrota.

Los oficiales comienzan a distribuirse en derredor de la mesa entre el ruido de sillas que se corren, el chasquido de portafolios que se abren, un carraspeo de garganta y el roce de un fósforo de cuya llama se desprende una nube de humo, al contacto con un cigarro encendido por uno de los oficiales.

-Bien caballeros, hemos recibido un informe muy grave de parte de nuestros exploradores del norte.-

Así abre la sesión sin más preámbulo el General Estigarribia, haciéndose acreedor de todos los ojos que inmediatamente se posan en él, a continuación un Capitán de Caballería toma la palabra, cuando Estigarribia se la cede con un gesto de su mano derecha.

-Un nuevo Cuerpo de Ejército Boliviano se está formando en la zona de Ingavi, aún no se tienen cifras exactas respecto a la cantidad de hombres que lo componen, pero si sabemos que el grueso corresponde a infantería de a pie, algunas unidades de exploración montada y al menos un grupo de artillería de campaña. Un importante flujo de abastecimiento se está acumulando en Ingavi, por lo que suponemos intentarán montar un ataque directamente a nuestra retaguardia... Evidentemente es acá en Casado dónde quieren golpear.-

Los presentes se observan unos a otros con rostros sombríos, el Capitán continúa su alocución.

-El último parte que recibimos de nuestros exploradores da cuenta del accionar de éste Cuerpo, a la altura del Kilómetro 160 del Ferrocarril del Puerto Casado, la principal vía de abastecimiento de nuestro Ejército. En ésta zona sólo existe una picada que atraviesa el monte, por lo que es imposible que todo un Cuerpo de Ejército se esté desplazando por un camino tan angosto, es de suponer entonces que están abriendo un nuevo paso en la espesura.-

Aponte se pasa la mano por el áspero rostro de tres días sin afeitarse, piensa en lo evidente de su presencia en ésta reunión, estos informes van a requerir confirmación mediante reconocimiento aéreo, y de comprobarse su veracidad la lógica consecuencia va a ser una serie de ataques sobre la avanzada enemiga, casi de inmediato su mente se aboca a resolver innumerables problemas que han de enfrentar sus unidades de aviación, pero al instante se ve interrumpido por la voz de Estigarribia que clama por su atención.

-Capitán Aponte... vamos a necesitar que la aviación vigile atentamente la zona en cuestión, necesitamos saber cual es la magnitud de esta amenaza para poder tomar medidas al respecto.-

Estigarribia se pone de pie y tomando un mapa enrollado lo despliega sobre la mesa, al tiempo que los demás se inclinan sobre éste para observar, con el índice Estigarribia comienza a recorrer cientos de kilómetros de monte marcando con un golpe de uña sobre los nombres de los puntos clave.

-Deberá montar patrullas de reconocimiento en la zona comprendida por Ingavi, Sucre, Madrejón y Florida.-

Alzando los ojos observa a Aponte y le lanza la última indicación, con la aspereza de una orden.

-Comunique urgente cualquier novedad al Comando, no importa si yo estoy en recorrida del frente, notifíquelo acá en Casado, yo me voy a enterar.-

Aponte asiente y luego otros temas ligados a las demás ramas del Ejército son tratados, extendiéndose la reunión por espacio de una hora, al salir del cuartel el Capitán de Aviación se encamina al Moth, donde el piloto ya estaba listo para poner en marcha.

-Rápido Juanito, lleváme a Camacho.-

Con los últimos estertores de luz el Moth aterriza en la base aérea, y antes de que la hélice dejara de girar Aponte se baja y a grandes zancadas se dirige al cuartel, donde tiene su oficina, allí ha de diagramar la misión que sin demora partirá mañana al amanecer.

-¿Cómo lo ves Carmelo?-

Le pregunta Aponte al Capitán Peralta, el cual con la cara sostenida por ambas manos y acodado sobre el mapa, observa con detenimiento la línea que entrelaza los puntos de la ruta, la noche ha caído ya y la base está inmersa en el silencio crepuscular.

-Va a ser larga la cosa, pero el Potez se la va a aguantar... Creo... Quiero el número once, ese anda bien de motor, los demás están llenos de novedades.-

Contesta Peralta, y Aponte le confirma la asignación de la aeronave con una leve inclinación de cabeza.

-¿Ya quien te llevás de observador?-

-No se... Había pensado en el gringo Ferro, pero hace rato que no vuela de artillero, prefiero alguien que esté más emparentado con las Madsen... Rogelio va a andar bien.-

Tomada la decisión Aponte se asoma a la puerta y le da un pequeño empujón a Hilario, que dormitaba sentado en un banquito, ni bien vuelve en sí el muchacho se cuadra.

-Ordene mi Capitán.-

-Andá a buscar al Teniente 1° Etcheverry y decíle que venga de inmediato.-

Con una venia que arranca una sonrisa del rostro de Aponte, Hilario sale a la carrera en dirección al alojamiento de los aviadores, casi de inmediato la oscuridad se lo traga.

Al cabo de un rato el observador Rogelio Etcheverry se suma a la reunión, luego de impartírsele todas las novedades, comienza a trabajar con Peralta en los pormenores del vuelo.

En Fortín Madrejón la noche es dueña y señora, una brisa fresca y seca barre la superficie, sacudiendo de tanto en tanto las copas de los árboles, cuyas hojas se rozan con un dulce sonido como campanas de viento. Allí una parte del Cuerpo de Ejército Boliviano tiene instalado su vivac, y junto a éste hay una pista corta y flanqueada por una arboleda tupida, allí la aviación tiene destacado un Curtiss Osprey, destinado a tareas de exploración y eventualmente caza, aunque ningún avión paraguayo ha volado en esas latitudes desde hace meses, evidentemente el esfuerzo de la aviación enemiga esta abocado a proveer apoyo a la avanzada del ejército

paraguayo a cientos de kilómetros de allí.

A los mandos de este avión está el célebre Mayor Rafael Pabón, quien ha decidido encargarse personalmente de efectuar el reconocimiento del terreno, por donde el ejército va a continuar talando monte en su avance hacia Puerto Casado. Con él se encuentra el Sargento Mario Calvo, quien es su artillero, hombre corpulento, de modales sencillos y austeros, es poco afecto a la conversación sin un motivo concreto, algo que Pabón sabe apreciar ya que le permite estar a solas con sus pensamientos.

A la medianoche y luego de una cena frugal, Calvo se despide de Pabón y dando media vuelta sobre el piso se enrosca en su manta, dispuesto así para un sueño profundo y sin interrupciones, en tanto que Pabón se retira con andar silencioso hacia la pista.

Allí, inmerso en la oscuridad está su avión, las insignias tricolores despiden un brillo tenue al contacto con la luz de la luna, que está más grande y más brillante que nunca, o al menos así lo percibe él.

Con las manos enfundadas en los bolsillos del capote de cuero y la gorra de guarnición echada hacia atrás, eleva su mirada hacia las estrellas, respira profundo el aire cargado de electricidad, maravillado por lo hermoso que puede ser el mundo y sobre todo éste rincón en particular, lo que es áspero y despreciable a la luz del día, se torna mágico y bello por las noches, cuando el calor merma y la tierra deja de hervir.

Media vuelta y levantando los pedregullos con las puntas de sus botas Pabón desanda sus pasos y vuelve hacia donde el Sargento Calvo, el cual ya duerme profundamente a juzgar por el violento estruendo de sus ronquidos.

El sol aún no ha levantado su mirada de fuego, cuando el Cabo de guardia entra al alojamiento para despertar a los aviadores que han de partir. Blandiendo una lámpara de mano la acerca hacia los rostros acompañado de suaves empellones, primero a Peralta, luego a Etcheverry, ambos se resisten y aferran a sus sueños con ahínco, más en cuestión de segundos el despertar es una realidad y con torpes movimientos comienzan a emerger de los catres, el resto de los hombres ignoran por completo lo que ocurre y continúan roncando sin misericordia.

Tras vestirse en la oscuridad, Peralta y Etcheverry emergen del alojamiento y con paso firme se encaminan al rancho, donde un adormecido soldado les sirve el desayuno, dos rodajas de pan de centeno y mate cocido.

Los mecánicos ya han terminado de preparar la máquina, al llegar junto a ésta Etcheverry revisa una vez más los tambores de munición de las ametralladoras traseras, luego las deposita una a una en el puesto trasero previo colocar las dos primeras en las armas.

Peralta camina en torno al avión, un mecánico lo acompaña con una linterna iluminando cada montante, cada cable, la mano del aviador recorre la tela en una caricia que verifica la tensión y la ausencia de rasgaduras.

Todo listo, los tripulantes ya están sentados en sus puestos, amarrados a la máquina por los cinturones. Una señal al mecánico que está junto a la hélice para dar pala, los dedos de Peralta levanta los interruptores de los magnetos, la mano izquierda empuja la palanca de gases llevándola al fondo del recorrido y volviéndola atrás para cebar los pistones.

-Magnetos con, todo reducido, bien frenado.-

Requiere el mecánico.

-Con, reducido, bien frenado.-

Confirma Peralta asomando la cabeza a la izquierda, el mecánico tira de la hélice una vez, lo hace de nuevo y en ésta el motor frío cobra vida lentamente, algunas explosiones y tras liberar una nube de humo y chispas por el escape queda regulando con normalidad.

La acostumbrada señal de “sígame”, la luciérnaga camina adelante, el Potez la sigue, a la derecha las latas de kerosene se van encendiendo una a una.

El decolaje es normal y al instante la silueta del avión queda fuera de la vista de los mecánicos, apenas el rumor del motor, que se va desvaneciendo progresivamente hasta que no queda más rastro... Han partido.

Proa al este mientras asciende, el Potez gana altura con rapidez en la atmósfera calma de la noche que ya toca a su fin, los primeros estertores de luz matinal surgen al frente.

Luego de recorrer una distancia considerable y ya con buena visibilidad Etcheverry divisa las vías del Ferrocarril de Casado, con una seña se lo hace saber a Peralta quien entonces vira hacia el norte siguiendo el rastro de las vías durante un tiempo, pero luego cuando éstas tuercen su camino hacia el oeste, decide desprenderse de esa guía iniciando así el trayecto más peligroso, sobre el monte enmarañado, el que parece un mar de vegetación, todo se ve igual durante kilómetros y kilómetros de vuelo.

Transcurridas dos horas de vuelo Etcheverry teme estar hipnotizado por el monte, por momentos tiene la desagradable sensación de haber pasado por alto algo, tal vez ese claro en la espesura, o aquel árbol inclinado, quizás allí se éste levantando un camino y no se dio cuenta.

De pronto los ojos se le salen de sus órbitas, sorprendido y a la vez incrédulo se pasa la mano por la cara y vuelve a enfocar la vista, definitivamente ha visto algo. Se vuelve hacia Peralta y le golpea la cabeza para luego indicarle que vuele en círculos sobre el lugar que le señala, está seguro de haber visto caer un árbol.

Ahora sobrevuelan el lugar y de la mancha verde uniforme que tapiza todo surge un claro estrecho, allí alcanzan a ver a una docena de soldados trabajando con ahínco, para apartar un enorme tronco que bloquea el camino que están construyendo. Alertados por el indiscreto sonido del motor, levantan sus cabezas hacia el cielo y en un segundo se lanzan a la carrera desapareciendo entre el follaje.

Oculto tras un tronco caído, el Teniente de Ingenieros a cargo de la construcción del camino observa el avión usando sus manos como visera, a su lado los soldados harapientos lo miran como esperando de él alguna solución.

-¡Ta' que lo pario paraguayo de mierda!... Nos vio fijate como nos sobrevuela en círculos el desgraciado.-

Ante la impotente protesta, un soldado toma su máuser y se incorpora apuntando hacia el aparato, de un manotazo el teniente le aparta el fusil.

-¡No!... Déjalo nomás que parece que vino a bichar, si le tiramos capaz que nos la devuelve a bombazos.-

Peralta decide seguir la huella del camino recién construido, que se dirige al Fortín Coronel Bogado. El vuelo de exploración continúa así hasta Pitiantuta y luego torciendo una vez más hacia el norte, a Florida y Fortín Madrejón.

La tropa se levantó al alba y ahora ya avanzada la mañana la actividad es la usual en Fortín Madrejón, Pabón y Calvo ya se han despertado, y esperan junto al telégrafo el mensaje del Comando del Cuerpo de Ejército con la orden para ese día.

En eso escuchan un rumor, ambos levantan la mirada al cielo escudriñándolo, el ruido aumenta en intensidad, allí hacia el sudeste se ve un destello.

-Si hubiera vuelo hoy nos habrían avisado, ¿no Mayor?.-

Pregunta extrañado Calvo.

-Seguro... Ese no es nuestro Sargento, apúrese y agarre sus cosas, vamos a mirarlo más de cerca.-

Y antes de terminar de decirlo ya estaba manoteando la gorra de vuelo y las antiparras, el Teniente Coronel a cargo del Fortín llega en ese instante corriendo a grandes zancadas y les grita.

-¡Derriben ese avión o toda la operación se la lleva el diablo!-

Sin siquiera contestar a tamaña estupidez trepan al Osprey N° 78.

-Mmm... ¿Qué hace ese ahí abajo?-

Se pregunta Etcheverry al ver el aparato posado en la pista, de la cual tampoco tenían conocimiento, Peralta también lo ve pero no se da cuenta del despegue y continúa volando hacia el sur sin preocuparse por esa amenaza latente.

Apenas se habían alejado del Fortín cuando Etcheverry divisa un destello, producido por el reflejo del sol sobre el bruñido Osprey, el cual acercándose a alta velocidad cruza en diagonal al Potez ametrallándolo, sólo por fortuna y para el fastidio de Pabón ningún impacto parece ser de consideración. Alertado por esto, Peralta inclina el avión enviándolo en un abrupto descenso al ras del suelo, sabe que no está en condiciones de trabarse en un combate evolutivo con el caza boliviano.

Al alcanzar las copas de los árboles comienza a desplegar una serie de maniobras evasivas, Pabón lo sigue en su trayectoria tomando recaudos para no caer en las tretas que ya les conoce a los pilotos paraguayos.

-No... Esta vez no, esta vez no.-

Repite entre dientes Pabón, mientras regula la potencia para no sobrepasar a su presa, sabe que debido a la abismal diferencia de velocidades entre los dos cazas, tendrá el blanco en su mira apenas por unos segundos antes de rebasarlo, no puede perder la oportunidad, en tanto el Sargento Calvo se mantiene expectante sin saber que ocurre a sus espaldas.

La adrenalina corre a chorros desbordando las venas de Peralta, el corazón le late con violencia y la sangre le golpea la sien, marcando el ritmo descontrolado de las pulsaciones, todo ocurre rápido y lento a la vez, es la mente que trabajando a máxima potencia deforma el espacio tiempo y hace ver todo con un halo de irrealidad.

De pronto una voz surge en su inconsciente, una voz harto conocida por aquellos que aprendieron a volar de la mano de aquel Cóndor, es la voz de Vicente Almonacid dando una lección allá por el año 31, el recuerdo del aula con un puñado de noveles aviadores apreciando la experiencia del veterano de la Gran Guerra.

-El enemigo tiene material aéreo muy superior al de ustedes. Cuando se encuentren en el aire sin protección de caza, vuelen al ras de las copas de los árboles y gambeteen... Esa será su salvación.-

-Eso o vamos a voltear árboles con la hélice.-

Pensó para sí Peralta, y en ese instante al sentir una ráfaga rasgar el aire sobre su cabeza da un severo golpe de palanca, acompañado de pedal hacia el otro lado, el Potez derrapa en el aire perdiendo velocidad, lo que acorta de manera significativa el tiempo de exposición a las armas del Osprey. Con un rugido ensordecedor éste pasa por encima de sus cabezas mientras su artillero dispara en vano, ya que no tiene ángulo para el tiro.

-¡Carajo!-

Grita Pabón mientras gana altura a máxima potencia, dejando debajo y cada vez más pequeño al desgraciado Potez, el cual una vez más invierte el rumbo intentando huir.

Tras nivelar, Pabón decide no dejarlo ir, estrangula el motor al tirar hacia atrás la palanca de gases e inclina el morro en dirección a su enemigo.

Etcheverry levanta su vista hacia el brillante aparato que está increíblemente alto, de pronto nota como éste se descuelga del cielo como un bólido, y orienta sus armas hacia arriba esperando que se cruce ante su mira.

Las bocas de las ametralladoras frontales del Osprey destellan una vez más, los silbidos de los proyectiles y el chasquido de los impactos estremecen a Etcheverry, quien aprieta aún más sus manos sobre la empuñadura de sus armas. La cruz del colimador se centra en el Osprey que cada vez es más nítido, casi con los ojos cerrados por reflejo aprieta el disparador, los percutores azotan incesantes los cartuchos, las vainas humeantes saltan a los costados. Todo transcurre en escasos segundos, Etcheverry observa atemorizado, grita mientras dispara sin interrupción, el grito es el miedo, es la furia y la locura, es el instinto animal, el de la presa acorralada que se va a defender hasta que la maten, tan solo por la sencilla razón de que no puede hacer nada más.

En ese instante el Osprey recupera altura bruscamente.

-Humo... ¡Esta tirando humo!-

Exclama asombrado Etcheverry luego de soltar el disparador, el caza boliviano herido de muerte se inclina a un lado y tras quedar casi en invertido comienza un vertiginoso descenso, dejando a su paso una densa estela de humo.

-¡Mayor!... ¡Mayor!-

Llama a gritos el Sargento Calvo a Pabón, gritos inútiles ahogados por el gemido estridente del motor embalado, arrastrados por el viento en la precipitada caída a tierra, al girar en su puesto alcanza a ver la cabeza del piloto colgando inerte, un disparo había atravesado el colimador impactando de lleno en la frente del Mayor Pabón.

Peralta inclina el Potez para poder observar la caída de su adversario, el impacto feroz en la profundidad del monte se ve apenas ahogado por la frondosa vegetación, en las proximidades de Florida.

El Potez sobrevuela en círculos a baja altura la zona del impacto, varios árboles han perdido sus ramas, arrancadas de cuajo en el momento del impacto, las llamas comienzan a lamer el pastizal y la columna de humo cubre con su negra mortaja los cuerpos de aquellos que ya han encontrado la paz.

Sobrecogidos por la angustia del drama vivido apenas minutos antes, tanto el Capitán Peralta como el Teniente Etcheverry sienten que podrían ser ellos los caídos, un sentimiento de profundo respeto los obliga a saludar con la venia, mientras efectúan el último sobrevuelo. Son las 9:40 de la mañana.

Al aterrizar y luego de detener la marcha del recalentado motor, ambos tripulantes se desploman a un lado del avión, no pueden dar ni un paso, las piernas están agarrotadas y el sudor los baña de pies a cabeza. Tras recuperar el aliento durante unos minutos se incorporan y encaminan hacia la

oficina del Capitán Aponte.

Al ingresar lo encuentran sentado tras su escritorio, los mira con intriga, a continuación relatan los sucesos de la larga y azarosa epopeya además de informar respecto a las observaciones. Aponte al notar cierto abatimiento en el rostro de Peralta lo interroga.

-¿Yusted se siente triste por lo sucedido Peralta?-

-Si, mi Capitán... Es muy desagradable ver caer en llamas a un colega.-

Le contesta Peralta, a lo que Aponte replica.

-Tenga en cuenta que podrían haber sido ustedes los derribados. Recuerde lo que pasó a Benítez Vera y Ávalos Sánchez. Ustedes han conquistado una legítima gloria para el Arma Aérea Paraguaya.-

Luego de estrechar las manos de ambos, Aponte se encamina hacia donde Estigarribia estaba instalado esperando el resultado de la observación, pero antes de que llegara a él éste se le adelanta a grandes pasos y estrechándolo en un fuerte abrazo le dice efusivo.

-¡Lo felicito Capitán Aponte! Sus muchachos acaban de derribar al Mayor Pabón. Nuestro servicio de inteligencia acaba de interceptar un parte remitido por radio al Comando Boliviano, donde se comunicaba la novedad.-

Así transcurrió el último amanecer del Halcón.



CHACO

SUDOR Y SANGRE



*No se pierda los últimos capítulos de esta historia!
a partir del día **lunes 16 de Diciembre.**
únicamente en*





CAPITULO X

Premoniciones

El final de 1934 trajo consigo importantes triunfos para las armas paraguayas. Bolivia no solo había sido obligado a relegar sus conquistas pasadas, sino que también se vio forzado a replegarse sobre su propio territorio, esto si bien representaba una catástrofe en aumento, significaba también el reducir ostensiblemente la distancia entre sus centros de abastecimiento y la línea de frente, posibilitando así mantener un flujo rápido e incesante de material. Para Paraguay implicaba haber estirado sus líneas de abastecimiento de manera crítica, por lo que la escasez se hacía sentir.

La aviación no sufría menos, las pérdidas habían sido importantes, pilotos experimentados y líderes consumados habían perecido, la falta de repuestos y la imposibilidad de efectuar mantenimiento intensivo en las máquinas había ido debilitando más y más al arma aérea, tanto de un lado como del otro. El esfuerzo más allá de lo imaginable del personal de tierra y las tripulaciones habría de compensar la carencia de algún modo, pero la tasa de accidentes se mantendría alta.

11 de diciembre

Muy temprano por la mañana Ferro ya se encuentra despierto, incluso antes que todos sus compañeros. Sentado frente a la puerta de la barraca de los pilotos, se hamaca suavemente en una mecedora de madera rechinante y observa como el sol va asomando detrás del monte, como preludio del día por venir.

Anoche había sido llamado por Aponte para imponerlo acerca de una misión de reconocimiento que ahora debía efectuar, llevaría consigo a un joven Teniente 2° como artillero y observador. Abel Bertrán fue uno de sus últimos alumnos de la escuela de aviación en Campo Grande allá por el 32, tiene veinte años por lo que en comparación con los treinta que ya lleva Ferro sobre sus espaldas aquel muchacho realmente está en pañales.

Toma el reloj de su bolsillo, son las ocho menos veinte, es hora de despertar al pichón, se pone en pie de un salto y corriendo la puerta mosquitero ingresa a la barraca, comienza a andar en la penumbra, contando los catres hasta llegar al de Abel, le toma la cabeza con la mano y le pega una sacudida como si fuera un sonajero, un balbuceo incoherente es la señal para demostrar que se ha despertado.

Ambos pilotos se reúnen junto al Potez N° 13, que aguarda solitario junto a la caseta del despacho de aeronaves. Ferro despliega en el suelo la carta de navegación, donde anoche dibujaron con trazos de lápiz graso color rojo los puntos de la navegación y las reseñas de importancia, irán a visitar El Carmen, donde aún se libran infernales combates para lograr su control.

Ferro pliega el mapa y con sus guantes y su gorra de vuelo en la mano, se asoma a la puerta de la caseta, donde el sargento ya está sentado tras el escritorio, aún tiene la almohada dibujada en el rostro.

-Buen día Sargento... Salida de reconocimiento, Teniente 1° Ferro y Teniente 2° Bertrán.-

-¡Matrícula?.-

-Número trece.-

Y ni bien termina de decirlo se percata de la implicancia de aquella cifra, casi al instante el sargento levanta su mirada del libracó donde había anotado los datos y mira a los ojos a Ferro, pero de inmediato vuelve a lo suyo, intentando no dar la impresión de ser pájaro de mal agüero.

El rito previo al despegue se da en medio de un ambiente calmo y sin prisas, cada uno atiende a sus obligaciones en absoluto silencio, Bertrán ya ha acomodado los tambores de munición de sus Madsen y revisa éstas por última vez constatando que todo está en perfectas condiciones. Ferro ha efectuado la recorrida exterior de la aeronave, el único problema será el motor, tiene el aceite al borde del nivel mínimo y está muy quemado, han pasado al menos quince o veinte horas de vuelo desde que debieron cambiárselo. Será cuestión de no sobre exigirlo.

El motor arranca de una vez quebrando con su bramar el silencio del aeródromo, Peralta que recién se había levantado, aparece aún con la camisa abierta y los tiradores colgando y acompañado del pequeño Hilario, quien lo persigue a todos lados cebándole mate. Desde aquella misión en la que derribara al célebre Pabón, el muchacho no ha dejado de seguirlo. Peralta hace una seña ostentosa a los aviadores que van a partir, ambos contestan al saludo al tiempo que inician el rodaje hacia la pista.

Máxima potencia, el cansado Lorraine Dietrich entrega obediente todo su poder, los metros de pista son devorados y al ascender franquea por escasos dos metros las copas de la arboleda, que se yergue al otro lado del campo. Un viraje amplio y a continuación una pasada rasante sobre el

campo de aviación, meciendo las alas en un saludo de despedida. Los tripulantes del Potez no lo pueden ver, pero Hilario agita enérgicamente sus brazos despidiéndolos.

Sobrevuelan El Carmen, allí abajo una compañía de infantería apoyada por dos blindados ligeros, lanza una vez más un asalto contra una serie de posiciones semi fortificadas del ejército boliviano, entre las explosiones se ve emerger a los soldados que a bayoneta calada continúan cargando hacia el frente pese a todo.

Un poco más al norte divisan media docena de camiones que preceden a una columna de tropas, avanzan tortuosamente por un camino serpenteante, que de tanto en tanto se sumerge en el monte. Al paso de la aeronave los camiones se dispersan y las tropas saltan a la vera del camino elevando sus fusiles al cielo.

Ferro inicia el viraje para poner rumbo de vuelta a la base cuando siente detrás las Madsen de Beltrán disparando una ráfaga corta, se vuelve entonces para ver lo que ocurre a sus espaldas, dos Curtiss Hawk acechan buscando la posición de tiro, uno está justo detrás del timón de dirección, el otro se ha colocado por debajo y a la izquierda.

Inmediatamente maniobra para salirse de la línea de tiro y ya puede sentir los impactos que rasgan al aparato haciéndolo vibrar. Inclina el morro y comienza a descender seguido de cerca por los Hawk, los cuales arremeten turnándose uno a la vez, se lanzan, disparan, sobrepasan a la presa, ascienden y vuelven a colocarse en posición, mientras el otro hace lo propio.

Ferro gira la cabeza a su izquierda para ver lo que ocurre detrás, al volverla al frente observa el parabrisas y encuentra tres impactos de bala, por un segundo no le han volado la cabeza.

Beltrán responde al fuego, agota la munición de ambas armas y rápidamente comienza a cambiar los tambores, pero al colocar el segundo éste se atasca y no logra destrabarlo, golpea el arma intentando así solucionar el inconveniente mientras los insultos se ven enmudecidos por el ruido y el viento.

El piloto boliviano observa al artillero del Potez, el cual está visiblemente en problemas, es su oportunidad, arremete, apunta y descarga furiosamente sus armas barriendo a su presa en diagonal, un tirón de palanca a último momento evita una colisión segura.

Ferro, advertido por el rugido del Hawk que acaba de rozarle la cabeza, vuelca su aparato casi por instinto, describe entonces un giro descendente y es en ese momento que se encuentra de frente con el otro avión, éste no duda en descargar sus ametralladoras que colocan numerosos impactos sobre el motor, asustado el piloto boliviano asciende abruptamente para evitar embestir al Potez.

Un estampido aterrador sacude el carenado del motor, el aceite emerge a chorros por el escape y las juntas, bañando el parabrisas y el habitáculo del piloto, el sonido es otro mal presagio, el Lorraine Dietrich gime y se resiente por la estocada mortal mientras sangra aceite y un espeso humo negro surge del morro.

La ampolla del indicador de presión de aceite se ha vaciado por completo, el tacómetro marca quinientas vueltas, apenas el giro por inercia de la hélice, ya no tienen motor.

Ferro no ve nada, se asoma por el costado de la cabina y limpiándose las antiparras manchadas por el lubricante, empieza a buscar un claro donde poder aterrizar. Los pilotos bolivianos, viendo al Potez abatido, cesan en su ataque y comienzan a orbitar en altura, observando como el drama se desenvuelve, viendo la lucha por la vida de sus camaradas.

En ese instante uno de ellos bate las alas y a continuación vira a la izquierda descendiendo, ejecuta un vuelo rasante y luego asciende casi vertical, meciéndose una vez más, al ver esto Ferro nota que justo debajo de donde el Hawk inició la trepada hay un claro de unos doscientos metros de largo, el pastizal es denso y está rodeado de una arboleda alta y tupida pero es lo único que hay despejado en kilómetros, no tiene alternativa.

El Hawk, que ha ganado altura, vuelve y pasa junto al Potez que ya encara el descenso, Ferro mira al piloto boliviano, el cual le hace una señal con pulgar arriba y luego de hacer la venia se

desprende de la inusual formación volcando a la izquierda.

El motor ya no responde y una lengua de fuego lame el morro, la velocidad es cada vez menor, Beltrán se ha dado vuelta y mira hacia delante aferrado al borde de la carlinga, esperando así el inevitable impacto. Al frente los árboles, los pasan sin margen y las ramas más altas azotan el tren de aterrizaje sacudiendo al moribundo aparato, entonces Ferro inclina el morro perdiendo el excedente de altura, para luego colocar el avión en una violenta actitud nariz arriba, matando toda la velocidad. El Potez toca el suelo con violencia, la rueda derecha se sumerge en el pastizal y el neumático revienta, el avión queda sin control, comienza a efectuar una serie de giros alocados en el suelo, acercándose peligrosamente a la arboleda. La hélice que aún gira toca el piso partiéndose en pedazos, el morro se hunde en el pastizal y haciendo un grotesco trompo la cola del aparato impacta contra un tronco caído cercenándose. De todo esto, Ferro sólo puede ver una mancha difusa de mil colores, prado, árboles, cielo, prado otra vez, como una sucesión de imágenes sin orden ni sentido, el sonido en cambio es claro y atronador.

Después del ruido sobreviene el silencio, apenas rasgado por el crepitar de la hierba ardiendo. El primero en volver en sí es Beltrán, su cabeza ha azotado el borde de la carlinga y la sangre fluye incontenible debajo de la gorra de vuelo. Mareado y dolorido tarda en poder enfocar la vista. Cuando lo logra, ve a Ferro inclinado hacia delante, con la cabeza apoyada sobre el tablero, del morro surgen las llamas que comienzan a extenderse. Eleva la mirada al cielo y entre el destello enceguedor del sol ve a los dos aviones bolivianos que orbitan en altura, parecen cuervos.

Con esfuerzo logra trepar sobre el fuselaje y arrastrarse hasta el habitáculo del piloto, tomando a Ferro del cuello de su capote lo reclina hacia atrás, está conciente pero parece estar totalmente fuera de sí.

-¡Señor... Señor! ¡Tenemos que salir de acá esto va a reventar!-

Al escuchar la voz de Beltrán, Ferro pestañea y se revuelve en el asiento intentando zafarse,

notando que aún está amarrado por el cinturón, luego de soltarlo se aferra con ambas manos del borde de la cabina y al intentar salir un dolor lacerante en la pierna izquierda le arranca un grito atronador, un trozo afilado del fuselaje se ha incrustado en ella y no se puede mover sin destrozarla.

Beltrán salta y parándose junto al puesto frontal se sumerge en el interior para intentar zafar la pierna de Ferro. El tiempo apremia y no lo hace con suavidad, tira del trozo rasgando la herida de la cual emana sangre a borbotones, Ferro ahoga el grito apretando los dientes y exhalando con fuerza. Liberado de esta traba se agarra de los brazos de Beltrán quien lo jala hacia el exterior.

Tomándolo de los brazos, Beltrán arrastra a Ferro alejándose del Potez que ya está totalmente envuelto en llamas, por sobre sus cabezas los Curtiss sobrevuelan una vez más y al ver que ambos aviadores han sobrevivido se alejan rumbo a su base.

Apenas han hecho unos metros cuando Beltrán totalmente exhausto se deja caer al suelo, no puede continuar, una súbita y violenta explosión lanza restos incendiados por los aires, el fuego ha alcanzado el tanque de carburante explotando como una bomba.

Deciden permanecer en ese lugar un instante, para recobrar el aliento y analizar la situación. Recién ahora Ferro ha recuperado la conciencia y comienza a sentir un dolor intenso en su pierna herida.

-Abel, rápido hacéme un torniquete y véndame esto, que me voy a ir en sangre.-

Beltrán se rasga la manga de la camisa y con ella improvisa un apresurado vendaje y con el cinturón le aplica el torniquete para frenar la hemorragia. Mientras trabaja en la herida, la pregunta se hace inevitable.

-¿Y ahora señor? ¿qué hacemos?-

-Irnos de acá cuanto antes, ¿ves esa humareda?-

Y señala la columna negra, que asciende lentamente por sobre el Potez incendiado.

-Eso es una señal que dice “acá estamos vengan a agarrarnos”... Estamos en una zona gris, todos los días cambia de manos, así que si no nos ponemos en marcha hasta encontrar propia tropa...

-No quiero pasar el resto de la guerra como prisionero de los bolis.-

Replica Beltrán, con un dejo de temor en la voz.

-Eso sería lo menos jodido... Andá a convencer a uno de esos bestias, máuser en mano, que no nos tienen que matar porque somos prisioneros.-

Dicho esto y con las improvisadas curaciones listas, Ferro se asoma por sobre el pastizal que los protege para echar una mirada alrededor. Extrae el revolver de la funda y verifica los cartuchos, será mejor tener esa cosa a mano y lista para disparar, Beltrán lo imita.

-Vamos.-

Al intentar ponerse en pie se tambalea, pero Beltrán lo toma inmediatamente del brazo y sirviéndole de apoyo comienzan a caminar, hacia donde estiman están las líneas paraguayas. A lo lejos se siente el retumbar de la artillería y el tableteo intermitente de las ametralladoras, hacia allá, hacia el fragor de la batalla se encaminan los aviadores caídos.

El calor es sofocante, al internarse en el monte sienten que éste los traga, como una fiera voraz, los insectos de todos los tipos y tamaños los rodean, la atmósfera está viciada y es espesa, allí debajo del denso follaje la brisa no corre y el aire parece más un gas venenoso y mortal.

Tras una hora de marcha han avanzado poco más de medio kilómetro, están agotados y se ven obligados a detenerse. El rumor del combate sube y baja en intensidad, por momentos pareciera que están realmente cerca, en ocasiones sienten lo contrario. En medio de aquel paisaje monótono es fácil perderse y comenzar a andar en círculos, la brújula de mano que Beltrán lleva consigo los asiste en la marcha.

Tras el breve descanso reanudan el andar, la sed comienza a hacerse sentir ya que el cuerpo pierde humedad rápidamente con el constante sudar, ya tienen las ropas empapadas. Deciden deshacerse de los capotes de cuero, conservan en cambio las gorras pues es lo único que los identifica como aviadores y les da una chance más de sobrevivir.

Al frente divisan un resplandor entre los árboles, como la salida a un claro en el monte, esto los revitaliza y le imprime más ímpetu a la marcha. Tropezando y tambaleándose Ferro y Beltrán avanzan con tenaz empeño, ahora el estruendo del combate se hace ensordecedor, allí cerca una ametralladora dispara casi sin cesar, haciendo alto únicamente para colocar una nueva banda de munición, cuando esto ocurre el fragor de la fusilería toma su lugar en la escena.

Emergen al fin al claro, frente a ellos y a unos ochenta metros, una ametralladora Lewis, atrincherada detrás de un terraplén dispara hacia el interior del monte. Servida por tres soldados, el arma mantiene a raya con su fuego infernal a una docena de tropas paraguayas que están intentando silenciarla. En torno al terraplén hay cuatro soldados muertos, probablemente parte de la sección que acompañaba al arma.

Ferro y Beltrán se lanzan al suelo y entre la hierba observan el enfrentamiento, dependiendo de quien sea el que salga victorioso emergerán o continuarán evadiéndose.

Una lluvia de granadas vuela en dirección a la ametralladora, los estallidos despedazan a los soldados que la servían, en una fracción de segundo el combate a finalizado abruptamente, y una vez más el fragor es lejano. Del monte emerge el pelotón paraguayo, avanzando agazapados y con las bayonetas caladas se aproximan a la ametralladora, el humo que la envuelve se va disipando con la brisa, dejando al descubierto el amasijo de cuerpos.

-Bueno, ahora.-

Beltrán se pone en pie y toma a Ferro del brazo, cuando una descarga de fusilería proveniente del monte, hace blanco sobre los soldados que estaban junto a la ametralladora, cuatro de estos yacen retorciéndose en el suelo, mientras los otros responden al fuego e intentan girar la ametralladora, cada uno que toma el arma cae al instante víctima de un disparo certero.

Los aviadores, que observan a distancia, dudan por un instante. Revolver en mano y agazapados, deciden flanquear el claro al amparo de la densa vegetación que la rodea, para quedar detrás de los paraguayos y así poder replegarse con estos. Al llegar vuelven su mirada hacia los que aún resisten, son sólo tres y uno de ellos está herido, pero continúan disparando, los bolivianos, que son diez, cargan a la bayoneta saliendo al descubierto, los tres soldados viéndose superados en número alzan sus fusiles en señal de rendición, tres disparos consecutivos resuenan y así los ajustician.

Continúan la marcha tortuosa a través del monte, en el camino encuentran un soldado paraguayo muerto, aún aferrando su fusil con ambas manos, el tipo había muerto de un disparo en pleno rostro, está descalzado, el uniforme hecho jirones y en las cartucheras de cuero apenas cinco proyectiles para su arma, señal inequívoca de la carencia.

Beltrán despoja al soldado de su cantimplora, a la que todavía le queda un trago de agua sucia, se dividen el líquido elemento, dándole un trago cada uno y prosiguen en su camino hacia la libertad.

Marcha forzada a través del follaje impenetrable, que impide ver más allá de sus narices, el rumor del combate es difuso y parece provenir de todas direcciones, con la excitación y la prisa se han internado más y más en el monte y comienzan a dudar respecto al rumbo a seguir.

-Para allá.-

Señala Beltrán y descendiendo por un barranco llegan a una hondonada, recubierta por un tramado de arbustos espinosos y secos que se elevan hasta la cintura. Sufriendo lo indecible, Ferro contiene a duras penas las lágrimas de dolor que le brotan de los ojos enrojecidos, la venda empapada en sangre se torna harapos a pocos metros de atravesar los arbustos y las espinas le rasgan la carne herida.

-Vamos señor un poco más... Detrás de...-

Las palabras de Beltrán se acallan abruptamente, Ferro siente perder su apoyo y cae entre los arbustos, aún tomado del hombro del muchacho que se ha desvanecido. Unos gritos provenientes de la barranca hacia la que se dirigían parecen ser de algarabía, pero Ferro no alcanza a comprender su significado.

-Abel... Abel.-

Lo llama casi susurrando, mientras le sacude el hombro y se acerca arrastrándose, al correr la hierba los ojos saltones y de mirada extraviada confirman a Ferro el peor de los presentimientos, en la espalda el orificio de salida del proyectil asemeja a una flor con los pétalos abiertos.

El griterío reverbera en el cañadón, al levantar la vista observa a tres soldados correr como chicos, dando pequeños saltos de emoción, como si hubieran cazado un venado. Ferro reconoce

el acento guaraní, pero teme que en la confusión le disparen.

-¡Ojo, que yo vi otro che!-

Alerta uno de más atrás, sin embargo, aquel del tiro certero continúa corriendo en busca de su trofeo, tal vez tenga munición, o lo que es mejor un par de botas porque esas alpargatas deshilachadas que trae ya no pueden dar un paso más.

La mente de Ferro trabaja a más no poder, mira su revólver, lo amartilla y descarga repetidas veces hacia el aire, los disparos frenan de inmediato a la partida, que rápidamente busca parapetarse, mientras los de más arriba responden con fuego, pero sin saber a dónde tirar.

-¡No tiren, voy a salir!-

Asomándose lentamente y con el revolver en alto agrega:

-¡Acá la Aviación Paraguaya!-

-¡Y acá el Ejército!-

Responde una voz ronca y con tono de autoridad, resulta ser la de un sargento a cargo de aquella descontrolada partida de reconocimiento, en total seis hombres, desalineados y de muy mal talante, su aspecto es el de bandoleros de poca monta.

Aún habiéndose identificado, Ferro no deja de ser apuntado por los fusiles, sin dejarse amedrentar guarda su revolver en la funda con lentitud, mientras observa hacia el suelo, donde yace el cuerpo sin vida de Beltrán, luego mira a los ojos de aquel soldado que lo ultimó.

-¡¿De qué te sonreís estúpido?!-

Le grita con furia a la cara, el soldado es apenas un muchacho de unos quince o dieciséis años, hasta el fusil parece más grande que él y aparenta no haberse dado cuenta de lo que hizo, como si para él todo fuera lo mismo y no hubiera bandos, sólo blancos a los que tirar y por ello estaba contento, por haber hecho blanco. El sargento se aproxima al soldado y pegándole un culatazo en la nuca lo alecciona, luego él mismo se encarga de revisar a Beltrán, tras lo cual meneaba la cabeza y esboza una disculpa a Ferro por lo sucedido.

Tras una marcha forzada, pero bien encaminada, llegan hasta las posiciones paraguayas en El Carmen al caer la tarde. Una batería de artillería dispara a intervalos, detrás de ésta se encuentran algunas tiendas de campaña, donde los heridos de la batalla se amontonan a la espera de algún tratamiento, la mayoría muere irremediablemente antes de llegar a una de las atestadas mesas de operaciones, donde los cirujanos sin anestesia, cierran heridas y amputan miembros con increíble velocidad.

Ferro es conducido por dos soldados hasta un médico para que lo atienda, éste está ataviado con un delantal encharcado en sangre, y en su rostro se dibuja el hastío y la desesperación. Luego de colocarlo sobre la inmunda mesa de operaciones, el cirujano rasga el pantalón y comienza a limpiar la herida. Ferro está conciente y mira a todos lados contemplando la frenética actividad, junto a él un soldado con una severa herida en el vientre gime y se retuerce mientras es atendido por dos médicos.

-¡Enfermera!-

Grita uno de ellos, al instante entra la muchacha empapada en sudor y sangre ajena, en las manos trae vendajes, que han sido previamente lavados en agua hervida, probablemente quitados a alguno de los cuerpos que yacen afuera. Ferro reconoce aquel rostro a pesar de lo demacrado, es Candelaria, ella llega junto a la mesa y

luego de darle los vendajes al médico ayuda a sostener al soldado, tomándolo de los brazos para que no se sacuda, es entonces cuando al levantar la mirada se encuentra con la de Ferro, que observa desde la otra mesa.

El grito de dolor incontrolable surge de los labios de Ferro, sin la ayuda de la anestesia no logra tolerar el suplicio y pierde el conocimiento, no habrá de recuperarlo hasta varios días después, cuando al despertar se encuentra en una mullida cama del hospital militar de Asunción.

15 de junio

La paz ha llegado, las noticias de ésta corren a toda velocidad por las líneas de telégrafos, llegando a cada rincón del extenso frente. Ya en los días anteriores los cañones se habían llamado a silencio en casi todas partes, las tropas aguardaban con ansias el mensaje que por fin a llegado.

Ferro, quien había vuelto después de pasar varios meses en el hospital militar de Asunción, ahora se encuentra nuevamente entre sus camaradas. La huella del sufrimiento está impresa en su pierna agarrotada, y en aquel bastón de tacuara, que emplea para sostenerse erguido, en su pecho las cintas de las medallas, que el propio Estigarribia le había otorgado en una sencilla ceremonia allá en el hospital.

Un Breda Ba 44 los aguarda a él y a otros aviadores para conducirlos hasta la Base Aérea de Ybimirante, según lo indicado por un mensaje que un avión boliviano dejó caer a la mañana. Al sobrevolar la base, observan los Junkers bolivianos aparcados junto a la pista y en torno a estos un grupo de hombres que elevan su mirada al cielo, hacia el Breda que ya encara el aterrizaje. Luego de descender los paraguayos del Breda, ambos grupos de aviadores, olvidando el encono que hasta pocos días atrás encendía sus corazones, se entremezclan entre saludos efusivos y manos que se estrechan con profunda camaradería. La conversación es animada y las anécdotas de vivencias pasadas flotan en el aire, como si una amistad de tiempos pasados se recompusiera en aquella extraña reunión.

Ferro camina silente entre los demás, como apartado y solitario, recorre con su mirada aquellos rostros, todos desconocidos y a la vez familiares, todos son iguales, apenas diferenciados por el tono de sus uniformes y los colores de sus distintivos.

De entre la multitud un piloto boliviano se abre paso y le sale al encuentro, parándose frente a él le extiende la mano presentándose:

-Soy el Teniente Alarcón.-

Ferro le estrecha la mano y sin llegar a presentarse se ve reconocido por el boliviano.

-Usted es Ferro... Yo fui quien lo derribo en diciembre allá en El Carmen. ¿Recuerda que le indiqué aquel claro?-

Ferro asiente y a continuación se estrechan en un profundo y emotivo abrazo, no había necesidad de decir nada más al respecto.

De esa insólita reunión surgió un documento, labrado por aquellos que participaron en ella y que en una de sus partes dice:

“...Las alas bolivianas y paraguayas, fundidas en un pacífico y fraternal abrazo, sellan con este sincero y fraternal gesto, después de tres años de duro combate, la amistad que a partir de ahora unirá a los pueblos de ambos países como hermanos de éste continente.

Los soldados del aire que firman debajo, primeros en esta guerra en tener este noble y compasivo gesto, transmiten al mundo este mensaje, que no debe haber más guerras entre hermanos en ésta región de América, cuando todos estamos comprometidos a alcanzar el mismo ideal: El progreso de América Latina...”

Para principios de 1935 Bolivia había cedido en todos los frentes y se replegó hacia su principal base que era Villa Montes. En este punto de la guerra la aviación entró en un severo estado de atrición, la mayoría de las aeronaves que sufrían una crónica falta de repuestos quedaron inutilizadas y esto se manifestó en una marcada merma en las operaciones, el último combate aéreo tuvo lugar el 10 de enero, exactamente cinco meses antes de la finalización del conflicto. Posteriormente los derribos que se produjeron fueron por efectos del fuego antiaéreo sumado a las usuales pérdidas por accidentes, el último de estos ocurrió el 19 de marzo cuando un Curtiss Falcon fue derribado por fuego antiaéreo, estrellándose en las cercanías de Villa Montes.

En tierra los combates comenzaron a extinguirse por sí solos, también producto de las carencias e incluso del hastío de las tropas, agotadas tras años de cruentos e intensos combates.

Pese a que las facciones dominantes en el poder de ambos países aún mantenían un espíritu belicoso, era imposible ignorar que estaban exhaustos y al borde del colapso.

Con cien mil muertos y más de trescientos mil prisioneros a quienes mantener a costa de sus magros recursos, Paraguay no podía continuar así por mucho tiempo más, su avanzada estaba entre los espesos montes del Chaco a sus espaldas y las poderosas montañas de Bolivia al frente.

Con una población activa relativamente baja y avocada a la principal economía del país que eran los cultivos, las bajas suponían un severo revés a dicha economía.

Para Bolivia y su inagotable fuente de hombres con capacidad para combatir, esto no era un inconveniente mayor, si en cambio lo era el pobre liderazgo al que estaban sometidos, ya que se demostró que sus generales no podían encontrar la forma de ganar la guerra. A esto se sumaba el descalabro político que había suscitado la caída del presidente y el consecuente vacío de poder, por lo que ninguno de los politizados líderes militares deseaba estar alejado de la capital. Además, con los recursos estratégicos hipotecados en una enorme deuda de guerra y con sus cuadros de oficiales y tropa profundamente desmoralizados se hacía inevitable el fin.

El alto al fuego fue negociado en junio de 1935, tras lo cual se refrendó el Tratado del Chaco en Buenos Aires, en el año 1938. Ambos bandos acordaron dejar la decisión del límite definitivo a un laudo arbitral. El fallo dio a Paraguay la mayor parte del territorio en disputa, dejando sólo las regiones históricamente bolivianas. Bolivia solo obtuvo un estrecho corredor hacia el Río Paraguay y un puerto pantanoso, inútil y puramente simbólico a orillas de éste. Además obtuvo privilegios para el uso de instalaciones ferroviarias y portuarias de Paraguay, aunque esto ya había sido ofrecido voluntariamente por los paraguayos antes del conflicto.

En 1936 el gobierno del Presidente Ayala fue depuesto junto con el Mariscal Estigarribia, en un golpe llevado a cabo por oficiales y políticos de la llamada línea dura, que no estaban de acuerdo con la supuesta debilidad paraguaya puesta de manifiesto en los términos del alto al fuego. Paraguay cayó en la desgracia económica y una serie de golpes de estado asolaron el país culminando en uno que perpetuaría en el poder al entonces General Stroessner, aquel oficial de artillería que había dirigido el fuego de su batería desde el puesto trasero de un Potez.

En Bolivia los coroneles sediciosos mantuvieron el control de sus batallones, mientras las alianzas y las traiciones entre ellos estaban a la orden del día, hasta que el golpe definitivo se diera. En mayo de 1936, a menos de dos semanas de las elecciones previstas, el ala izquierda del Coronel Ruilova Toro, quien se había mostrado virtualmente inepto en campaña, tomó el poder destronando al nombrado presidente Sorzano Tejada y derrotó a las fuerzas derechistas del único oficial distinguido en combate, el Coronel Bilbao Roja, quién tras los hechos dijo:

“El Comando responsable por la pérdida del Chaco ha recibido el gobierno como recompensa”.

Como nota irónica del destino está el tan mentado petróleo del Chaco, el cual inflamó las mentes de los agitadores de la preguerra. No se encontró petróleo en el Chaco y la pequeña producción boliviana de “oro negro” nunca fue exportada por vía fluvial, sino a través de oleoductos hacia Brasil. Aquellos que proclamaron la importancia estratégica del Chaco,

acallaron sus voces y reconocieron tímidamente su error, dejando el Chaco a los explotadores del quebracho, a los ganaderos, a la memoria de aquellos que estuvieron ahí y derramaron su sudor y su sangre, y fundamentalmente... A los muertos.-

2 de julio

La estación del ferrocarril en Villa Hayes se revuelve con la llegada del tren, las mujeres con sus canastas de chipas recorren la formación, ofreciendo su producto a los pasajeros que continúan su viaje a Asunción, sólo unos pocos descienden al pequeño andén y entre ellos está Ferro. Al primer paso que da ayudado de su bastón de tacuara, se ve rodeado por numerosos chiquillos, que haciendo un increíble barullo, le tironean del uniforme hablando todos a la vez, logra desprenderse de ellos tras darles unas monedas a cada uno y se encamina hacia la sala de espera donde está la salida.

Junto a la puerta encuentra a un sargento, todavía de uniforme y al cual le falta un ojo y las dos piernas, está sentado en el suelo, cubierto de mugre y con su jarra metálica de campaña la cual usa como charola para limosnas.

-Mi Teniente... ¿No tendrá una moneda para un camarada caído en la desgracia?-

Ferro revuelve sus bolsillos y encuentra un par de monedas y un billete, al tiempo que le pregunta:

-¿Dónde le dieron así?-

-En Yrendague en octubre del 34, a mi compañía la hicieron pedazos con fuego de morteros, a mí me explotó un proyectil encima que me lanzó por los aires, todavía no se como estoy vivo, aunque preferiría

haber muerto con los míos ¿sabe?... Será algún castigo de Dios.-

Ferro asiente y deja caer las monedas y el billete dentro de la jarra lo que provoca la emoción del sargento, quien se yergue sobre sus posaderas y le hace la venia con lágrimas en los ojos.

-Si hubiéramos tenido más oficiales así cuando...-

Dice el emocionado sargento, pero ya Ferro se ha puesto en marcha hacia el pueblo, donde preguntando a las comadronas y cuanta persona se le cruza en su camino, va llegando hasta los lindes, allí encuentra una casita modesta, donde un hombre viejo está sentado a la puerta, recibiendo como una lagartija los fuertes rayos del sol.

-Disculpe señor, ¿es ésta la casa de Candelaria?-

-¿Y quien pregunta?-

Lo increpa el viejo con cautela hacia el gringo que tiene frente a él, probablemente temiendo que se llevaran una vez más a su única hija para el servicio, como hicieran en el 32.

-Teniente 1° Juan Sebastián Ferro... ¿Es la casa o no?-

Insiste impaciente Ferro, pero la contestación no proviene del viejo sino de puertas adentro, de donde emerge la figura esbelta e increíblemente bella de Candelaria, Ferro ya había olvidado lo hermosa que era.

Sin mediar más palabras se estrechan en un largo y sentido abrazo, tras lo cual ella lo invita a pasar.

-*Temía que ya no volvería a verte más, ¿recibiste mis cartas durante todo este tiempo?*-

-*Si.*-

Luego al caer la noche y mientras ella preparaba la cena para su padre y su recobrado amante, Ferro se aleja de la casa y encendiendo un fósforo quema el paquete de sobres sin abrir, que había conservado durante todo ese tiempo. Había temido lo peor de esas misivas y ahora ya no había nada de que preocuparse.



CHACO

SUDOR Y SANGRE



*Ultimo capitulo de CHACO
el 23 de Diciembre, No se lo pierda!*

únicamente en





CAPITULO XI

Legado

Con sus últimas palabras, el viejo dejó salir una exhalación de agotamiento. El sol ya había salido y sus primeros rayos se colaban a través de la angosta ventana de la cocina. Sobre la mesa, estaban los dos platos con los restos de la cena y la botella de caña vacía, de la cual el Gringo Ferro se había servido hasta el último trago. De la chimenea salía apenas un débil penacho de humo, de aquella hoguera que había ardido toda la noche hasta extinguirse.

Yo había perdido por completo la noción del tiempo, había olvidado incluso mi propia existencia, el hecho que tuviera que volver a casa a intentar explicar, entre golpes de cinturón, el porque de mi larga ausencia no me significaban absolutamente nada. Había aprendido más en aquella noche de lo que alguna vez alguien hubiera intentado enseñarme, había crecido.

Los ojos del viejo estaban irritados y su mirada, que se había encendido como un fuego durante toda la noche, ahora era apenas un rescoldo, como el que humeaba en la chimenea.

Se irguió lentamente, sosteniéndose con ambas manos sobre la mesa y dijo:

-Tenés que irte Lisandro.-

Yo lo sabía, me restregué los ojos y recién ahí noté lo cansado que estaba, tenía las piernas entumecidas y los brazos me pesaban tanto como los párpados.

La caminata hasta mi casa fue larga y sin prisa. Aspiré el dulce aroma de los árboles humedecidos por el sereno de la noche pasada, jugué durante un trecho con un perro que me seguía, miré con detenimiento el cielo azul y límpido de la mañana.

Al llegar a mi casa no alcancé a tocar el picaporte, cuando la puerta se abrió con violencia, ahí estaba mi padre, con la furia incontenible y encendida en sus ojos, en la mano derecha mecía el cinturón y con la izquierda me hizo una seña invitándome a entrar.

Los vecinos contaron que los golpes y los gritos que mi padre me propinaba eran tan fuertes que despertaron a más de uno, sin embargo, se asombraron de no oírme emitir quejido alguno, mientras él me azotaba, yo, con la cara hundida entre mis brazos, apenas dejaba entrever unas lágrimas agrias que bañaban mis mejillas.

Me prohibieron volver a visitar al viejo, y mi padre se encargó personalmente de increparlo con sus quejas acerca de mi irresponsabilidad y comportamiento, señalándolo a él como culpable de todo. Ferro no contestó a la afrenta y tan solo se limitó a meterse en su rancho y cerrarle la puerta en la cara a mi iracundo padre.

Durante meses estuve sometido al más estricto régimen de trabajo, iba todas las mañanas al monte a recolectar leña bajo la atenta vigilancia de mi hermano mayor, que obraba de carcelero. En ocasiones logré ver al viejo a la distancia, allí sentado en el montecito como todas las tardes, sorbiendo su mate y disfrutando del atardecer.

Tiempo después todo rastro de él desapareció por completo, ya no se lo veía ni en el monte ni en ninguna parte, aunque creo que sólo yo noté su ausencia, los demás no le dieron mayor importancia al asunto y no recuerdo haber oído a nadie comentarlo.

Un día el ignorado gringo se volvió el comentario de todos en Villa Hayes, fue cuando el propio comisario seguido de una comitiva de “notables”, todos aquellos que no teniendo nada mejor que hacer se inmiscuían en los asuntos de los demás, se acercaron al rancho del viejo, arrastrando tras ellos una marabunta de viejas chusmas y niños curiosos.

Algunos vecinos se habían quejado de la peste que emanaba del rancho y esto sumado a su súbita desaparición, hizo que el comisario tomara cartas en el asunto y se decidiera a resolver el misterio. Ya habían corrido los infaltables rumores, que decían que el viejo había matado a alguien y lo ocultaba en su propio rancho, muy a pesar de la peste y la inmundicia que eso significaba.

El comisario azotó la puerta y demandó una respuesta, la chusma aguardaba expectante, más no surgió respuesta alguna del interior. Cumplida la advertencia de rigor el comisario hizo una seña al cabo, que aguardaba hacha en mano tras él. Todos se apartaron y la descarga del hacha hizo trizas la endeble puerta de madera podrida, tras lo cual entraron en tromba al rancho, el comisario los precedía ridículamente con su revolver en la mano.

Al entrar el olor nauseabundo los detuvo como una mano invisible, la mayoría huyó despavorida, incluyendo al propio comisario, que con cara de espanto, se replegó sobre sus pasos. Sólo el médico del pueblo, habituado a tales circunstancias, se armó de coraje e irrumpió en el pequeño dormitorio de donde aquella peste provenía.

El cuerpo del Gringo Ferro fue hallado en su pequeña cama de madera, recostado con los brazos a los lados, llevaba puesto su ripioso atuendo como era habitual, pero sobre la inmunda camiseta

se había colocado la vieja chaquetilla verde del uniforme de campaña, sobre la mesita de noche estaba su gorra y un papel doblado en dos.

Casi de inmediato y ante el cuadro encontrado en la habitación, varios especularon con el suicidio del viejo y esta tesis se arraigó y corrió como reguero de pólvora entre las comadronas. Sólo después de la autopsia que el médico le practicó al cuerpo, se supo que tal suicidio no había tenido lugar, y que en cambio el viejo había muerto de un ataque al corazón, probablemente mientras dormía.

Esta respuesta no dejó conforme a nadie, pero tampoco importó mucho, pues los únicos que aún seguían con el tema eran aquellos a los que Ferro les debía algo y que se abalanzaron sobre cualquier pertenencia de valor.

A mí en cambio me sonó de lo más lógico cuando lo supe, podía hacerme de la imagen, de aquel último instante de vida del viejo, podía verlo colocándose la chaquetilla con gran solemnidad, prendiendo sus medallas del pecho y calzándose su gorra, envuelto en un halo de recuerdos, luego, vencido por el cansancio y tal vez abatido por la emoción, se quitó la gorra y recostándose lentamente en el lecho, exhaló con fuerza como era su costumbre.

El comisario vino a verme tan pronto como pudo, ya que yo había sido visto en compañía del viejo en más de una ocasión, era lógico que quisieran saber algo más acerca de su vida y del súbito deceso. Muy a su pesar mi padre me dejó ir, obligado por la mirada del comisario, y éste me acompañó hasta el rancho, donde aquel cabo que había derribado la puerta montaba guardia para prevenir a los saqueadores.

-El viejo dejó una nota.-

Me dijo el comisario y me la extendió, más yo que no sabía leer no la tomé y le pedí por favor que me la leyera.

“Probablemente el fin me encuentre cualquier noche de estas y quiero dejar en claro algo. Sé que más de uno pretenderá cobrarse lo que debo haciéndose con mis pocas pertenencias y que no valen gran cosa, pero sólo hay algo que si dejo a alguien. Ya que mi único hijo vive en Formosa y ya no me habla, que mi amada Candelaria se ha ido y a la que espero encontrar ahora, y no habiendo nadie más en éste pueblo que merezca de mí más que una mirada de desprecio por su inalterable manera estúpida de ser, dejo mis medallas, mi sable y mi diario a Lisandro Peña, muchacho que me ha hecho recordar quien fui y por ende comprender quien soy y siempre seré.”

A continuación el médico, quien estaba dentro del rancho, emergió con el cofre de las medallas, el sable y dos cuadernos negros que eran el diario personal de Ferro.

-Tomá hijo.-

Y al decir esto me extendió aquellas cosas, que me pareció pesaban más de lo imaginable. Las lágrimas rodaron por mis mejillas y entre sollozos apenas reprimidos pregunté al comisario:

-¿Qué van a hacer con él, señor?-

Por ahora lo tenemos acá, ya mandamos a avisar al cementerio pero todo lo que él tenía que valiera algo ya ha sido retirado por aquellos a los que debía, y éste rancho siquiera vale una sepultura sin lápida.

-Avísele al Presidente, él le debe a Ferro y se va a acordar.-

La cara de incredulidad del comisario fue tal, que por un momento pensé que me daría una bofetada, en cambio el médico se marchó en dirección a la estación de trenes para enviar un telegrama urgente a Asunción.

Algunos días después, y cuando ya el cuerpo de Ferro había sido llevado al hospital para conservarlo en la morgue, una comitiva del ejército arribó por tren a Villa Hayes.

Traían un cajón de roble tallado, una bandera y una lápida, todo esto transportado por seis soldados al mando de un teniente de infantería.

Con una compasión que no me explico como surgió de mi padre, me permitió asistir al funeral.

La guardia, portando el cajón envuelto en la bandera, partió en marcha fúnebre desde el hospital hacia las afueras, dónde sobre una pequeña colina se encontraba el cementerio.

Detrás de la comitiva estaba yo, único deudo del difunto, pero con el redoble del tambor que precedía el cortejo, todo el mundo salió a la calle para verlo. Las comadronas se persignaban y elevaban sus miradas al cielo implorando misericordia al Altísimo, los hombres se descubrían las cabezas y bajaban la vista, el comisario se cuadró e hizo la venia.

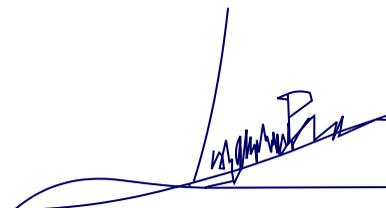
Al llegar depositaron el féretro, que fue bajado lentamente por los sepultureros que operaban las cuerdas, luego el cura dio un responso y el teniente leyó un comunicado del presidente Stroessner. La salva de fusiles estremeció el monte cercano y de éste emergieron decenas de pájaros, que sobrevolaron el camposanto durante un tiempo.

A falta de viuda yo conservé la bandera.

En mi afán por poder conocer el contenido de los diarios y muy a pesar de la férrea oposición y desprecio por parte de mi padre, logré aprender a leer y escribir. Gracias a esto, y con gran esfuerzo de mi parte logré ser admitido en la Escuela Militar, de donde egresé para alcanzar lo que había entendido era mi destino.

Y así me encuentro hoy acá, llenando estas últimas páginas de lo que es la historia de aquel gringo aviador, y que es también en parte mi historia. De aquellos cuadernos negros he extractado junto a los recuerdos de aquellas charlas, la historia que así llega a su fin.

Tengo que dejar la pluma, pues me ha llegado el turno, allá afuera me espera un avión, ya recargado de carburante y listo para volar. Así es, ahora soy teniente y ese Mustang es mi avión. Habré de remontar vuelo en esta hermosa tarde y tal vez tenga una vez más la impresión, que junto a mi máquina vuela el espectro de un Potez, con el gringo a sus mandos, que me hace un alabeo como saludo y se aleja hacia el sol que baña con su luz el monte donde su alma aún mora y que lo hará por siempre.-

A handwritten signature in blue ink, consisting of a series of connected, stylized letters and flourishes.



CHACO
SUDORYSANGRE

I N D I C E

Capítulo I

El Gringo

Capítulo II

Asunción rumbo 0-2-0

Capítulo III

De Campo Grande a Villa Poi

Capítulo IV

Un candil en la oscuridad

Capítulo V

Caídos del cielo

Capítulo VI

De la cama al frente

Capítulo VII

Respirar una vez mas

Capítulo VIII

Tentando al Halcón

Capítulo IX

El último amanecer

Capítulo X

Premoniciones

Capítulo XI

Legado

Editado por HangarDigital.com.ar entre el mes de Agosto y Diciembre de 2002
Http://www.hangardigital.com.ar - webmaster@hangardigital.com.ar
Buenos Aires, República Argentina

Queda rigurosamente prohibida la reproducción parcial o total de esta obra, mediante cualquier medio o procedimiento de reproducción, ya sea digital, electrónico o analógico sin la expresa autorización escrita de su autor.



Nos interesa su opinión

*Lo invitamos a dejar sus comentarios sobre esta obra
en el libro de visitas en línea creado especialmente para ello.*

Ingresar al libro de visitas

Gracias

